

VALORACIONES

REVISTA BIMESTRAL
DE HUMANIDADES
CRITICA Y POLEMICA



ORGANO DEL GRUPO DE
ESTUDIANTES RENO-
VACION DE LA PLATA

8 * NOVIEMBRE * 1925

Pianos y Música

MÉTODOS
AUTOPIANOS
ROLLOS etc.

EN LA
CASA MAS ANTIGUA
DE PIANOS Y MUSICA

Sottermoser
Rivadavia 853
Buenos-Aires



ACADEMIA POLÍGLOTA
Comercial y Politécnica

DIRECTOR:

NICOMEDES DEL PECHO

47 - 388 LA PLATA U.T. 2938

Con una seriedad medioeval, el joven caricaturista presidió el ágape estrechado por nuevas columnas de Hércules. Calpe y Abila de humana contetura de auténtica prosapia germana.

Esta situación dió la pauta a los comensales, quienes consumieron la más correcta, delicada y elegante de las comidas con que el Grupo suele asaltar los bolsillos de sus componentes. — *Canuto el Simple.*

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLEOS: *El libro de las operas* por Aurelio Velásquez, Mérida (Yucatán), 1925. — *Tergiversaciones*, por León de Greiff, Tiro Augusta, Bogotá, 1925. — *¡¡Ja, ja, ja!!*, por Alfredo Díaz de Molina. Editorial «El Financiero», B. Aires, 1925. — *Cosas y Tipos*, por Juan Solari, Editorial Claridad, B. Aires, 1925. — *El antojo de la patrona - Palo verde*, por Hiram Lynch, Editorial Latina, B. Aires, 1925. — *Le treumont d' Laforgue*, por G. y A. Guillot Mouton, Montevideo, 1925. — *Vuelo*, poesías, por Francisco Isernia. Edición «Nosotros», B. Aires. — *Los Himnos del Sueño*, por Godofredo Latorre, no Colodrero. Edición «Los Provinciancos», Montevideo, 1925. — *La vida emotiva*, por Alberto Palcos, M. Gleizer, editor, Buenos Aires, 1925. — *La urbe doliente*, poemas, por Armando Izán, Lima, 1925. — *Cuestiones de derecho marítimo* (aportes para el «Código de la gente de mar»), por el Dr. Rogelio Mazzi. Edición de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Córdoba, 1925. — *Biografía lírica de Enrique González Martínez*, por Frances Benge. Tesis presentada a la facultad de Altos estudios, México, 1924. — *Derecho Político*, por Carlos Sánchez Viamonte. Ediciones «Sagitario». La Plata, 1925. — *Agua lustral*, drama en 3 actos, de Jorge Paz. Editorial Tor, Buenos Aires, 1925. — *Tres respuestas*, por Arturo Lagorio. Con grabados en madera de Thibón de Libian, M. Gleizer, editor, Buenos Aires, 1925.

Revistas: *Alfar*, núms. 51 y 52. Director: Julio J. Casal. La Coruña. — *Atenea*, números 6 y 7. Publicada por la Universidad de Concepción, Chile. — *Nosotros*, núms. 195 y 196. Buenos Aires. — *Sirio*, núm. 1. Director: F. Martínez Corbalán. Anciceto Coloma 19. Almagro, España. — *Pensamiento y acción*, núm. 11. Directores: José Lino y Abelardo Molina. San Salvador, C. América Central. — *Antoyuca*, número 1 de la segunda época. Director: Samuel Ramos. Héroes 41. México. — *Martín Fierro*, diversos números. Buenos Aires. *Hispania*, número 14. Madrid. — *Orto*, núms. 13-14. Manzanillo, Cuba. — *Rodó*, núm. 1 del segundo año. Santiago de Chile. — *1 libro del giorno*, año 8, núm. 8. Milán. — *Cultura Venezolana*, núm. 66. Director: José A. Tagliaferro. Apartado 283, Caracas. — *El Consultor Bibliográfico*, núms. 1 y 2. Director: J. D. del Giudice. Lista 66, Madrugada, Educación, núm. 42. Director: Venus González Olaza. Montevideo.



EDICIONES M. GLEIZER

EL EXITO LITERARIO DEL AÑO

TRIUNVIRATO 537 — BUENOS AIRES

EL BURRO DE MARUF

Por el autor de "Tres relatos Porteños" \$ 2.50



LAS TRES RESPUESTAS

Por Arturo Lagorio \$ 2.50



LA VIDA EMOTIVA

Por Alberto Palcos \$ 2.50



LIRIOS DE OTOÑO

Por Clara Saravia Linares \$ 2.50



CAJA DE MUSICA

Por Roberto Ledesma \$ 1.50



MANUELITA ROSAS

Por Carlos Ibaguren \$ 2.50



UN MONSTRUO EN LIBERTAD

Por Samuel Eichelbaum \$ 2.50

Dr. Simón Mendy Médico Cirujano Calle 7-1082 U. T. 10 La Plata	Vicente Montoro Abogado Calle 10-1326 La Plata	Dr. Antonio M. Piffaluga Abogado Profesor R. de la Facultad de Farmacia Convención 1326 Montevideo
Estudio del Dr. Alfredo L. Dalacios VIRAMONTE 1533 - Buenos Aires	Dr. G. B. Cavazzutti Calle 56-560 Tel. 627 La Plata	Dr. Amílcar A. Mercader Calle 56-119 Tel. 796 La Plata
Dr. Lucio A. Florio Abogado Calle 58-790 U. T. 3127 La Plata	Dr. Juan José Benítez Abogado La Plata Particular 48-827 Estudio 48-844 U. T. 2127 U. T. 624	Ismael Friest Abogado Calle 48-861 U. T. 1145 La Plata
CLICHÉS Y DIBUJOS		
50 Núm. 688 LA PLATA U. Tel. N. 19-1		
LA CASA CHICA Casa especial en Revistas y Música para Piano de JOSE CAO Calle 7-1154 U. T. 2015 LA PLATA		La Hija del Toro Cigarrería - Librería - Papelería DE ANGEL GARAT Ventas por mayor y menor - Aparatos y útiles fotográficos KODAK Calle 7-1175 U. T. 34 LA PLATA
LA ESTRELLA Larregle y Cia. LITERATURA EN GENERAL 51-640 U. T. 3415 LA PLATA	LAS TARDES POESÍAS DE F. LOPEZ MERINO ★ EDITORIAL LATINA	▲ ▲ ▲ HAGA REVELAR SUS PELICULAS EN LA AGENCIA KODAK ▼ ▼ ▼ J. Baulisio Gazzetti Av. 51 Húny 686, Tel. 55



JOSÉ INGENIEROS

MURIÓ el 31 de octubre de 1925; *Valoraciones* hace suyas las palabras pronunciadas por su director en el sepelio. Dicen así:

«Traigo hasta este ataúd el homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que José Ingenieros honró en el aula y en el recinto de su Consejo, y pongo en el desempeño de mi cometido oficial toda la emoción íntima de una vieja amistad y del compañerismo ante esta alevosía del destino.

En la compleja personalidad de Ingenieros, en el cúmulo de sus múltiples intereses intelectuales, prevalecía el amor y la consagración al pensamiento filosófico contemporáneo. La necesidad de elevar el hecho a concepto era una exigencia imperativa de su índole mental, si bien la claridad ingénita de su espíritu le impedía perderse en la divagación abstracta. Su filosofía mantuvo siempre cohesión estrecha con la realidad biológica o social, porque la disciplina de las ciencias médicas hace del hombre — organismo, individuo o colectividad — la obsesión central de nuestro pensamiento.

Venia Ingenieros de la entraña misma del siglo XIX. Del siglo que superó la sugestión romántica para buscar por la investigación y el experimento el secreto de las cosas y que, con fe inconmovible en la comprobación exacta, creyó que todo problema había de tener su solución científica. No es de extrañar, pues, que esta época diera a su filosofía la estructura de las ciencias naturales, y si el éxito final no satisfizo todos los anhelos — suerte común a todas las grandes ideologías históricas — integró em-

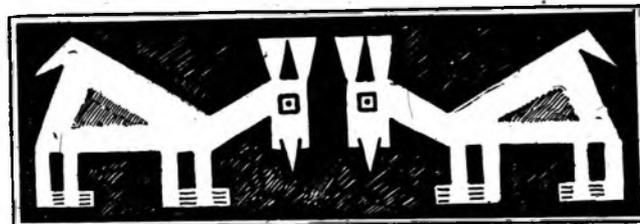
pero la evolución secular del pensamiento humano con un momento nuevo, con una visión fecunda cuyo rastro no se ha de borrar.

En el desarrollo de este proceso, Ingenieros ocupará siempre un sitio eminente, pues supo acrecentarlo con la contribución original de su talento y darle forma en moldes personales.

No necesito recordar cuanto significó para nosotros, cuan decisiva fué su influencia sobre toda una generación que le reconoció por maestro. Y su prestigio espiritual no fué exclusivamente nuestro; su nombre trascendió las fronteras patrias con repercusión mundial. La congoja que hoy, aquí, nos embarga, será compartida mañana en la amplitud del orbe cultural, muy especialmente entre los pueblos afines del continente.

Movido por convicciones arraigadas, pensador y militante, Ingenieros conocía toda la energía vital de su concepción filosófica; sabía mantenerla con bríos polémicos y animarla con fervor idealista. Conocía también los flancos débiles de su posición. Por ello demoró en darnos la última síntesis de su filosofía, la sistematización acabada de su pensamiento que por muchos años meditó sin querer enunciarla, a la espera de su completa madurez.

Agrega al dolor de la hora presente pensar que se haya extinguido el noble afán de esta vida antes de darnos el fruto más sazonado. Nadie osaría, sin embargo, hablar de una obra trunca. La obra realizada por Ingenieros, testimonio de su abnegada laboriosidad, es sobrada para su gloria y constituye el aporte más valioso del pensamiento argentino al pensamiento filosófico de su tiempo. El consenso nacional la acoge y la consagra, y conciliados ante ella, se inclinan amigos y adversarios". — LA REDACCIÓN.



LA ESCUELA EXEGÉTICA Y LA ESCUELA CIENTÍFICA EN DERECHO CIVIL

A propósito de la reforma del Código Argentino

POR

ENRIQUE V. GALLI

A CABA de sancionarse en el Senado Nacional un proyecto del Senador Serrey sobre revisión general del Código Civil vigente en la República desde hace cincuenta y cuatro años.

Independientemente de las críticas de detalle que parecen hacerse a la legislación privada que nos rige, y de las modificaciones particulares con que sería posible subsanarlas, no deja de tener interés considerar el punto de vista doctrinario con que ha de emprenderse la obra de reforma del conjunto.

Dos escuelas se disputan actualmente el gobierno del derecho civil: la escuela de la exégesis, como la ha llamado M. Bonnecase en la admirable obra que escribió destinada a su exposición (1) y la escuela científica de la que resulta el verdadero expositor M. Geny, desde su primer libro: «Méthode d'interprétation et sources en Droit privé positif», aparecido en 1899.

Algunas reflexiones acerca de las mismas y de la influencia que podrían tener en la reforma de un Código, es lo que se intenta desarrollar en este artículo.

*

La escuela científica tiende a suplantarse a la escuela exegética, cuyo predominio ha durado más o menos medio siglo a partir

(1) L'Ecole de l'exégèse en Droit civil.

del Código Civil Francés. Es pues una lucha entre una escuela que agoniza y una escuela que surge.

Al igual de toda idea nueva, la escuela científica ofrece resistencias y no ha llegado todavía a su total consolidación, tanto que M. Saleilles, que prologa la obra de M. Geny, no se decide abiertamente por su tendencia, aunque la respeta y recomienda.

La nueva escuela sigue el curso natural de toda innovación, que está sometida a tres fases en su evolución, como decía Ferri refiriéndose a la escuela positiva de derecho penal.

Al principio es ignorada por el mayor número, porque la claridad de su aurora se confunde con los últimos resplandores crepusculares de las teorías tradicionales que dominan. Luego es ridiculizada por los profanos, como todo lo que choca con los hábitos mentales de la multitud, y aparece sofocada por el silencio olímpico de los pontífices de la ciencia ortodoxa y oficial; es el período de la prueba, en el cual las innovaciones intentadas o no resultan viables y mueren, o son verdaderamente dotadas de vitalidad y concluyen afirmándose por el resultado de estudios positivos y a imponerse a la atención del público y de la ciencia oficial. En la tercera fase, las nuevas ideas fortalecidas por la prueba, de la que salen victoriosas, corregidas y completadas, entran en el lenguaje corriente, se convierten para las nuevas generaciones en ideas dominantes, se transforman luego en hábitos mentales, en instituciones sociales, y se preparan entonces a sostener las inevitables luchas futuras contra nuevas ideas que el porvenir há de engendrar (2).

★

Para precisar concretamente los caracteres doctrinarios de la escuela exegética, basta referirse a sus trazos distintivos (3).

El primero de ellos es el culto del texto de la Ley, o mejor dicho el culto de la Ley, que sustituye al culto del derecho. Para la escuela exegética, el derecho positivo debe ser la preocupación dominante y hasta exclusiva del jurisconsulto, y sabido es que el derecho positivo se identifica por completo con la Ley. El civilista debe partir de los preceptos del Código y encerrarse rigurosamente dentro del campo de acción que éste ha creado.

El segundo carácter íntimamente vinculado al expuesto es el

(2) Sociologie Criminelle. Edición de 1905, párr. 8.

(3) Supplément au Traité de Droit Civil de Baudry-Lacantinerie, tomo I, párr. 221.

de que un texto legal vale más que por sus palabras, por la intención que el legislador ha querido expresar; el derecho positivo se resume así en esa intención y es esta intención la que, por medio del texto, el jurista debe encontrar.

El tercero es su carácter profundamente estadual. Destinada la doctrina exegética a proclamar la omnipotencia jurídica del legislador, coloca al derecho de una manera absoluta en manos del Estado.

Se agregan otras peculiaridades diferenciales, que son realmente de orden secundario.

El método que emplea es el analítico, tan fundamental que ha dado nombre a la escuela. La exposición y elaboración de la ciencia del derecho civil se somete no solo al Código Civil sino más aún al orden riguroso de sus capítulos y sus artículos. Por eso las obras juridicadas de carácter exegético son esencialmente un comentario, un análisis de las sucesivas disposiciones del Código.

Es natural que no sea excesivo, y que se encuentren tratados en los cuales se ha seguido un método sintético y cuya exposición no desarrolla el contenido fiel y gradual del Código, pero lo fundamental es que, en ambos, sólo el Código es la materia de la explicación, el comentario y la crítica.

★

La escuela de la exégesis tiene sus raíces profundas que arrancan de la organización misma de los gobiernos democráticos.

El clásico principio político de la división tripartita de los poderes, desarrollado por Montesquieu en 1748 y sobre el cual se asientan todos los regímenes constitucionales, creó la omnipotencia legislativa que caracteriza a la escuela.

Demasiado sabido es, en el sistema de la división de los poderes, la relación entre el Parlamento o Congreso y la Magistratura (el Poder Ejecutivo no interesa, porque sus funciones son eminentemente administrativas o de derecho público). Su enunciado es de una simplicidad meridiana: el Legislador es el único que hace la Ley y el Juez llena la función mecánica de aplicarla a los casos que se plantean. Se mantiene en plena vigencia el procedimiento del silogismo que en la mitad del siglo XVIII expusiera Beccaria, con la mayor en la Ley, la menor en el caso particular y la consecuencia en la decisión favorable o contraria del pleito.

Por eso nuestro Código Civil y nuestras leyes procesales que reproducen preceptos de todos los Códigos clásicos, niegan fuerza obligatoria a lo que no sea la Ley, ni conciben otra forma de res-

tarle imperio que por medio de otro acto legislativo que la derogue; prohíben además a los Jueces juzgar del valor intrínseco o la equidad de la Ley, y en cuanto a la obra de los jurisconsultos, la descartan en absoluto.

*

La crítica que se hace a la escuela de la exégesis y de la que pasaré de inmediato a ocuparme, no importa concluir con la potestad legislativa, sobreponer el poder de los Jueces al de la Ley, o dar imperio a la doctrina de los jurisconsultos. Sólo la admirable organización romana permitió esa combinación que tanto hizo adelantar el derecho, con las decisiones del Pretor y las respuestas de los prudentes.

Tampoco importa retrotraer el problema a la época en que Savigny combatía la codificación, porque es incuestionable la verdadera importancia y el valor positivo de los cuerpos legales. Sólo se pretende reducir en parte al legislador su condición de árbitro omnipotente de las soluciones jurídicas, porque así se evita que el derecho se torne formalista e inadaptado, al no concordar con las necesidades siempre renovadas de la sociedad, lo que hace que el principio legal quede rígido, estático, frente al dinamismo de la vida de relación.

Conocido es el procedimiento en cada caso de una nueva sanción legal.

El Legislador dicta una Ley que puede o no estar en concordancia con el problema que ha querido contemplar. Generalmente llega atrasado cuando lo reduce a disposiciones legales inflexibles, porque jamás las leyes se anticipan a los acontecimientos y el Legislador, conservador por temperamento, sólo cede ante exigencias impostergables. Otras veces la solución impuesta no conforma a la sociedad, que se levanta para hacer sentir su grito de alarma, tal como ocurrió con la reciente Ley de Jubilaciones N.º 11.289, que no aceptaban ni los patrones ni los obreros; pero en fin, el legislador dicta la Ley y desde ese entonces el fenómeno jurídico social queda cristalizado en la fórmula legal sancionada. Los Jurisconsultos se limitan a ser expositores del precepto escrito y los Jueces a aplicarlo con un rigorismo muchas veces gramatical. En esa forma, la construcción jurídica es artificial y vive generalmente divorciada de la sociedad.

Nunca más acertadas aquellas palabras de Posadas, prologando la obra de Menger (4). Si consideramos con atención el

(4) El Derecho Civil y los Pobres; edición de 1898, págs. 10|12.

concepto reinante del derecho práctico que manejan los Jueces, los abogados, los fiscales, el que impera en los Códigos Civiles y Penales como obra de una tradición indomable y consecuencia de una cristalización dura y resistente, nada más antagónica con las necesidades sociales impuestas por las relaciones económicas modernas y con las aspiraciones de las masas, que sufren y gimen bajo la miseria fisiológica y psicológica de tan variadas maneras y formas. El Jurista al uso, que tiene la superstición de las leyes y de los Códigos, se concibe como el práctico del derecho positivo inflexible, especialmente del llamado derecho privado; la fuerza de la tradición romana impera en él; cree en la santidad de la voluntad del legislador y no puede ir más allá de donde se lo permite el espíritu estrecho de una legislación, que por toda misericordia jurídica tiene la gracia del indulto. Suele ser el Jurista, en verdad, un hombre artificial, repleto de sentencias jurídicas y que cree que la justicia se puede contener en fórmulas que se han de aplicar con el rigor con que se desenvuelve un razonamiento lógico o se resuelve un problema matemático.

Esos son los efectos del imperio de la escuela exegética.

CeDinCI
*

Entrando concretamente en la crítica de la escuela, se le achaca con razón que es un sistema a la vez retrógrado y simplista que al reducir el derecho a la Ley y a la intención del legislador, lo inmoviliza, lo reduce a la impotencia y le impide llenar su objeto si no deja de aplicársele rigurosamente.

Es exacto que no resulta difícil descubrir en la evolución social necesidades permanentes que aseguran la estabilidad de las disposiciones legales que las rigen, pero ello no es absoluto, y como el legislador no puede tener todo previsto, menos ha de poder imponer indefinidamente las concepciones que inspiraron su sanción particular.

No se quita al elemento legal el importante rol que juega en la elaboración del derecho positivo, pero se le discute el poder de encerrar la evolución jurídica deformándola cuando no se ajusta a sus preceptos y deteniendo por vía de consecuencia el progreso social en el cual esa evolución es a la vez un aspecto y una condición.

Y a este defecto substancial se agrega otro absurdo mayor, cuando se maniobra con la intención del legislador.

Como puntualiza Saleilles en el prólogo citado, puede generalizarse diciendo que la Ley tiene siempre una finalidad inmediata,

porque la voluntad inspiradora recae sólo sobre un campo de fenómenos concretos, muy restringido y limitado. La historia comprueba que la Ley no interviene sino cuando aparece un cierto abuso cuya demasia ha concluido por despertar la emoción pública y entonces la solución buscada es concreta.

Las consecuencias lógicas que posteriormente se derivan de la intención del legislador, éste ni siquiera las sospecha y algunas de ellas, de imaginarlas, las habría tal vez rechazado. No hay pues nada más injusto que querer descubrir la intención del legislador y aplicarla a casos posteriores y fatalmente no previstos por él. Reconstruir un criterio anterior a medio siglo para legislar un fenómeno actual es un absurdo que lógicamente levantó las protestas de Menger en su crítica al Proyecto de Código Civil Alemán (5).

Ante ese defecto capital, que consiste en encerrar en una red de abstracciones a una ciencia que es ante todo social, la ciencia social por excelencia, es que ha surgido con una avasalladora potencialidad la escuela científica, la cual propicia un método más delicado, más elástico, más en armonía con la vida, que se aparta del silogismo y se funda en una base racional, en el sentido de pedir a la razón no la fabricación de silogismos, sino el descubrimiento de soluciones más en armonía con la equidad y las necesidades prácticas.

La escuela científica, que es la que surge, establece una primera distinción entre las fuentes de las reglas de derecho que agrupa en reales y formales; comprendiendo las reales la substancia de la regla jurídica y dando las formales a esa substancia una exteriorización apropiada.

Dos son las fuentes reales: la experimental y la racional, o en otros términos existen dos elementos generadores de las reglas jurídicas: un elemento experimental y otro racional. El elemento experimental es el medio social, es la vida colectiva que traduce el aspecto externo de ese todo orgánico que es la humanidad. El elemento racional es el regulador del elemento experimental y por consecuencia, de las mismas reglas de derecho. Si el medio social se abandona a sí mismo o llega a estar mal encaminado por sus gobernantes, pueden dictarse reglas de derecho en contradicción absoluta, tanto con los intereses bien entendidos del

(5) Obra citada, Cap. I, párr. 9.

propio medio social, como con la dignidad natural del hombre. Por otra parte las tendencias buenas y malas se dividen el alma humana y es necesario un principio superior que las encamine, tomando los elementos de la vida real y encauzándolos en una orientación superior de justicia y de equidad.

Ahora bien, las vías por las cuales esa norma jurídica así creada se expresa y se convierte en una regla jurídica obligatoria, constituyen las fuentes formales y hacen parte de la técnica jurídica.

Dictada la Ley en estas condiciones de perfecta concordancia de la realidad con un principio superior director, queda aún la función fundamental de su aplicación apropiada. Podemos imaginar que una Ley reciente sea de fácil aplicabilidad porque contemple y resuelva problemas actuales, pero con el andar del tiempo la Ley se mantiene y el fenómeno adquiere nuevas fisio-nomías. A la disposición legal puede darse una cierta flexibilidad que la actualice, y eso es obra de su interpretación consciente; de ahí el rol importante de la Jurisprudencia. Cuando los elementos puramente formales y lógicos que se ofrecen a los jurisconsultos en la construcción exterior y plástica del derecho positivo, son insuficientes para satisfacer las aspiraciones de la vida jurídica, la Jurisprudencia debe buscar en aquella y sacar de sus elementos los medios de llenar su misión.

Como ya se ha expuesto, la escuela científica se abre camino, sobre todo después de la guerra, que ha provocado una renovación de valores de la que no ha podido abstraerse el derecho privado, aunque su predominio no es aún decisivo.

Ya los Códigos modernos no responden en la ordenación de materias a un criterio arbitrario sino a un plan científico de desenvolvimiento de los fenómenos jurídicos. Se ha procurado la mayor simplicidad de su articulado y la supresión de todo lo que siendo formalista y teórico no traduce la reglamentación de un fenómeno jurídico. La mayor brevedad de sus disposiciones para regir un caudal siempre creciente de problemas, acuerda al intérprete un papel importante y fundamental en la aplicación de la Ley, porque en vez de un simple práctico del derecho debe ser un sociólogo, que pulse las necesidades del ambiente y dicte la sentencia que reclaman.

El artículo 1.º del Código Civil Suizo establece que la Ley rige todas las materias a las cuales se refieren la letra o el espíritu de sus disposiciones, pero que en defecto de una disposición legal

aplicable, el Juez debe pronunciarse de acuerdo a la costumbre y a falta de ésta según las reglas que él establecería si ejecutara actos de Legislador; agregando que siempre debe inspirarse en las soluciones propiciadas por la doctrina o consagradas por la Jurisprudencia.

El criterio científico se forma también por la acción de las Universidades. El plan de estudio del Derecho Civil no se cife ya ciegamente al contenido del Código Civil, y la última tentativa de mantener el culto servil de la letra de la Ley puede considerarse la de la minoría de la Comisión de Profesores de Derecho Civil de la Facultad de Buenos Aires que, al expedirse en el año 1910 sobre la forma en que debía abordarse el estudio del derecho civil, decía: En el aula universitaria, donde se enseña el derecho positivo, hay el deber de hacer conocer con toda claridad cual es el texto de la Ley, y el Profesor que no guste de esta tarea debe acudir al libro, si sabe hacerlo, o al parlamento si puede llegar a él, a propiciar sus doctrinas y promover las reformas legislativas a que aspire. El derecho constituido es y debe ser la norma del maestro de Códigos y es también un deber sagrado contraído por el Estado (6).

CeDInCI
★

Y después de lo expuesto ¿de qué manera se podría encauzar la reforma del Código Civil Argentino, de acuerdo a la tendencia científica del derecho civil?

Por lo pronto, con un previo dominio de la sociología argentina y un conocimiento de los factores intelectuales, morales, psicológicos que dominan en ella. Tampoco puede descuidarse el factor económico individual y general del país.

Para ello el Código no puede ser hecho por las Cámaras. Sabido es que el Gobierno democrático no resulta selección ni gobierno de los más aptos. Se sientan en el Parlamento pocos juristas y muchos políticos. La orden de un caudillo que pudo dar por tierra una constitución liberal como la de la Provincia de Santa Fe podría malograr la obra consciente y autorizada de los expertos. La hora no es tampoco propicia para el estudio sereno y reposado de un código tan importante como el que gobierna la familia y el patrimonio de los argentinos.

Nueve voluminosos tomos de discusiones parlamentarias durante el período de 1924 con miles de páginas de texto, han dado

(6) Revista de la Facultad, tomo IV, pág. 897.

como fruto diez leyes de las cuales descontadas las referentes a venias, permisos y subsidios, sólo pocas resultan de conveniencia general. El interés partidista todo lo absorbe y todo lo domina.

La obra tendría que desarrollarse fuera del Congreso y reservarse a las Cámaras la sola función formal de sancionarla a libro cerrado.

Cotejado el ambiente que daría el material de la reforma, el Código ha de ser lo más sencillo y sintético, a fin de dar al intérprete un cierto margen que le permita contemplar todas las situaciones, dentro de la norma superior de justicia que el precepto legal sancione.

Tal vez haya quien vea un peligro en la extensión de la facultad de los Jueces, frente a las decisiones recientes que han hecho iracasar leyes perentorias: la Justicia Federal anulando las penas impuestas por la Caja de Jubilaciones a los patrones remisos en hacer los aportes, con lo que desapareció la eficacia de la Ley por la falta de sanción; la Corte Suprema declarando inconstitucional la Ley de alquileres o la Cámara Criminal absolviendo a los que violaron la Ley de Represión de los trusts.

Pero el temor es infundado. Los Jueces nunca son peores que los legisladores y no hay por qué imputarles el sacrificio de algunas leyes. La causa está en el propio Congreso que no ha sabido buscar las verdaderas soluciones y que suele salvar con potestad imperativa lo que no puede resolver con conocimiento pleno.

Un Código dentro de la orientación expuesta sería el primer paso fundamental. La sociedad completaría la obra encauzando su derecho.

La Plata, noviembre de 1925.



Nota. — La parte doctrinaria de este artículo ha sido resumida de las siguientes obras que la desarrollan extensamente: Julien Bonnetcase: «L'École de l'exégèse en Droit civil» y «Supplément au Traité de Droit civil» por G. Baudry-Lacantinerie, F. Geny: «Méthode d'interprétation et sources en Droit privé positif» y «Science et technique en Droit privé positif».



LA MALA SUERTE DEL INSTITUTO DE FILOLOGÍA

POR

ARTURO COSTA ALVAREZ

ENTRE nuestros catedráticos universitarios, la natural reacción de las nuevas generaciones contra el orden de cosas establecido por las anteriores—reacción natural, repito, instintiva, que nada tiene de privilegio intelectual—se ha condensado filosóficamente en un idealismo científicista que combate al materialismo positivista de la generación del 80, madre de la que rige hoy nuestros destinos desde todos los puestos públicos, inclusive las cátedras universitarias.

El científicismo es, con respecto a la ciencia, lo que fué en lo antiguo el gnosticismo con respecto a la teología: un tablado endeble pero ostentoso, con superestructura monumental, toda de yeso, construido en la cumbre misma del Areópago para ofrecer estrado conspicuo al que, saturado de saber, ha resuelto considerarse superior a los mejores; y allá donde lo antiguo había que pagar el acceso con metafísica, ahora hay que pagarlo con presunción científica. Pero en nuestro medio argentino, a causa de que la ignorancia supina es el estado intelectual corriente, el saber no es indispensable para ser científicista. Eso sí, es forzoso simularlo; porque la ignorancia, precisamente porque es supina, es decir, consciente y voluntaria, no permite que se burlen de ella sino con máscara.

La simulación es cosa difícil en el arte y en la política; porque, por supino ignorante que uno sea, su miseria intelectual no implica ni carencia de gusto para distinguir lo bello de lo feo, ni falta de astucia para discernir la franqueza de la duplicidad... el

sentimiento sabe defenderse por instinto. En cambio, en la ciencia, la simulación es cosa fácil ante la ignorancia, porque la ciencia no toca al sentimiento, habla a la inteligencia, y ésta en los ignorantes está dormida; para simularla basta, pues, un pequeño acopio de tecnicismos y de conceptos, y una cuantiosa dosis de desparpajo, y hecho este apresto, se suelta el escape del automatismo verbal para que combine libremente esos vocablos. Resulta de esto una monserga que, ya sea hablada o escrita, no tiene más objeto que barajar mecánicamente palabras vacías, pero sonoras por lo mismo, y sobre todo flexibles y extensibles, esto es, sugeridoras de generalizaciones vagas, más que vagas indefinidas e indefinibles, que desafían toda interpretación en la mente del ingenuo que, al oír o leer esa fraseología huera, cree que el lucubrador está produciendo un acto intelectual, que está exponiendo, relacionando y juzgando ideas. Y en la cátedra, esta monserga pedantesca alterna con la glosolalia pueril, es decir, con la inútil y tediosa repetición de principios indiscutidos, verdades sabidas, conclusiones generales y deducciones ramplonas; cuadrícula que es un precioso recurso académico porque, aplicada a cualquier tema, lo hace parecer dividido, analizado, utilizado y sintetizado, aunque debajo de esta retícula superficial el tema está intacto.

No todo científicista es simulador; muy lejos de eso, casi siempre es un erudito, víctima de la tendencia moderna a la especialización excesiva, hipertrofiada: su saber consiste en el conocimiento de la minucia, su entendimiento en la capacidad para descubrirla, y su talento en la habilidad para realizarla. Entre nuestros docentes universitarios, excepción hecha de una minoría, cada vez más chica, de catedráticos de amplia y equilibrada cultura, y descartada otra minoría de simuladores, el resto son científicistas sin saberlo: todavía no han advertido que, cuando se asigna un valor absoluto a la especialidad, y se hace de ella una religión o una metafísica, el sentido de la relación se atrofia, y uno no es más que una inteligencia a medias. Estos científicistas, por ser la mayoría, caracterizan el ambiente universitario, y justifican por tanto la generalización basada en ellos.

Ahora bien: como el gnosticismo, también el científicismo es de naturaleza sectarista, está dividido en círculos que, al parecer independientes, son en realidad las diversas logias de una misma masonería, constituidas para ayudarse entre ellas fraternalmente. Lo mismo que en el antiguo templo de Salomón, en este nuevo templo del Científicismo la ayuda mutua, incondicional y obligatoria, entre los aprendices, compañeros y maestros, es la razón y el fin de su liga, sintetizados en la divisa sacramental: «uno para todos, todos para uno». De ahí la camaradería, la relación personal,

la asociación interesada que en estos tiempos vincula a los docentes de nuestras universidades con sus colegas en las instituciones científicas americanas y europeas, especialmente con las de España. De ahí que la Universidad bonaerense, al resolver hace tres años la creación de un Instituto de Filología, confiara su organización al Centro de Estudios Históricos de Madrid, escuela científica y sectarista que tiende a germanizar en España, fundándolo en el análisis estructural microscópico, el estudio científico del castellano.

No obstante el germanismo, el sectarismo y el cientificismo de esta escuela, cuyas características resultan no tanto de la labor personal de Menéndez Pidal como de la obra de sus acólitos en la Revista y en la Biblioteca de la Filología Española, la acción de ella entre nosotros habría dado algún fruto si, como ha sucedido antes de ahora en otras ramas de la enseñanza, el catedrático extranjero hubiera empezado por estudiar nuestra índole para concluir por adaptar sus métodos a ella. Pero el Centro de Estudios Históricos envió acá catedráticos golondrinas, aves de paso que no podían detenerse a ver que, en nuestro medio estudiantil, refractario al estudio desinteresado, afecto al título profesional y no al diploma académico, era necesario recurrir a estímulos especiales para despertar, fomentar y desarrollar en él la desconocida vocación filológica; menos aún podían ver que los argentinos somos substancialmente antitradicionistas, y rechazamos por eso muchas cosas de otros tiempos, entre ellas el principio de autoridad, que en España es todavía la columna vertebral del maestro, del profesor y del catedrático. Naturalmente, la incompreensión total de estas modalidades nuestras, al sumarse a la minuciosidad germanista, a la insuficiencia científicista y a la política sectarista, frustró desde el primer momento la empresa, que sólo mantuvo en pie su esqueleto porque la Universidad bonaerense hizo cuestión de delicadeza su cumplimiento del compromiso contraído por tres años con el jefe de la referida escuela. Examinemos uno a uno los detalles del fracaso para que nos aproveche su experiencia.

La organización del Instituto estuvo confiada el primer año a un polígrafo locuaz, especialmente propenso a la fácil disertación académica sobre la literatura castellana histórica; quien, al asumir su cargo, presentó como armadura de la organización el plan de preparación de un diccionario que desarrollara la evolución semántica y regional del castellano en ambos mundos, desde sus ori-

genes prehistóricos, a través de la etimología, hasta el momento actual. La pasmosa magnitud de este plan reveló en toda su exuberancia la fantasía meridional, casi tropical, del primer director del Instituto. Llamado éste a las realidades de la vida por los términos del convenio, tuvo que dictar cursos en la Facultad de Letras bonaerense y en la de Humanidades platense; en la primera, la asignatura era reglamentaria: lingüística romance; para la segunda, la materia que eligió fué la fonética castellana, salteando las nociones generales de la lingüística y toda la técnica filológica, para embarcar directamente a sus alumnos, estudiantes universitarios, en las minucias de la fonología. Conferenciante nato, este director, cuya atrayente persona se distingue, tanto en la tertulia como en la cátedra, por una garrulidad risueña y errabunda, interrumpió tres veces sus cursos, con la aquiescencia de los decanos de ambas Facultades, para saltar primero a Córdoba, luego a Montevideo y después a Chile, adonde fué a dar sendas tandas de conferencias. En las aulas a su cargo los alumnos iban escurriéndose como el oro mal guardado, y no llegaron al fin del año; y éste terminó en el Instituto con sólo tres aspirantes a filólogos... Recuerde el lector mi suspiro de pena ante este aborto, del que se hizo en su oportunidad la debida crónica en estas mismas páginas, en el número de enero de 1924... Esos aspirantes se habían entregado, uno al estudio del lenguaje del *Martín Fierro*, otro al de los galicismos de Sarmiento, y otro a la traducción de una monografía escrita en Alemania, sobre el castellano de América, por un investigador que no ha estado nunca en América.

El segundo director no era polígrafo sino paleógrafo; su envío respondió al interés que tiene el Centro madrileño de Estudios Históricos en que se imprima en nuestro país y a nuestra costa el texto de una biblia medieval judía, en castellano estropeado, cuya versión diplomática ha sido hecha en España; una copia de esta versión había traído ya el primer director, y del indispensable glosario iba a encargarse el nuevo. Se dijo, para explicar esta curiosa intervención nuestra en una obra ajena, que la edición del precioso mamotreto, en cuatro o cinco volúmenes, tenía por objeto hacer aparecer en función plena, ante el mundo científico, a nuestro Instituto de Filología... Los argentinos somos tal vez sufridos, pero no tanto que podamos hacer de inmediato las del asno cargado de reliquias; tenemos que pensar la cosa, y por eso esta contribución argentina a la ciencia filológica está en ciernes todavía... El nuevo director expuso a su vez su programa propio para la labor del Instituto: consistía en el estudio paleográfico de una colección de documentos visigóticos, en latín estropeado, que traía en su valija... Ante este anuncio, dos de los tres

alumnos del Instituto se desconcertaron, y vinieron a La Plata a pedir consejo; se les estimuló para que prosiguieran sus investigaciones gramaticales y léxicas en el lenguaje del *Martín Fierro* y en los galicismos de Sarmiento, aunque tales tareas fueran más propias del formalismo empírico de la vieja escuela filológica que de la profundización científica de la nueva. El programa paleográfico no pudo desarrollarse en el Instituto por falta de interesados, y el nuevo director se limitó a dictar en la Facultad bonaerense el curso sobre lingüística romance, y en la de La Plata asumió el cargo de jefe del Seminario de letras... Catedrático de paleografía, de lingüística y de literatura; concilie esto quien pueda, o reconozca que el científicismo filológico español se hincha a veces, como la rana de la fábula, para darse visos de enciclopedia. Al terminar el año, toda la obra de este director se reducía a una reseña sucinta, publicada en *Humidades*, de ocho incunables que existen en la Biblioteca de la Universidad platense; en cuanto al Instituto, en el mes de diciembre apareció, como único fruto de su labor de dos años, el cuaderno inicial de sus publicaciones. La transcripción y la traducción suministraron los materiales de este cuaderno, que se reducen a dos artículos españoles, escritos en 1918 y 1921 para los maestros del castellano en Estados Unidos, que tiene su órgano académico en la *Hispania* californiana de Espinosa, y a una traducción de la monografía del ya citado investigador alemán libresco, cuyas observaciones fonológicas consisten en cosas oídas por otros, lo que no le impide sentar conclusiones propias, personales, sobre el valor, la extensión y la significación de esos fenómenos... Así son ellas... Una es de tal naturaleza que ha movido a Henríquez Ureña a escribir lo necesario para evitar que el error cunda: véase su reciente folleto sobre *El supuesto andalucismo de América*.

Al comenzar en el año actual los cursos universitarios apareció el tercer director, que no era polígrafo como el primero, ni paleógrafo como el segundo; tenía su especialidad propia: era gramático. Trajo también el infaltable programa relumbrante, destinado a justificar ante el público grueso la importación del catedrático. Se trataba... *toujours perdrix!*... de un diccionario; pero no del bimundial monumento etimológico, semántico y geográfico ideado por el primer director, sino de algo menos fantástico y mejor calculado para interesar a nuestra vanidad nacional: *La Nación* de Buenos Aires respondió instantáneamente al toque, anunciando a sus lectores, con letras carteleras, que «se ha planeado una importante obra filológica». Esta obra era un «diccionario dialectal argentino», hecho por colaboración popular y por modelo suizo. (Entre paréntesis: temo que estos señores

directores nos estén tomando el pelo; porque el primero de ellos había hablado largamente el año anterior, desde *La Nación* de abril 20 y abril 30, para afirmar de una manera rotunda y terminante que no había ningún dialecto argentino). El nuevo director dictó el obligado curso de lingüística romance, y dió dos series de conferencias, una sobre metodología de la gramática y otra sobre la naturaleza estética del lenguaje; en el Instituto, su labor consistió en invitar a mil personas, elegidas entre los profesores de los colegios nacionales y de las escuelas normales de todo el país, a colaborar en la obra del «Diccionario del Habla Popular Argentina», suministrando previamente la prueba de su competencia para ello, mediante la respuesta que dieran a las informaciones pedidas en un cuestionario ad hoc. Este director pensaba probablemente que, si a los yanquis les es posible enseñar idiomas por correspondencia, a los argentinos no les habría de ser difícil llevar las cosas un punto más lejos y compilar un diccionario por correspondencia... El nuevo director es un convencido de la eficacia científica de este recurso informativo, que tiene su más amplia y lucida aplicación lexicográfica en la célebre ocurrencia de Catalina la Grande, el *Glossarium comparativum Linguarum totius Orbis*... magnífico monumento, elevado justamente sobre la base de la colaboración de corresponsales, a la superficialidad, a la insuficiencia y a la pedantería filológica del siglo XVIII, y al lado del cual el esfuerzo del suizo Gauchat me parece minúsculo... No desconocía el nuevo director de nuestro Instituto que la obra que proponía podía tener una falla orgánica formidable, puesto que (cito sus palabras): «la observación individual en materia tan sutil, tan variable, tan multiforme y tan subjetiva como la del lenguaje; peca siempre de parcial y caprichosa»; y tal vez por esto hablaba de «directores técnicos encargados de verificar, seleccionar y ordenar los materiales». Probablemente también, al idear su proyecto este director no pensaba que, como la ciencia lexicográfica es absolutamente desconocida en nuestro país, la eficacia de la soñada colaboración popular era imposible, y los soñados técnicos revisores eran otra visión quimérica. Hacer castillos en España, o a la española, se llama esta figura; y se explica la idea en quien ignora que, entre nosotros, la obra intelectual colectiva es, no digo irrealizable, sino inconcebible... Pero volvamos a los hechos, mucho más elocuentes que mis palabras.

Durante el año no frecuentaron el Instituto sino el director, su auxiliar, la señorita secretaria y el portero. Este auxiliar y esta secretaria, para que el año no acabara en blanco en cuanto a publicaciones, resolvieron hacer imprimir en cuadernillo, como fru-

tos de investigación erudita, sendos trabajos propios, de simple tirocinio filológico; y el director se prestó al juego. En estas publicaciones, cuya base es la transcripción paleográfica de dos documentos históricos depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid, ambos autores, que no han estado nunca en Madrid, se exhiben como si hubieran tenido a la vista los manuscritos que presentan descifrados, y la documentación biográfica y bibliográfica correspondiente. Este caso doble de improbidad científica demuestra la imposibilidad en que se halla el Instituto de Filología, a los tres años de función, para dar la menor muestra de una labor eficiente; en cuanto a la faz moral del hecho, prefiero no tocarla porque no podría tratarla con atenuaciones.

★

La causa del fracaso de esta tentativa para organizar el Instituto de Filología es evidente: para teorizar tenemos los argentinos excepcionales facultades imaginativas y reflexivas, y para realizar lo ideado ofrecemos una ductilidad extrema a la presión de las circunstancias. De lo que resulta que, en la práctica, la teoría se desnaturaliza, y la idea se frustra.

La creación del Instituto de Filología fué obra de Rojas, y el convenio con Menéndez Pidal fué obra de Rojas. Ahora bien: en 1909, Rojas tenía la noción acertada de lo que debía ser una institución de esta especie; en *La restauración nacionalista* (pág. 494) dice: «En cuanto a filología... debe estudiarse sobre todo la vida del castellano en América, debe prepararse al gramático nuestro que dé a la enseñanza general la renovación de textos y de métodos que tanto necesitamos». Y en 1922, Rojas tenía la convicción de que los argentinos no haremos obra buena «remedando servilmente» lo europeo (*Historia de la literatura argentina*, t. IV, pág. 680). Sin embargo, en ese mismo año Rojas pide a Menéndez Pidal que organice nuestro Instituto de Filología con sus elementos, es decir, que monte en Buenos Aires una sucursal del Centro madrileño.

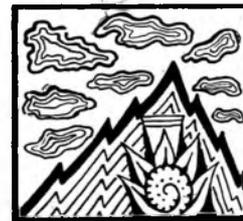
Sucede entonces lo inevitable. Rojas propone que *sobre todo* estudiemos el castellano de América, y preparemos una gramática eficaz; pero el director del Instituto dispone que *sobre todo* estudiemos, no el castellano de América, sino el castellano en sus fuentes ibéricas, y que preparemos, no una gramática eficaz, sino un diccionario etimológico, semántico y geográfico del castellano en ambos mundos (Américo Castro); o dispone que *sobre todo* estudiemos, no el castellano de América, sino la paleografía vi-

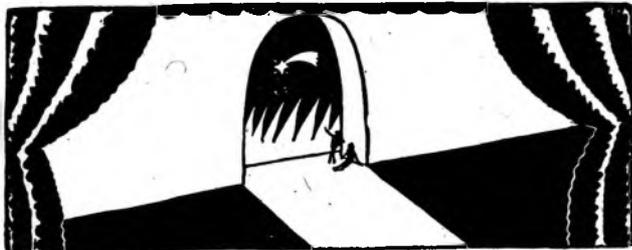
sigótica, y que preparemos, no una gramática eficaz, sino la edición de una biblia medieval judía (Agustín Millares Carlo); o dispone que *sobre todo* estudiemos, no el castellano de América, sino el organismo de la lengua, y que preparemos, no una gramática eficaz, sino un diccionario popular de tipo suizo (Manuel de Montoliu). Y como lo ibérico, lo visigótico y lo suizo no nos mueven a los argentinos las entrañas, los señores Castro, Millares y Montoliu fracasan en su empresa, y Rojas en su ilusión.

Entretanto siguen envueltos en el polvo de nuestra indiferencia los archivos capitulares, judiciales y eclesiásticos donde están incrustados los orígenes de nuestro castellano; y las lenguas indígenas van extinguiéndose en nuestro territorio sin que ningún lingüista las inventaríe y analice; y en nuestras escuelas no se enseña el uso consciente de los recursos del castellano, porque no hay texto que sirva para ello; y nuestra cultura no se decide a cuidar su lengua, porque no ha surgido aún la autoridad propia, hija de nuestra modalidad particular, que debe guiarnos en eso. Ni un solo punto de este programa ha intentado realizar el Instituto de Filología, confiado al cientificismo filológico y al celo ajeno.

De modo que este experimento ha demostrado una vez más la verdad del proverbio que dice: «cuidados ajenos matan al asno».

La Plata, noviembre de 1925.





EL TEATRO DEL DISCONFORMISMO

Un aspecto de Pirandello

FOR

HOMERO M. GUGLIELMINI

CeDInCI

Ser o no ser

LA estética romántica y naturalista hizo suyo este postulado fundamental: el teatro consiste en la fijación de caracteres y de tipos, y la acción dramática surge de su conflicto. Un fatalismo inmanente moviliza los personajes y los arrastra hacia desenlaces fácilmente conjeturables. En un caso, ese fatalismo asume las apariencias de la libertad, adquiere un acento patético; he ahí el teatro romántico. En el teatro naturalista, ese fatalismo quiere asumir una explicación biológica. Pero el Otelo romántico y el Osvaldo ibseniano, ambos llevan inscriptos en su propio temperamento, en su propia voluntad — libre o no — la fórmula trágica de su destino. Toda la frondosa fauna teatral que ha poblado los escenarios desde Shakespeare hasta nuestros días, se nos evidencia con un matiz común que permite clasificar los personajes dentro de una especie homogénea: son *típicos*. Es decir, su esencialidad, su razón de ser, consiste en ser lo que son: Otelo, celoso, Macbeth, arrepentido, Ofelia, frágil, Falstaff, glotón, Harpagón, avaro, Tartufo, mojigato, Fedra, apasionada, Osvaldo, degenerado. El teatro, salvo en algunos incongruos y precursores — Hamlet, Segismundo, Lorenzaccio, forasteros de la escena romántica — nos dió tipos, malos o buenos, tiernos o foscros, ama-

bles o agrios, enamorados o insensibles. A esa cualidad de ser típicos, de ser en cierto modo esquemas psicológicos vivos, a esa cualidad ejemplar y simbólica, llámósele *carácter* en la retórica corriente. Carácter: cualidad del personaje de parecerse a sí mismo en todos los instantes, invariabilidad, impasibilidad. En ese sentido, los personajes, en el teatro moderno, concentran dentro de sí, en potencia, la acción integral. Virtualmente, el drama termina en el momento en que el cortinaje se abre. El hecho de ser Otelo celoso, crédulo y explosivo, concentra el drama en su personalidad de manera tan absoluta, que lo engulle y absorbe. La tragedia futura está comprimida en el ánimo de Otelo como un resorte enrollado; basta que la cuerda estalle en ese pobre corazón impetuoso, para que la acción se dispare por sí misma. En ser Otelo celoso estriba la posibilidad misma del drama; y en ser Desdémona dulce y sumisa, también, y en ser Yago tal como es, perverso e intrigante. Y ésta es la posibilidad de la acción, porque ése es precisamente el *pathos* intrínseco a cada personaje: Otelo sufre, padece y sangra, porque es celoso, y porque no puede variar, porque tal es su condición humana ineluctable, invariación que lo encadena sin remedio a su inmanente destino.

Todo el teatro clásico-moderno está edificado sobre esa concepción: es, en una palabra, un teatro inmanente (a la inversa del teatro clásico-griego, que fué un teatro trascendente). Y cuando no es eso, se convierte entonces en un teatro retórico y formalista, o abstracto, como el teatro calderoniano. El naturalismo y el mal llamado realismo no variaron en lo substancial el problema ni, por lo tanto, la técnica. La diferencia estribó únicamente en que mientras Tirso y Molière y Shakespeare y Racine explicaban ese fatalismo inmanente en virtud de pasiones claras, Ibsen procuró explicarlo en virtud de razones fisiológicas y sociales pseudocientíficas. El teatro se hizo más abstracto — y por lo tanto menos vivo, más convencional — que el teatro clásico, pero el principio permaneció invariable.

El nuevo teatro—del cual es Pirandello la más generosa realidad — y a la par la novela y el cuento — trastornan fundamentalmente ese principio, que es el principio clásico de la modernidad en materia estética. El arte del retrato, de la biografía, del tipo, ha sido substituído ahora por un arte precisamente contrario, promovido por el advenimiento de un sentido de la vida hasta hoy inédito. El lado variable e irreversible de las cosas, el aspecto fluyente de la vida — lo transitorio y concreto — cobran un relieve singular, bajo el cual queda inmersa aquella permanencia y perennidad gratas al pensar platónico. No es ajena a esta nue-

va experiencia de la vida, y a esta flamante realidad que le asignamos, la urgencia y la finura con que se ha aguzado el problema del tiempo para la sensibilidad contemporánea. Podemos decir sin vacilar que ninguna época en la historia ha profundizado tanto la calidad del tiempo y tanto ha sentido su vertiginosa significación cósmica, como la nuestra. Basta echar un vistazo en torno para advertirlo: la filosofía no es hoy sino un torturante y dramático análisis del tiempo, la suma ambición intelectual, lograr asirlo y adueñarnos de su escurridiza esencia; — desde la literatura, donde, como por ejemplo en Proust, la sensibilidad para el tiempo se torna alucinante, hasta nuestra unánime vocación por la música — la música, el arte del tiempo y el arte moderno por excelencia—; desde las concepciones de la matemática y de la física, hasta los esfuerzos de la técnica — orientada toda ella en el sentido de apresurar las velocidades y agotar las distancias — no parece sino que queremos burlar la ley ineluctable de la hora y del día, del reloj y del calendario, cabalgando sobre la luz, como en aquella pesadilla que vislumbró Einstein en sus ensueños abstractos.

Pues bien: no ha escapado tampoco el teatro a este interesante matiz de la sensibilidad de nuestro siglo. El teatro actual es, por definición, el *teatro de lo que pasa*. Comparado con éste, el teatro clásico moderno es casi un teatro en que el tiempo no transcurre. Los caracteres, los tipos, permanecen los mismos desde que la tela se descorre hasta que se vuelca sobre la escena final. Diríase que, entre ambos momentos, los relojes se han detenido en el ámbito estético de la farsa.

De ahí que, como insinuamos al comienzo, podemos calificar el teatro clásico moderno como el teatro del ser — el ser, en efecto, de acuerdo con la perfecta definición eleática y platónica, es lo que no pasa, lo perenne, lo que siempre es igual a sí mismo, indiferente al tiempo y a la contingencia. El teatro de Pirandello, en cambio, es el teatro del no ser, el teatro de la contingencia, que reconoce como protagonista al tiempo mismo, en cuyo seno van a ensimismarse todas las cosas y todos los hombres, arrastrados por el oleaje tenaz de las horas que pasan. Aquí, los personajes vagan en las sombras, buscándose a sí mismos sin encontrarse, porque a cada instante dejan de ser lo que son, porque la vida, en tanto que pasa, va creando sobre las ruinas del momento vivido, formas inéditas e insospechadas, en un constante proceso de superación. Estamos, pues, en pleno mundo del no ser: nada cristaliza, nada se fija en formas perdurables, nada detiene su marcha; el recuerdo mismo no es ya más un eslabón unificador,

sino un vivo testimonio de nuestra inestabilidad, que nos advierte cuán distintos éramos en el instante anterior al momento fugaz que vamos transitando. En este mundo, como en la figura de Heráclito, no nos sumergimos dos veces en el mismo río: toda realidad resulta disuelta. De aquí dos aspectos, a mi modo de ver decisivos en el arte de Pirandello, y a cuya doble perspectiva debemos adecuar metódicamente todo escorzo crítico:

El sentimiento trágico de los personajes finca en no poder ser lo que ellos desean ser, en sentirse opuestos a lo que ellos debieron y quisieron ser, al revés de lo que ocurre en la concepción tradicional de los caracteres, en que la dramaticidad de cada personaje deriva de su angustia de ser.

Por otra parte, la realidad es una realidad inmanente al pensamiento de los personajes, con lo cual asume un matiz idealista y relativo, pulverizándose en tantas realidades cuantos personajes — es decir, puntos de vista — la enfocan. En el teatro de norma shakespeariana, en cambio, la realidad, maciza y objetiva, ofrece un punto de apoyo sólido y permanente para que los caracteres se afirmen en ella y desenvuelvan su destino.

En cuanto al primero de los aspectos aludidos—al cual ceñiré el presente artículo — atribuye a los personajes una modalidad común que es la fuerza dinámica del drama: la podríamos calificar como el *disconformismo por su ser presente*, que se traduce en un imperioso anhelo de transformarse íntimamente en otro, que no tiene más que una existencia virtual y potencial, que no es sino la constelación imaginaria en que cristalizan todos los deseos, todos los favores, todas las aspiraciones del personaje disconforme. La aspiración substancial, vital del personaje — el motor de su acción — consiste en salir de sí mismo para volcarse en ese molde ilusorio. Dícese que los egipcios veíanse acompañados en todos los actos de su vida por la presencia invisible, pero eficiente, de una suerte de hechura ideal de ellos mismos, a la que se ha llamado *el doble*. Ese espíritu familiar era en un sentido absoluto más real que ellos mismos, por cuanto sobrevivía a su carnalidad perecedera. Los personajes de Pirandello tienen también un doble... ese doble no es sino la dirección de su voluntad — de su voluntad oscura y de su voluntad racional — que se proyecta y concreta en una imagen también invisible pero también eficiente, en razón de la cual giran todos sus actos y viven todas sus horas. El drama de Pirandello se descompone, pues, en dos planos. En uno se desarrolla la acción aparental de los personajes en cuanto no quieren ser lo que son, en cuanto quieren escapar a su condición presente; en el otro plano se des-

envuelve la acción potencial y silenciosa que pudiera haber sido si los personajes realizaran ese tránsito anhelado de la realidad empírica y contingente a la realidad absoluta del plano ideal. El drama aparente tiene, pues, una resonancia virtual en un plano invisible... o, mejor, este último drama (el drama que los deseos simbolizan, por así decirlo, en forma concreta y expresiva) es el que suscita el otro, el drama contingente del escenario material, porque la acción se *dinamiza*, como ya dijimos, en función de ese mismo ideal inaccesible adonde se mueven vagas formas presentadas, como las proyectadas en una pantalla por los muñecos que gesticulan frente al foco de luz (aquí figurémonos que los personajes visibles son los muñecos, y las candeliejas el foco de luz). En orden a su eficiencia es necesario tener presente que el drama ideal es anterior al drama real. Y si apuráramos aquí este análisis, que en rigor de verdad sería inagotable, pudiéramos decir que, si el drama ideal y primario dejara de ser virtual y se convirtiera en realidad *vivida* como la del plano de las candeliejas, se convertiría *ipso facto* en comedia, en comedia grácil y placentera, en venturosa y plácida conformidad, como sería la suprema conformidad de los hombres que canjearan en inmediata realidad, en inmediata esencia de su ser, las ilusiones fraguadas por sus instintos más exigentes y su más ambiciosa voluntad. En el drama de Shakespeare se engrana también una especie de contrapunto, en virtud del cual varias acciones iguales y paralelas se desarrollan simultáneamente en planos distintos con diferentes personajes, las unas reproducción exacta de las otras. Pero en Pirandello — como hemos dicho — este contrapunto es puramente ideal, y la acción real y visible de los personajes es la resonancia, la prolongación humana del drama simbólico que se desenvuelve más allá de la aparente evidencia escénica.

Pero, ya lo hemos dicho: si el plano de la realidad aparente se desplazara hasta absorberse con el plano de idealidad trascendente, el drama no solo se transformaría en comedia — en la comedia de la absoluta conformidad (el ser *nirvánico* en que todo deseo se corresponde con su logro en una relación simultánea) — sino que la posibilidad misma estética de la acción dramática se anularía por sí misma. Efectivamente, una acción en que el deseo y el anhelo creador de la vida se correspondiera de inmediato sin conflicto con su satisfacción en la simple realidad, no admite ninguna posibilidad estética, ni siquiera ninguna posibilidad humana. Y en el teatro de Pirandello ese dualismo insalvable es el que constituye la condición misma de la acción: los personajes oscilan en una alteración trágica entre ambos planos, sin poder

sobornar su angustiosa incertidumbre sobre su propia esencia. Realizan, con su máximo dinamismo, la fórmula abstracta que dejó caer Hamlet de sus labios en aquella memorable oportunidad metafísica de su vivir indeciso. Pero Hamlet pudo dar al dilema su respuesta, prácticamente, como todos los personajes shakespearianos. Hamlet, en efecto, *fué*: fué el dubitativo por excelencia. Fué un temperamento definido y un tipo... y así todos los demás. Pero en cambio, los personajes de Pirandello — menos felices, tal vez — no han logrado cristalizar en formas definidas y perdurables, viven en una aspiración constante, en un anhelo inagotable con posibilidades virtuales infinitas, pero sin ninguna realidad efectiva. Si se me permite la paradoja, diré que su razón de ser consiste en no ser...

Procurémos adentrarnos, de golpe, en la psicología de los *Sei personaggi in cerca d'autore*. ¿Qué pretenden esos seis sujetos grotescos, descompaginados, balbucientes, incompletos? ¿Qué exigencia interior los crispa cuando se cuelgan de las solapas del *capocómico*, urgiéndolo con gesto imperativo? ¿Qué quieren...? La respuesta, ellos mismos la dan: quieren ser. Eso, simplemente: ser... He ahí planteado el problema en su forma más universal, más abstracta, más simbólica. Porque los *sei personaggi* no pretenden ser una cosa determinada, concreta: su exigencia es más elemental aún: quieren *ser* en la significación más general del vocablo. El autor los ha esbozado a medias, no tienen, por lo tanto, nada más que una existencia virtual, irreal: su ambición es sencillamente transformar esa existencia posible — que no vive sino en la mente del autor — en un ser real. He ahí su problema — y, hablando en términos estéticos, ya que no debemos olvidar que Pirandello es ante todo un *artista*, he ahí su *pathos*, su tragedia concreta, su desgarrador disconformismo. Vislumbrar su posibilidad de ser, sin lograrlo... ¿Quiérese vértigo más alucinante?

El disconformismo de los seis personajes es el más decisivo e irremediable de todos: el disconformismo por no ser nada. Entre ese vacío absoluto en que sobrenadan, y la realidad concreta que la escena les brinda — pero sin concederla — un abismo les cierra el paso. Mil valladares, mil paredes contra las cuales se afanan en vano y se estrellan los personajes: el tiempo irreversible (la acción pudo ser, debió ser en un momento dado; ahora ya es imposible reconstituirla); los convencionalismos del teatro y la resistencia de los actores (aquí apunta con extraordinario vigor la sátira contra la técnica escénica); en fin, la distancia ideal incalculable que separa la realidad empírica del *capocómico*

y sus secuaces, y la realidad fantástica de los personajes disconformes. ¿Cómo atravesar esa maleza impenetrable de obstáculos, semejantes a los que la realidad misma nos pone delante en nuestra vida ordinaria entre lo que somos y lo que queremos ser? Imposible.

En esta obra, aquella descomposición ideal de la escena en dos planos aparece con palpitante evidencia. Los seis personajes son, por una parte, el símbolo de una acción potencial, latente, de una acción magnética hacia la cual orientan todas sus actitudes visibles: esa acción potencial que llevan dentro de sí es la acción del drama para el cual estaban destinados en la mente del autor, y que no pudo realizarse. Es el horrible drama de adulterio, de incesto y de muerte que por momentos se insinúa en algunas escenas relampagueantes, que son como fogonazos que alumbran la noche del no ser en que están sumidos los personajes. Nosotros, al igual del *capocómico*, logramos reconstituirlo íntegramente zurciendo en nuestra imaginación esas escenas dislocadas. Frente a este drama, y en función del mismo, se abre la perspectiva del drama real — el conflicto de los personajes que arremeten rabiosamente con los actores y contra la imposibilidad implacable que los cerca, el drama de los personajes que van a quemarse a la luz de las candilejas, llevados por la misma esperanza que acerca a la crisálida a la luz del sol, para realizar el milagro de su metamorfosis. Pero el conflicto es insoluble, la metamorfosis no se realiza, los personajes vuelven sobre sí mismos constantemente, y no consiguen desligarse de su precaria condición de simples anhelos. Y ese conflicto es el que hace posible el drama mismo: los seis personajes están condenados a oscilar eternamente — en la más quintaesenciada de todas las pesadillas — entre el ser y el no ser. Sin otro punto de apoyo que el vacío, sienten la inminencia de la realidad, sin lograr abrazarla. Esta concepción vertiginosa es la que hizo decir a Bernard Shaw — con hiperbólico entusiasmo — que *Sei personaggi in cerca d'autore* era la obra de teatro más original y fuerte de todos los tiempos.

En ocasiones culminantes del drama, el plano de realidad en que los personajes desenvuelven su acción coincide y se confunde con el plano de la acción ideal a que aspiran. Esto ocurre en los instantes en que la acción potencial que llevan dentro de sí se convierte en acción vivida, es decir, cuando los personajes logran llevar a la realidad de la escena el drama al cual estaban destinados. En estos momentos, el drama llega a su máxima intensidad estética, y es comparable al momento en que Macbeth ve marchar hacia él el bosque de Birnam, o al momento en que

Osvaldo cae en el abismo predestinado de su locura, desenlaces paralelos que en el teatro romántico y naturalista se explican por la fatalidad immanente que obra en los temperamentos. En *Sei personaggi in cerca d'autore* esa conjunción entre ambos planos se evidencia también con una intensidad trágica y una claridad esquemática impresionantes: se trata — por ejemplo — de la escena entre *el padre y la figliastra* en casa de *madame Pace*. En este instante, los personajes han logrado superar todos los obstáculos que se interponían entre sus anhelos y la realidad a la cual aspiran (la suprema realidad de la creación estética).

Por un momento, logran cristalizar la acción—¡al fin!—en el molde perenne en que procuran volcarse desde el comienzo con la máxima tensión de sus fuerzas psicológicas. Pero es fácil advertir que, si el drama continuara indefinidamente en este plano, la superposición de la idealidad de la acción a su realidad sería tan absoluta que acabaría por eliminar a esta última y por anular toda posibilidad estética ulterior. En efecto, si los seis personajes siguieran representando *su drama*, dejaría de existir el conflicto que hace posible el drama verdadero, *el drama de los personajes que quieren ser personajes y no pueden serlo*.

Se ha objetado a Pirandello que los seis personajes son—de todos modos — *personajes* en ese conflicto (el conflicto de su vano aspirar a *personajes*), y con eso logran su objeto (el de ser personajes). Pero es necesario advertir que el anhelo de los personajes consiste precisamente en escapar de ese conflicto del que son personajes en la realidad (*en la realidad paradójica de su no ser*), para asumir la realidad absoluta y definitiva que pensó asignarles el autor en el momento de la concepción. Ellos no logran sino muy fugazmente, en escenas apenas esbozadas, escapar a su realidad contingente; y en los momentos en que lo logran su sentimiento trágico cobra un matiz especial inédito en la historia del teatro, que podríamos definir como de *dolorosa felicidad*, pero para el cual sería preferible encontrar un término específico: el dolor de representar y sentir un drama angustioso de incesto, de adulterio, de asco, y al mismo tiempo la *felicidad de ser*, la inefable sensación cartesiana de sentirse existentes y reales. *La condición de ser de su dolor, así como en nuestra propia vida*, y el principio nirvánico de que sólo con la muerte puede obtener una eterna felicidad su conflicto, recibe con el pesimismo de Pirandello una nueva sanción estética. Pero los seis personajes, más infortunados que los simples entes de humanidad, no tienen al alcance de su mano ni siquiera esa solución: como toda creación estética están condenados a la inmortalidad, a la inmortalidad

dad de su propio dolor. El arte, en efecto, postula una realidad más absoluta que la nuestra, puesto que más eterna y puesto que más igual a sí misma en todos los instantes. Idea que la *Madre* expresa con estas palabras, refiriéndose a su drama personal: *No, avviene ora, avviene sempre! Il mio strazio non è finto, signore! Io sono viva e presente sempre, in ogni momento del mio strazio, che si rinnova, vivo e presente sempre!*

En otros casos, el suicidio puede ser la salida de esa encrucijada. El ejemplo lo encontramos en *Vestire gli ignudi*, tragedia de una mujer que quiere ser la heroína romántica y novelesca de un episodio de amor, de seducción y de piedad. La realidad, implacable, la desviste a girones de esa apariencia prestada, y sólo en la muerte ella vislumbra la posibilidad de una farsa sublime, de una mentira reparadora. Baldovino — el personaje más amargo y entrañado de Pirandello — está en un trance parecido: Baldovino quiere ser honesto. Pero la honestidad en que ha logrado ingresar no es más que una apariencia, una forma sin contenido, una honestidad convencional viciada en su base por un acto supremamente deshonesto. Sobre este puntal deleznable procura Baldovino construir el mundo fantástico de sus ilusiones. Este asunto — a la vez que el conflicto substancial del querer ser, del disconformismo, que ya analizamos — plantea otro conflicto que también es un motivo constante en el teatro de Pirandello, y que aquí insinuamos como tema para un posible desarrollo crítico: el conflicto entre la vida concreta, afluente, insalvable, y el mundo de formas, de convenciones y de ideas generales a las cuales atribuimos una realidad que no tienen. La solución, en *Il piacere dell'onestà* es opuesta a la de *Vestire gli ignudi*. La comedia termina ingresando el contenido real de la vida dentro de esas formas presupuestas, convirtiendo la honestidad convencional en una honestidad real. El amor opera el milagro.

De las treinta y cinco obras de teatro—algunas más o algunas menos — que hasta hoy ha escrito el siciliano, la mayor parte reproducen el mismo conflicto psicológico: *La Ragione degli altri*, disconformidad de la mujer que quiere ser madre, sin lograrlo, y se encuentra inesperadamente en la amante de su marido; *La signora Morli, una e due*, disconformidad de una mujer que lleva en sí dos maternidades, irreconciliables la una con la otra; *Come prima, meglio di prima*, disconformidad de una mujer que ha querido morir, y pretende revivir ella misma transubstanciada en otra personalidad. Sin embargo, algunas obras escapan a esta enumeración, y encajan mejor dentro de los moldes tradicionales del viejo teatro, como ser *Pensaci, Giacomino*

y *Tutto per bene*. Si nos queremos arrimar al otro escorzo fundamental del pensamiento pirandelliano, hemos de empezar con la lectura de *Così è, si vi pare* — en que el problema metafísico de la realidad está planteado con alucinante eficacia estética — para proseguir con *Sei personaggi in cerca d'autore*, *Ciascuno a suo modo*, *La vita che ti diedi*, etc. Estas obras forman el grupo — perdónese la pedantería — ontológico, dentro de la producción de Pirandello: el motivo central de las mismas es la naturaleza de la realidad, lo que no quita que el asunto, invariable, se reitere en las otras piezas. Pero aquí conviene estribarnos bien en el sentido común y en la experiencia ingenua, si no queremos desbarrancarnos con el autor en la trampa que entrevió Berkeley y orilló Pascal. Pirandello, en efecto, es un torturado del mal metafísico (¡curioso destino el de este italiano meridional que ha pasado por las universidades alemanas!), y la locura suele ser el paradero de tales almas. Por otra parte, apresurémonos a eludir un tema que ha sido señalado con machacona insistencia por todos los comentaristas y críticos del dramaturgo, con lastimosas incompreensión también, muchas veces.

En este punto, el tropel de la crítica monda y cachacienta nos sale al paso e increpa al dramaturgo. ¿Qué es ésto de llevar al teatro problemas filosóficos? ¿Qué tiene que ver el arte con esos conceptos universales? Para fulminar a Pirandello, los negadores se pertrechan copiosamente con herramientas substraídas al arsenal de Croce y de los estetizantes. Pero no han comprendido ni a unos ni a otros. Yo, por mi parte, no sé qué filosofía es ésa cuyos problemas no pueden sentirse estéticamente, es decir, apasionada e intuitivamente. Toda filosofía tiene un costado estético, porque toda filosofía es un drama, es un problema a la vez sentimental e intelectual, una experiencia que no sólo se vive con el cerebro sino con el corazón también. El genio de Pirandello consiste en haber expresado con extraordinario vigor, con extraordinario acento personal y lírico, ese momento que vibra en todo problema metafísico auténtico. Al decir auténtico, quiero decir problema vivido — vivido en nuestra carne y en nuestro espíritu — como se vive una pasión, un amor o un odio, en la vida ordinaria y corriente. Todo arte grande, por otra parte, no es más que una respuesta concreta y viva al eterno repertorio de problemas trascendentales que el mundo nos propone y nos reitera. Los poetas y los músicos clásicos, los poetas y los músicos románticos, supieron también de la muerte y del misterio cósmico, también se cñieron con pávido anhelo al problema de nuestro destino y de nuestra naturaleza. En el orbe del artista, todos los

ruidos del mundo resuenan, los cercanos y los remotos. En ciertas personalidades excelsas, no queda ninguno sin registrar, y, como en el suceso pitagórico, vibran a la vez las armonías de todas las esferas. Enciclopedias de todo lo posible, como el Dante, Shakespeare y Goethe, lo atestiguan. No quiero parangonar aquí el arte de un Pirandello — demasiado contemporáneo, quizás precederо ¿quién lo sabe? — a esas semi-divinidades que la historia ha desprovisto ya de su probable humanidad primigenia. Pero me aventuro a decir que en Pirandello también se dan cita todos los problemas tal como hoy los interpretamos — y aquí me refiero a ese Pirandello total y asombroso que es a la vez cuentista y novelista y dramaturgo y ensayista, enciclopedia unánime del vivir actual. A semejanza de todo espectáculo innumerable, tiene Pirandello mil vertientes, y en vano pretenderíamos agotar el paisaje en una visión huidiza. Es, como nuestro siglo, complejo hasta el tormento; y, como en el corazón mismo de nuestro siglo, late en la entraña de su obra esa ironía perfecta, esa tolerancia absoluta que no es ya virtud, sino imperativo intelectual, ese realismo *relativizador* transido de idealidad, ese estupor ante el milagro del suceder y del vivir, que son la maravilla de esta época que nos ha tocado en suerte disfrutar.

Buenos Aires, octubre de 1923.



FEDERICO LANAU, GRABADOR Y CERAMISTA

POR

JOSÉ MORA GUARNIDO

DE CÓMO ESTE ARTISTA ES, REALMENTE, UN ESCULTOR QUE ESTUDIA EN EL RETIRO DE SU TALLER.

UN solo detalle biográfico se proyecta sobre la obra artística de Federico Lanau y nos ayuda a comprenderla y valorarla. Salió para Europa en 1913, pensionado por el gobierno uruguayo como escultor; estuvo en España y en Francia tres o cuatro años, y, cuando la guerra lo devolvió de ella como a gran número de pensionados de otras repúblicas americanas, a los que aventó el rumor bélico poco propicio a sus pretensiones de aprendizaje, no trafa al regresar esas inevitables obritas de pensionado que se presentan ruborosamente al Ministro y que pasan a ser, en los Museos Nacionales, como un muestrario de mediocridades promisoras; en lugar de hacer apresuradamente esa obrita de vanidad pueril, Lanau durante su viaje por Europa se había empeñado principalmente en meterse en el cerebro toda la grave preocupación europea, toda

la sincera inquietud de originalidad que domina aquellos ambientes, y con esto estaba cierto de traer bastante. Una vez tornado a su tierra se puso a trabajar; pero no a hacer esculturas, como podría creerse.

Abandonó momentáneamente la escultura para dedicarse a lo que pudiéramos llamar las artes medianas, preparadoras, en su sentir, para llegar a concretar más adelante una suma de facultades creadoras que le ayudase espléndidamente a afrontar a fondo la obra escultórica. Fué primero ceramista y luego grabador. (Y hay en estas dos orientaciones una causa especial por influencia del medio europeo: su vida en Manises, uno de los escasos núcleos españoles supervivientes de la cerámica popular hispano-árabe; su vida asimismo en París donde, precisamente por aquella época, el grabado comenzaba a tener entusiasta acogida, cultivándose principalmente para ilustración de revistas y libros). En el fondo, lo que el artista quería era buscarse con el ejercicio de estas actividades artísticas menudas, un entrenamiento constante, de la mano tanto como del pensamiento, para las dos funciones primarias de todo arte imitativo: dibujar y comprender (comprender que es tanto

como crear mientras se comprende). Se hace primero ceramista y se encarga a poco de la cátedra de cerámica de la Escuela Industrial de Montevideo, donde una brillante muchachada orientada por él, obtiene ahora las más bellas piezas de cerámica moderna, aprovechando los materiales y la tradición artística — poco abundante desde luego — del país. Se hace luego grabador, al principio con el desinteresado propósito de ilustrar el libro de un amigo, y es en adelante quien lleva el peso de la ilustración



CERAMICAS DE F. LANAU

artística en la mayor parte de la obra de la nueva generación literaria, principalmente en las revistas que han ido apareciendo, con fugaz esterilidad, año tras año, y en muchas de las cuales lo único que una revisión sería salvaría de ser quemado en justiciero *auto de fe*, son las ilustraciones de Lanau.

No nos sorprendería hallarnos de pronto con un Lanau repujador, esmaltador, miniaturista u orfebre... Todo esto que conduce a ir reuniendo lentamente experiencias directas sobre los materiales que han de ser posibles elementos de su arte, constituye para el escultor motivo bastante de detención y dedicación entusiasta.

Pero al ir por estos caminos, dispersas verdades que llevan seguramente a la ansiada finalidad, la maestría lograda no puede ser causa de satisfacción o engrasamiento. Al otro lado de estas menudas veleidades experimentales están las grandes masas, las totales creaciones, hacia las que Lanau marcha con confianza. En su taller, envueltas en los paños húmedos que mantienen blanda la greda, las esculturas en gestación levantan sus siluetas informes. El escultor, después de muchos años de haberlas tenido como abandonadas, vuelve a ellas con una mayor capacidad, tanto manual como espiritual, enriquecidas su técnica y su sensibilidad con infinitos recursos de expresión y de comprensión y en condiciones por consiguiente de realizar una obra más seria y bella que la que le hubiera sido posible hacer de quedarse detenido, satisfecho en sus ensayos de pensionado brillante.

Han sido ocho o diez años los que Lanau ha invertido en su paseo de veleidoso investigador por las artes menudas, pa-



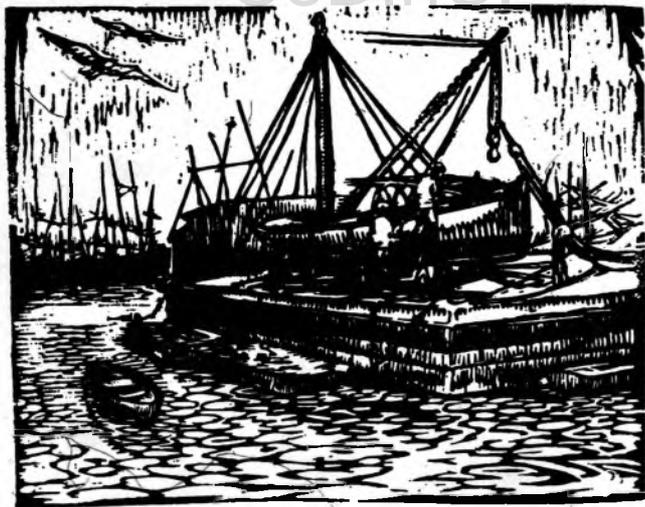
seo del que no se puede arrepentir, porque es incalculable lo que durante él se han enriquecido su sensibilidad y su técnica, pasee en el que, como de soslayo, ha hecho, en cerámica y en grabado, obras de indudable valor que por sí solas serían bastantes para una reputación honrosa en el arte del Río de la Plata. ¿Olvidó durante este tiempo la gente que Lanau, el ceramista y grabador, tenía por encima de estas actividades menores la vocación real de la escultura? ¿Se creyeron que las nuevas perspectivas europeas contempladas en su peregrinación de pensionado habían llevado al ánimo del escultor, con la comprensión de las enormes dificultades a enfrentar, un acobardado desistimiento? Es posible que fuera así, puesto que en estos últimos años nadie habla en el Uruguay de Lanau como escultor, y aun cierta nómina de valoraciones nacionales que esboza el grupo intelectual «Teseo» (intento frustrado de Academia Libre Uruguaya) sitúa a Federico Lanau solamente como grabador y ceramista, injusticia que hubiera descorazonado a un espíritu menos fuerte y desdefioso que el suyo. Es por ésto que hemos creído conveniente, al hablar de este artista, comenzar por poner en claro su filiación artística verdadera, saliéndole al paso a posibles olvidos y confusiones, que unas



veces son consecuencia de ignorancia voluntaria y otras de calculadora mala fe. Lanau es un escultor; aunque hablemos de él como grabador y ceramista, no dejemos nunca de considerar que éstas son manifestaciones artísticas secundarias y como circundantes de una vocación central, fija, elevada.

HACIA LA ESCULTURA POLICROMADA.

Para Lanau, la pintura y la escultura se apoyan y completan mutuamente, de tal manera que ni puede admitirse un cuadro sin proporcionalidad, masa y gravedad escultóricas, ni puede admitirse una escultura sin color. De la misma manera que con el color en pintura se debe producir masa y forma escultórica, con la masa y forma en escultura se debe producir color. No terminaría por esto la escultura de ser una obra totalmente alcanzada, si después de lograda en ella la modelación exacta, no se le da una determinada coloración. La escultura policromada es la más alta tendencia artística. El escultor uruguayo ha visto en Toledo las esculturas policromadas de Berruguete, ha visto en las catedrales levantinas españolas



algunos de los «pasos» barrocos, policromados, de Salcillo. Si hubiera extendido su pesquisa a la Andalucía occidental hubiera visto en Sevilla las obras de escultura policromada de Montañés, Mora, Juan de Mena, todas dentro del profundo sentido realista del arte español; pero un sentido realista iluminado por cierto fervor místico que ha puesto en sus creaciones, a pesar del obstáculo realista originario, un suave y fino idealismo. El Crucificado de Mora no es ya una obra realista; en aquella cabeza de Cristo muerto, que se desploma en supremo abandono entre los hombros estirados por la pesantez, revienta dentro de la exterioridad realista en formidable soplo íntimo de expresión ideal. Como «por todos los caminos se va a Roma» es ésta una manera de llegar a la exaltación ideal por el camino de la rigurosa interpretación de las realidades.

Los policromadores barrocos andaluces hicieron de la policromía un arte tan elevado y tan perfecto como la misma escultura. Es éste el punto donde la pintura y la escultura se encuentran en el campo de la segunda; en el campo de la pintura el encuentro con la escultura es, si se quiere, más inmediato: basta con ponerse a pintar para sentir la necesidad de modelar estatuariamente sobre la tela, aquellas cosas que se pintan. El pintor no puede olvidar esta obligación de «esculpir»; el escultor algunas veces olvida la de pintar.

Pero Federico Lanau que contempló aquella escultura policromada española, no olvida que el calor da a las formas escultóricas una tonalidad vitalísima. En la cerámica Lanau va





Retrato de Gabriela Mistral

estudiando el color y sus múltiples azares de técnica, como en el grabado estudia la masa y sus valoraciones estatuarías; en el grabado y en la cerámica estudia también la base fundamental de todo: el dibujo. Y no hay que olvidar tampoco que, aunque el grabado se restrinja generalmente a los dos únicos colores, el blanco y el negro, esta aparente limitación no niega de ninguna manera el aprendizaje colorista, porque el blanco y el negro no son en el grabado sino las expresiones sintéticas

de los dos o tres colores circunstancialmente excluidos.

Evidencia Lanau una resuelta tendencia hacia un género de escultura policromada, donde se junten, que ya es hora de que sea así, todas las experiencias alcanzadas en estos últimos tiempos sobre la forma y el color.

LOS GRABADOS DEL PUERTO DE MONTEVIDEO.—ILUSTRACIONES AL POETA CARLOS SABAT ERCASTY.

Comenzó, como hemos dicho, haciendo las ilustraciones del libro de un amigo. La novedad del medio expresivo no fué para él un obstáculo grave. Ciertamente que el buril no es el lápiz, y el no considerar en principio ésto con un valiente esfuerzo de abstracción, es el mayor inconveniente que sale al paso de los grabadores que se inician. El buril traza no lo que ha de aparecer luego ante la mirada del contemplador, sino precisamente lo que se tiene que ausentar. Es, como si dijéramos, dibujar al revés. El grabador tiene que tener siempre en cuenta ésto, elemental necesidad que trastorna sin embargo su

hábito manual, puesto que todos sus ensayos de dibujo están hechos directamente, afrontando sin ardides de impresor las armonías de la luz y la sombra. Influye también fundamentalmente en su obra el material sobre el que actúa. El linoleum, por ejemplo, es más reactivo a los trazos finos, a los perfiles delicados, que la madera. En cuanto a la madera, si se trata del palo rosa, cuya blandura y docilidad al buril es grande, se notará que el grabador ha trabajado sobre ella con más soltura y agilidad que si se trata, por ejemplo, de quebracho. Al hacer su proyecto de trabajo el artista no debe olvidar la calidad del material en que va a realizarlo. (Es lo mismo que ocurre en la cerámica con las cualidades de los barros y de las tinturas).

Los grabados de Lanau tienen todos ellos la particularidad de que se nota al mirarlos sobre que clase de material están realizados. Indica ésto que el grabador tiene la suficiente ductilidad de temperamento para adaptarse a las exigencias de cada material, sin pretender inútilmente que sea el material quien haya de adaptarse a su temperamento, y también que el grabador, después de abocetear ligeramente su obra en el papel, no es aquí donde la resuelve sino directamente sobre el material. Todos los problemas de luz y de sombra, de perspectiva y de masa que tiene el grabador, Lanau no los afronta con el lápiz sino con el buril. Resolverlos con lápiz en el papel y pasarlos luego con proligidad de experto copista a la madera, sobre ser una lentísima labor, se reduciría artísticamente a un calco normal. Por el contrario, hay en la labor



directa sobre el material una espontaneidad de matiz, una clara comprensión, tanto del medio expresivo y de sus posibilidades como de la compenetración de la idea artística planteada con este medio expresivo, que el resultado es siempre un acierto indudable.

Los grandes linoleums de Lanau sobre el puerto de Montevideo, la mayor parte de los cuales están en inédito y desdenoso apilamiento en el taller del artista, si bien fueron meditados en largas veladas de reflexión y estudio, fueron realizados todos ellos en tiempo relativamente breve, precisamente porque el artista no tuvo que entretenerse en calcos laboriosos, sino que su buril tomó por la superficie del linoleum caminos en los que ya tenía, como gufa segura, el resultado de una intensa labor mental. En ningún trabajo artístico es tan necesario como en el grabado, que la mente haya recorrido en previa marcha inquisidora el camino que luego han de recorrer los instrumentos manuales. Son estos grabados del puerto de Montevideo grandes visiones de esa vida intensa, arbitraria y fuerte, que se sitúa como abrigada contra las pasiones del mar en las bahías apacibles y allí desarrolla, para desentumecer tal vez sus energías largo tiempo plegadas, una actividad extravagante y frénica. Las grúas, como brazos de gigante en reposo, levantan fatigosamente fardos enormes; los barcos recostados a la orilla, parecen quejarse doloridos de un golpe antiguo, cuya cicatriz se les resiente a cada nuevo esfuerzo; los vagones van y vienen cargados con frutos de todo el mundo; una multitud atareada, curiosa, indecisa, vaga en todas direcciones igual que si buscara el barco perdido o el otro que nunca llega. Lanau ha comprendido la intensidad desorientada y desorientante de esa vida, que atrae a su espíritu con sus fuertes matices y le ofrece continuamente sorpresas implacables. La ha interpretado con admirable sobriedad.

Son muy distintos estos grabados de otros, característicos en Lanau igualmente, y en los que el tema abordado es, puede decirse, de un tono fantasmagórico-sideral. Nos referimos a las ilustraciones que profusamente ha hecho a la obra del poeta uruguayo Carlos Sabat Erceasty (poeta de temperamento grandilocuente y desbordado que, con visión inmensa, personaliza, dándole una honda vitalidad humano-gigantesca, a los mundos, a los vientos y al mar, y del cual será justo escribir en próxima ocasión). Si en el caso de los motivos del puerto eran los elementos quienes daban modelo a Lanau para sus interpretaciones, en las ilustraciones a Sabat Erceasty es Lanau quien

da a los elementos forma y dinamicidad, traduciendo el temperamento del poeta y el propio, en sobrehumanas y formidables creaciones. Los mundos giran atormentados con rostros espectrales, pensativos y tristes; brazos lanzados como flechas se agitan en un horizonte negro; mujeres desnudas, con blanda de luna en la carne, vuelan serenamente, rígidas, como pájaros, en un cielo de estrellas que parecen rosas de luz; otras, cuyas piernas se alargan espectrales tomando la forma de los tubos de un órgano inmenso, llevan por el espacio en fantástica cabalgata los rumores del viento y del mar. En estos grabados, junto al gran acierto interpretativo, está igualmente visible el fuerte dominio que el grabador ha ido adquiriendo sobre la técnica de su arte. Y está también visible, aunque se precise en el observador un análisis más hondo de las formas, el escultor que en fin de cuentas es Lanau. Todas esas colosales figuras, que parecen lanzadas al acaso en el fatal giro cósmico, tienen pesantez y masa escultórica.

Podríamos hablar también de las viñetas, de los «Ex-libris», de los pequeños cierres capitulares, en cada uno de los cuales ha puesto a prueba su maestría como en los grandes grabados; pero la índole de una entusiasta noticia sobre un artista, que no otra cosa es este artículo, hace excesivo todo detenimiento minucioso.

ENSEÑANDO CERÁMICA EN LA ESCUELA INDUSTRIAL DE MONTEVIDEO.

La cerámica es un arte eminentemente popular. En este sentido se ha valorado siempre en todos los pueblos, y en donde se le quiere sacar del sector popular para llevarla a los espacios, más propicios aparentemente, del arte culto se llegó a un resultado lamentable. Así lo comprendió siempre Federico Lanau, que no en balde ha estado en Manises y no en balde ha debido ver también el fracaso de la cerámica popular de Talavera, por haberse pretendido hacer de ella una cosa distinta de lo que fué, y la aridez del ensayo de cerámica culta realizado por Zuloaga en Segovia. Es un arte popular, tradicional por consiguiente, que donde se mantiene por tradición hay que procurar conservarle en su mismo tono y modalidades, y donde no existió, es muy difícil crearlo. Sus elementos son bien simples, como todo arte popular; sus progresos, por lo mismo, bien lentos.

En la Escuela Industrial de Montevideo Lanau realiza admirables esfuerzos para crear, ya que tradicionalmente no existe — las tradiciones autóctonas están muy vagamente conservadas — una cerámica popular uruguaya. Su táctica de enseñanza revela un verdadero espíritu de maestro y de artista. Prescindamos de todos los sondeos previos hasta conseguir el perfecto dominio del material de elaboración: análisis y estudio de las arcillas, investigación de su grado de cocción y de resistencia... Después de todo esto, Lanau se encuentra ante el grave y difícil problema artístico de la decoración. ¿Cómo lo resuelve?

El dibujante prescinde absolutamente de todo su saber como dibujante, para mirar a las cosas que quiere hacer objeto de su imitación decorativa, con ingenua mirada de hombre del pueblo. Busca esa simplificación audaz que ponen en sus dibujos los niños o los salvajes, porque sabe que ahí es donde está la iniciación artística de todos los sistemas decorativos de la cerámica popular. Les hace comprender a sus alumnos la necesidad de ir hacia esas simplificaciones audaces. Luego les hace mirar en su torno y buscar en todas las cosas que los rodean los temas básicos. La fauna, la flora, como las costumbres y el paisaje, van nutriendo poco a poco los motivos de ese grupo de ceramistas en serio aprendizaje artístico. Las estilizaciones de los elementos naturales que les sirven de tema alcanzan un grado de sutileza expresiva comparable, sin pena,



al de cualquier género de arte popular espontáneo. Es éste el camino único que Lanau podía tomar, porque concretarse a imitar los ejemplares de cerámica de los otros países y hacer con ello un muestrario de réplicas inferiores, habría sido sin duda un pobre esfuerzo.

DESDEÑ A LA CRÍTICA LOCAL CONTEMPORÁNEA.

La justicia crítica no debe ser para el artista grave preocupación, si no es colocando la esperanza en una favorable sanción final, a venir cuando las pasiones y personalismos del momento se hayan amortiguado y pulido. Hacer obra artística para el éxito, es como resignarse a las más penosas claudicaciones. Por otra parte, la originalidad artística lleva frecuentemente a la crítica muy a la zaga. A Federico Lanau le tiene absolutamente sin cuidado el criterio crítico actual de su país, y hace bien.

Montevideo, Noviembre de 1925.





SONAMBULISMO VITAL

FOR

CARLOS ASTRADA

CADA vez que pasan los gitanos — acampano la abigarrada tribu en las afueras de la ciudad: breve paréntesis de quietud en su existencia errante — dejan en nuestro espíritu una extraña sugestión... Es como si la misma vida, en su muda fluencia, — tal es la impresión — se desplegara un instante ante nuestros ojos, primigenia, grávida de posibilidades insospechadas y ajena a toda finalidad que la trascienda. ¡Tanto nos han alejado de la corriente sinuosa y cambiante los afanes ultravitales, la empediosa búsqueda de las normas!

De ahí que la presencia, siempre imprevista y fugaz, de estos hombres exóticos, con su peculiarísima manera de vivir, reavive en nosotros una curiosidad indefinible que en vano quisiera esfumarse en la impresión huidiza. Es como si los gitanos fuesen viajeros procedentes de un país que ignoramos; pero de cuya existencia tenemos, a ratos, merced a una rara lucidez, vago presentimiento. Viajeros que llegan hasta nosotros trayéndonos la partícula de un misterio remoto: mensaje verdaderamente indescifrable, pero que no obstante pide una respuesta. Ensayémosla, enhebrando, estimulados por nuestra curiosidad, unos cuantos pensamientos intrascendentes...

*

Como punto de partida de este intento de perquisición acerca de la extravagante índole de la vida gitana, señalaremos tan sólo el hecho que se impone a la simple observación: Los gitanos constituyen tribus nómadas, antípodas de toda colectividad civilizada que tiene vida histórica, ha creado valores, persigue, en los distin-

tos órdenes de su actividad, fines más o menos trascendentes y lleva una existencia laboriosa.

Toda averiguación de carácter histórico sobre la procedencia de los gitanos ha sido infructuosa. Su origen se pierde en la obscuridad de confusas leyendas. El denso misterio que envuelve los comienzos de su peregrinaje y todas sus erráticas andanzas cobra ya, para nosotros, el valor de un símbolo.

Descartando, pues, los interrogantes sobre su origen y particularidades étnicas, tratemos de imaginar, formándonos de ella idea aproximada, la esencia anímica, el instinto vital de esta raza que, sonámbula y en perpetua aventura, hace sus correrías por el planeta.

¿Cómo es el alma gitana? Ya que no podemos preguntar por su concepción de la vida, por su respuesta intelectual a la realidad cósmica, desde que éstas suponen elaboración mental, y, en cierto sentido, sistematización de ideas, disposiciones de que carece, ¿cuál es, por lo menos, el sentimiento vital que anima a esta raza hermana del azar y cultora del ocio por el ocio mismo?

El gitano rechaza el pesado yugo del trabajo e ignora la tensión del anhelo y el esfuerzo, casi siempre doloroso, que definen la vida ascendente. Viajero eterno, lo vemos pasar en bandas indolente y alucinado, a impulso de un ciego azar, como nubecillas policromas en pos del rumbo, variable, del viento.

Sólo sabe de la simple vida, en el regazo de la naturaleza, y sin embargo entre su manera de vivir y el primitivismo del salvaje hay un abismo. Conoce las maravillas que encierran las grandes urbes. Ha visto de cerca el brillo de la civilización; pero éste no lo seduce, y su hechizo no sabría desviarlo de su caprichosa ruta. Atraviesa las regiones donde tienen su asiento las colectividades más activas e industriosas; insensible a los alicientes de la vida sedentaria y a la fiebre del afán constructivo. Parece que lo defendiese de todas estas tentaciones la inquebrantable certidumbre de que sólo su perezoso e incierto discurrir bajo la luz del sol y el brillo de los astros es la verdadera vida, y de que su ocio, su inactividad — floración del suave panteísmo de que está saturado — vale más que la vida artificial de las ciudades, que todo ese esfuerzo agostador, que toda esa febril actividad.

Sin dioses, sin dogmas, sin ídolos, ingenuamente incrédulos y privados asimismo de toda inquietud espiritual que los haga mirar más allá de su despreocupado vivir, dijérase que los gitanos están penetrados de lo que Nietzsche llama *el sentido de la tierra*, pero sin la complicación dinámica de *la voluntad de poderío*, que en el fuerte — el combatiente por excelencia — tiende a ser cada vez más vida. Es que el gitano se contenta con saborear volup-

tuosamente la simple vida, de cuyo turbio fluir él emerge, como partícula fosforescente.

Los que se han aventurado en los meandros del alma gitana han encontrado como últimos ingredientes de su esencia, alucinación y voluptuosidad: inquietante claroscuro en la brillante tela de los sueños de que está hecha, según Shakespeare, la vida del hombre.

A este respecto reparemos en algunas de las interesantes observaciones que nos transmite Jorge Borrow, el ilustre autor de *La Biblia en España*, quien ha estado, en diversas ocasiones, en contacto íntimo y prolongado con los gitanos. Son conversaciones con éstos, diálogos muy sugestivos que alumbran fugazmente la escurridiza trama de una existencia tan enigmática.

Borrow se encuentra con el gitano Jasper Petulengro, a quien no ha visto durante varios años, lapso en que el gitano ha perdido sus padres. Con este motivo el autor le pregunta qué piensa de la muerte, y la respuesta de Jasper Petulengro es, en síntesis, que si alguien muere se le entierra, y con esto "se acabó la historia". Y aquí viene lo más significativo del diálogo:

—“¿Y crees que se acabó la historia?”.

—“Se acabó, hermano, y es una lástima”.

—“¿Por qué dices eso?”.

—“La vida es dulce, hermano”.

—“¿Te lo figurarás!”

—“¿Figurármelo! Hay el día y la noche, cosas dulces, hermano; el sol, la luna, y las estrellas, cosas dulces, hermano; y aun queda el viento en el brezal. La vida es muy dulce, hermano, ¿quién quisiera morir?”

—“Yo quisiera morir”.

—Hablas como un gorgio, que es hablar como un loco. Si tú fueras un Rommany Chal (otro gitano, quizás un tipo representativo de la raza) hablarías más cuerdo. ¡Morirse! ¡Un Rommany Chal desearía vivir siempre!”

—“¿Enfermo, Petulengro?”

—“Quedan el sol y las estrellas, hermano”.

—“Ciego, Petulengro?”

—“Queda el ruido del viento en el brezal, hermano; con sólo poder sentirlo viviría con gusto eternamente”.

Para el gitano, la vida es una dulce voluptuosidad; licor espirotoso que, sin prisa, paladea gota a gota. También las cosas del mundo le saben a dulzura, y dijérase que, para él, sólo en su vital embriaguez tienen existencia. Así, del sol, la luna, las estrellas y de los elementos que dinamizan el cuadro universal no dicen que sean cosas bellas, sino son *cosas dulces*. Y se explica:



CERAMICAS DE F. LANAU

saturado de naturaleza, su existencia sonambúlica es un dejarse ir en turbia onda de sensualismo cósmico.

Adentrado en la simple vida, no experimenta el temor de la muerte, aunque reconoce que es una lástima ésta venga a interrumpir su voluptuoso pasar. No se siente turbado, pues, por la inquietud de un más allá.

Nada hay, por otra parte, en el alma laberíntica del gitano que, deliberadamente, por voluntad consciente, trascienda la desnuda realidad inmediata, fluyente e inapresable, de la vida misma; nada que implique una supeditación de la vida a una finalidad objetiva, colocada por encima de ella. Por eso, el gitano se ofrece a nuestra mirada como un artista espontáneo del puro vivir. Realiza así el pensamiento de Goethe, de que "la vida existe simplemente para ser vivida". Pensamiento que puede erigirse en postulado central y lema del más reciente vitalismo, que aspira a instaurar "la vida" en sí misma, con prescindencia de sus contenidos concretos — los otros valores — como un valor.

Si la vida, de acuerdo a esta nueva actitud filosófica, es el valor por excelencia, en torno del cual se jerarquizan los demás valores, el gitano encarna, *par droit de naissance* y fidelidad inconsciente al propio destino, ese valor.

La vida es, por sí misma, valiosa, afirma el moderno vitalista, contemplando la riqueza del flujo vital desde la tierra firme de la meditación. *La vida es dulce*, dice, o mejor, siente el gitano, inmerso en su corriente, saturado de su misteriosa esencia. El valor percibido y el valor vivido. Lo primero supone la conciencia alerta del filósofo, que lo sitúa en una lejanía ideal, al margen del hecho viviente. Lo segundo, el sentimiento de lo vital que, primario y seguro, entregado a su propia germinación, se repliega en sí mismo, se recoge en cálida penumbra.

Sintiéndose arrastrado en un pasar sin sentido y sin finalidad, no es extraño que el panorama cósmico le parezca al gitano pura alucinación, un caos de formas ilusivas que él no atina a discriminar en su peculiar individualidad, ni a fijarlas en el pensamiento. Es como si las cosas y los seres, descarnados de realidad, se ofreciesen ante sus ojos en quimérico despliegue de colores y en caprichoso entrecruzarse de sombras inestables.

Efectivamente, el alma gitana en sus momentos de lucidez — bien escasos por cierto — parece estar poseída por la creencia de que, en definitiva, nada existe, de que todo es pura ilusión. Borrow consigna esto, que le dijo el gitano Antonio López, de Badajoz, refiriéndose a los de su raza: "Algunos hay que no creen en nada, ni siquiera en que viven. Hace mucho tiempo conocí yo a un *Caloró* (gitano) viejo, muy viejo; tenía más de cien años, y una vez

le oí decir que todo lo que creemos ver es mentira; que no hay mundo, ni hombres, ni mujeres, ni caballos, ni mulas, ni olivos". Al gitano, en su eterno ambular, lo acompaña, sin duda, el sentimiento de que viaja a través de un mundo fantasmagórico, maraña inextricable en que se extravían sus sensaciones, privadas del lastre de lo real. Tal una corriente zigzagueante y vagarosa que, al espejar en su onda la naturaleza y las figuras que animan el paisaje, las torna irreales, proyectándolas en un miraje de ensueño.

Aliado del azar e hijo de la aventura, el gitano, es supersticioso por naturaleza y cree en la acción de obscuras potencias. Por eso confía en sus amuletos, a los que atribuye propiedades maravillosas, virtudes esotéricas e infalibles. Proviesto de su *bar lachí* (talisman), la "piedra buena" de poder sobrenatural, se siente a cubierto de la mala fortuna, de las asechanzas de los enemigos y de los acontecimientos que podrían serle adversos.

Esta superstición le infunde una seguridad que lo torna audaz en el peligro, e indiferente ante sus posibles consecuencias. Tampoco le afligen mayormente, en caso de sobrevivir, las situaciones difíciles, las complicaciones y ultrajes de la suerte, porque espera, con fe ciega, que la piedra de poder misterioso obre, después de todo, su salvación.

De esta modalidad gitanesca da clara cuenta la supersticiosa confesión del gitano Antonio López, fiel intérprete de la psicología de su raza: "...La noche oscura es para mí igual que el día claro, y el carrascal silvestre lo mismo que la plaza del mercado o que el *chardí* (feria); llevo en el pecho el *bar lachí*, la piedra preciosa a que se pega la aguja".

Mas éste es uno de los tantos hilos, que caprichosamente se entrecruzan en la oscura y contradictoria urdimbre de este alma. Así, a la disposición apuntada se aduna, en ella, un hondo fatalismo, que tiñe de su coloración toda la existencia del gitano.

La poderosa gravitación del *fatum* en la vida de la raza, trahumante está admirablemente desentrañada en *Carmen*, la novela gitana de ambiente español de Próspero Merimée. Aquí lo percibimos en toda su fuerza, señoreando el carácter y todos los pasos del personaje central, trazado con mano maestra por el novelista. Carmen, la protagonista del relato, encarna, con relieves de pasión y de tragedia, ese fatalismo que pesa como una maldición sobre el alma gitano.

Todo, en este alma nebulosa y extraviada, es contraste y enigma. — Audaz e indolente, fatalista y supersticioso, alucinado y sensual, olvidado del ayer y despreocupado del hoy, el gitano camina, con la seguridad del sonámbulo, sobre la tiniebla abismática

ca de su propia existencia, iluminada a trechos por repentinos lampos.

Paul de Saint-Victor, en la bella semblanza literaria que lea ha consagrado (*Les bohemiens*), dice que "el día que ellos desaparezcan, el mundo perderá, no una virtud, sino una poesía". Pero es el caso — tal lo pensamos — que los gitanos no pueden desaparecer. La caravana pintoresca y errante es un símbolo viviente, henchido de significación. Bajo sus tiendas, la vida, la simple vida — soberana matriz de posibilidades — rinde su palpitación más espontánea, se afirma en sus más oscuros y primigenios impulsos.

Con la abigarrada y vagabunda tribu es la vida misma la que pasa, despreocupada, en el tranquilo despliegue de sus potencias, soberbia, en su absoluta carencia de finalidad, inquietándonos con la promesa de su proteica y fugitiva belleza y de todos sus secretos immanentes.

De vez en vez el hombre civilizado, y más todavía el refinadamente culto sentirá la imperiosa e inexplicable necesidad de substraerse, momentáneamente, a su laboriosa vigilia y, cual otro Anteo, tomar contacto con esta realidad primaria, esencia indócil y fluyente. Será, en él, signo de vitalidad más o menos alerta su aptitud para percibir el llamado mágico de la voz milenaria y dejarse arrebatar por un ritmo más profundo. Ni más ni menos que un absurdo deseo, que nos parece tanto más absurdo cuanto más hondamente enraiza en nuestro ser, de abrevarnos en densa corriente soterraña o de sentirnos pasar, aligerados de todo lastre utilitario y de toda preocupación finalista, en la alta nube peregrina.

En suma, es por imperativa vitalidad que, en ocasiones, nos sentimos un poco gitanos. Estos encarnan, con instintiva genialidad, lo que la vida tiene de contradictorio y enigmático, de inestable y mudadizo, y, por lo mismo, son los representantes más conspicuos de sus valores intrínsecos, de su indómita libertad, de su sabia indiferencia.

Impulsado por misteriosa fuerza telúrica y guiado por un cierto instinto vital, el gitano es sonámbulo del sueño cósmico de la vida. Quien no haya sido, por instantes, sonámbulo de este mismo sueño, el que no se haya sentido, alguna vez, gitano, ese tal no comprenderá jamás la alquimia maravillosa que realiza el intelecto creador en la forja de las normas, ni cómo éstas, desde el ámbito luminoso del espíritu, imperan la trayectoria de la humanidad superior.



PRÓCERES

FOR

JOSÉ FONROUGE

EL historiador debe obrar con el mismo criterio del fotógrafo de una oficina de identificación, que reproduce al sujeto en diversas posiciones, obteniendo un documento objetivo en que no escapan las señas particulares; pero si ese fotógrafo se propone engañar y retrata a un renco sentado, nadie podrá sospechar de su defecto.

En esa situación se encuentra la personalidad del doctor Carril, elevada a la altura de prócer, al extremo de haberse presentado en el Congreso un proyecto para la erección de un monumento que perpetue su memoria.

No se han cumplido cien años del fusilamiento del coronel Dorrego y su sangre que humedece los campos de Navarro, amenaza salpicar la nueva estatua.

La verdadera virtud y austeridad moral del que sostiene una idea o doctrina es saber cumplirla en la práctica del gobierno o en los actos de la vida pública y privada.

Es doloroso observar la transformación que sufrió ese espíritu tan bien equilibrado que hacía resurgir los derechos del hombre, en un medio aletargado y entorpecido por el régimen colonial, verle más tarde, después de haber sido ministro de Rivadavia, aconsejar friamente al general Lavalle el fusilamiento del coronel Dorrego, haciendo zumbir a los oídos la pérfida máxima de Maquiavelo, «el fin justifica los medios».

Y ya extraviado a pesar de sobrarle talento e ilustración, escribía nuevamente a Lavalle aconsejándole fraguara un juicio o sumario que, firmado por todos los militares de grado, le serviría como documento justificativo para la posteridad, recordando con justicia que si el desventurado Lavalle fué un infatuado, jamás procedió con indignidad, puesto que se negó a realizar tan inicua farsa.

En la misma carta le hacía ver la necesidad de confiscar los bienes al entonces comandante general de campaña don Juan M. de Rosas, para sufragar los gastos del partido triunfante, y conste que hasta ese momento Rosas representaba la legalidad del orden, junto a Dorrego, como lo fuera en el año 1820, cuando con sus colorados del Monte, reafirmó el gobierno progresista del general Martín Rodríguez.

En esa circunstancia dependía de un gobernador legítimo que defendía las instituciones de la Provincia, pisoteadas por los amotinados de diciembre, los centralistas, partidarios del gobierno caído de Rivadavia, los oligarcas de antes, los mismos que anduvieran obcecados, mendigando ante las cortes europeas la corona de un príncipe que nos viniera a envilecer.

Dentro de ese estado de crisis política merece recordarse que el coronel Dorrego fué partidario decidido de la república federal, acción y nervio de la democracia, abierto republicano que cayó martirizado al servicio de la libertad, triunfando después de larga lucha el sistema de gobierno que nos rige, del que Dorrego fué jefe esclarecido y entusiasta sostenedor. Prócer al que muy pronto veremos moldeado en el bronce justiciero, bueno es que sepa el pueblo que siempre estuvo contra los déspotas y que aquellos hombres que troncharon su existencia han bajado a la historia con el peso de una abrumadora responsabilidad imposible de levantar. Los que en estos días se han ocupado de la personalidad histórica del doctor Carril han disimulado su nefasta actuación en los sucesos de 1828, que desautorizan completamente al autor de la «Carta de Mayo» y de los altos principios allí consignados.

Viene luego el cambio de frente de las ideas políticas y de las conveniencias personales, contrastando vivamente el credo rivadaviano al aparecer años más tarde junto al caudillo Urquiza, actuando en el gobierno de la Confederación como parte integrante de la fórmula presidencial, en guerra y oposición contra el Estado de Buenos Aires; antes centralista metropolitano, después federal constitucionalista.

Comprobando lo expuesto conviene enterarse del párrafo escrito por el doctor Carril en la extensa nota que remitió a los gobernadores de provincias el año 1858 en su carácter de Presidente de la Confederación por delegación del mando, como no lo

hubieran hecho mejor los más exaltados montoneros, dice así: «La política de la Capital del Virreynato, continuada aun después de la revolución, despreció con soberbia las manifestaciones de los pueblos, ya fueran sus jefes Artigas, Ramírez, López, Güemes, o ya fueran por su importancia y antecedentes el Paraguay, Bolivia o el Estado Oriental. Y en lugar de darse cuenta con sensatez de lo que podían tener de útiles y justas, dieron a esos pueblos y a esos jefes, nombres de guerra y de bandería, los combatieron y sin vencer jamás a ninguno, los forzaron a desmembrar el ancho y magnífico suelo en que estaba diseñada la Patria Argentina. El mundo reconoce hoy en la sociedad de las naciones a Bolivia, al Paraguay y al Estado Oriental, ricos desprendimientos que rodaron sueltos por el volcán de las pasiones furiosas, que tiene su cráter en Buenos Aires».

Olvidaba el doctor Carril su pasada actuación en el gobierno de Rivadavia, año 1827, que por ir contra el caudillismo, negociaba una paz vergonzosa con el Brasil, haciendo entrega de la Banda Oriental y de la isla de Martín García a fin de contar con el ejército nacional que operaba en el territorio uruguayo, para exterminar al caudillismo que se oponía a la impopularidad de ese gobierno y a su intransigencia centralista.

Fué inconsecuente con sus ideas políticas, destacándose en el unitarismo que había quitado y dado en tierra la autonomía de la provincia de Buenos Aires para sostener más tarde en la Confederación las autonomías provinciales y el sistema de gobierno federal.

Veamos ahora cuál fué su actuación en el motín del 1.º de diciembre de 1828 cuando el derrocamiento y muerte del coronel Dorrego.

Descendió torpemente a la venganza política, pudiéndose decir que fué el victimario moral del coronel Dorrego, cuando en carta fechada el 12 de diciembre de 1828 escribía al general Lavalle: «Que una revolución es un juego de azar en el que gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de ese principio de una evidencia práctica, la cuestión me parece de muy fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré inoportunado a usted, habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habré usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no cortará usted las restantes; entonces ¿qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras?»

Los párrafos de esta carta merecen parangonarse con el Art. 4.º de la Carta de Mayo, sobre la libertad de escribir y la inviolabilidad de la correspondencia, dice así: «Art. 4.º—Cada uno es li-

bre de escribir, imprimir o hacer imprimir sin licencia, sin previa censura, lo que bien le parezca, siempre con la sola condición de no dañar a los derechos de otros».

El final de este artículo trae como disposición punitiva «la sola condición de no dañar a los derechos de otros», contrasentido evidente con la carta dirigida a Lavalle, aconsejando matar.

Muchos panegiristas de los que últimamente han escrito sobre Carril, lo recuerdan como consejero de Lavalle, pero nadie se ha atrevido a decir que fué él un mal consejero del valiente general, a quien tomaron de instrumento mareándolo en su patriotismo hasta llegar a fusilar por su orden al coronel Dorrego, guardando en silencio las pérfidas cartas que tanto presionaron su espíritu caballeresco.

Y va otra que con fecha 15 de diciembre de 1828 dirigía al mismo general Lavalle, de la que me veo obligado, por su extensión, a entresacar algunos párrafos: «Mi querido general. Hemos sabido la fusilación de Dorrego. Este hecho abre al país una nueva era y es el mayor servicio que ha podido hacerle. Todos confiesan que nadie era capaz de dar un paso tan enérgico; pero todos lo aplauden. Me tomo la libertad de prevenirle que es conveniente recoja usted una acta del Consejo Verbal que debe haber precedido a la fusilación. Un instrumento de esta clase, redactado con destreza, será un documento histórico muy importante para su vida póstuma. Hablando con los amigos que aprecian a Vd., se me ha dicho que será muy útil indemnizar a los propietarios que han sido saqueados por los bárbaros de Rosas, con las propiedades de esté caudillo e interesarlos de esta manera. Que sería además justo, mientras ande fugitivo, poner todas sus estancias en administración, sin admitir reclamo alguno de su separación y afectar su solo valor a responder de los perjuicios que pueda recibir la frontera por las hostilidades de los bárbaros».

En la primera parte se advierte su congratulación por el hecho consumado, y la idea de volver al gobierno, aunque fuera a base de un motín militar y del sacrificio de un gobernador legítimo, lo llena de júbilo.

La segunda es bien repugnante pues hacía ver la conveniencia de fraguar un acta redactada con destreza después de haberse realizado el fusilamiento, que como se sabe no fué precedido de juicio alguno. Es dable pensar que empezaban a sacudirse las conciencias!

Y en la última, con una inocencia seráfica, transmite de parte de los amigos la necesidad de confiscar los bienes de Rosas, entonces rico hacendado y comandante general de campaña que defendía la legalidad del gobernador Dorrego; había que despojarlo

de lo suyo y dejarlo en la calle. Juzguemos esta actitud y veamos lo que dice el siguiente artículo 7º del autor de la Carta de Mayo. «Todo hombre es el solo dueño de disponer y usar de sus bienes, rentas y propiedades de cualquiera clase como lo juzgue a propósito, sin que nadie tenga derecho a despojarle de la menor parte sin título legal».

¿Dónde están esos alabados principios? Los vemos proclamados en 1825 y violados por su autor en 1828.

Cómo habría golpeado la conciencia del doctor Carril aquella memorable carta que el ilustre republicano escribiera a su amada esposa antes de morir y que a continuación transcribo:

«Mi querida Angelita: En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; mas la Providencia divina, en la cual confío en este momento crítico, así lo ha querido. Perdono a todos mis enemigos, y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí. Mi vida, educa a esas amables criaturas, sé feliz, ya que no lo has podido ser en compañía del desgraciado. M. Dorrego».

El perdón a todos sus enemigos fué lección más elevada que diera desde el lugar de su martirio, quien como la sombra de Abel torturara constantemente a sus hermanos victimarios.

Los grandes ejemplos son enseñanzas que recoge el hombre; vemos después de larga y sangrienta lucha pronunciar por primera vez en los campos de batalla de nuestra guerra civil, la frase fraternal y civilizadora que aseguraba la unión definitiva: «No hay vencidos ni vencedores».

Y como la nobleza pareciera ser una característica de nuestra raza, el mismo Carril como lo recuerda el Dr. Zuviría «había expiado el funesto consejo a Lavalle en la medida de su talento y en el amor a la Patria que nunca le faltó, y bien hondos y constantes deben haber sido sus remordimientos, hasta que en 1853 pudo descargar su conciencia al firmar la Constitución que nos rige, y en ella los altos principios allí consignados, que él mismo acaso redactó: *la abolición de la pena de muerte por causas políticas*».

La Plata, Octubre de 1925.



UN CAMBIO DE ORIENTACIÓN EN LAS CIENCIAS BIOLÓGICAS

POR

MANUEL ROSÉS LACOIGNE

Las verdades de la ciencia son faros de luces cambiantes; en ciertas horas esas verdades parecen evidentes y a osombra más tarde que haya sido posible creer en ellas.

RENAN: *Discurso de recepción en la Academia*. 1876.

EL maestro Fabre dice en uno de sus libros: «Cada época tiene su chifladura científica; hoy tenemos el transformismo; ayer era la generación espontánea».

Con su fraseología estéril o fecunda, a voluntad, con sus experimentos magníficos de rigor y sencillez, Pasteur acabó para siempre con la locura que, de un conflicto químico en el seno de la podredumbre, pretendía ver surgir la vida.

La mayor parte de los físicos y de los químicos renuncian a plantear el problema filosófico: ¿Qué es la energía? ¿Qué es la materia? El biólogo, en cambio, trata de definir la vida o, por lo menos, de explicarla hipotéticamente.

Cuando se revisan las teorías biogenéticas no se sabe qué admirar más en la mayoría de los casos, si la ingenuidad de los que emiten la hipótesis, o la falta de discernimiento de quienes la propagan.

Dejemos a un lado las ideas ridículas de Van Helmont, Paracelso y otros más, y detengámonos en la época actual. En medicina, por ejemplo, está de moda la vieja teoría humoral hipocrática,

rejuvenecida y rectificada, pero la misma en su esencia: la endocrinología. Un histólogo español cree haber encontrado en el cerebro unas glándulas de secreción interna...

Conviene distinguir la biología técnica de la biología que podríamos llamar especulativa o filosófica. A la primera, representada entre otros muchos por Pasteur y Ramón Cajal, le debemos grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de una inútil confusión, de la que apenas comenzamos a salir. Entre el Haeckel zoólogo y el Haeckel metido a filósofo hay una gran diferencia.

Distingamos, entonces, entre el *investigador* y el *generalizador*, grandes cosas. A la segunda, en cambio, le somos deudores de filósofos que sólo cultivan una disciplina. Así, un químico que sólo entienda de química no podrá nunca clasificar las ciencias que es materia del filósofo. Por otra parte, la filosofía vive de la universalidad de sus conceptos. Para evitar, pues, confusiones, conviene designar a los últimos con el nombre de *sintetizadores* o *generalizadores*.

Loeb, en su obra *Del organismo vivo en la biología moderna*, todavía se empeña, como otros muchos, en explicar el fenómeno vital por la físico-química. Me parece oportuno recordar las palabras del ilustre profesor de química biológica y actual rector de la Universidad Central de Madrid, Carracido: "Si no existe sustancia propiamente vital, ni fuerza química vital, ¿por qué se habla de una química biológica?"

Preocupados los biólogos contemporáneos por la teoría de la evolución, miran con horror el concepto teleológico aplicado al mundo viviente. No obstante, el gran fisiólogo Richet lo ha defendido elocuentemente: "El ojo ha sido hecho para ver". Proposición que repugna al evolucionismo, para el cual no hay finalidad.

Una cantidad de hipótesis (mecanicistas, vitalistas, energetistas) se disputan el privilegio de explicar el *por qué* y hasta el *cómo* ha surgido la vida, o, mejor dicho, esa manifestación de lo organizado estudiada por la ciencia, que bien pudiera llamarse "técnica de lo viviente", como alguien la ha calificado.

La orientación filosófica del biólogo (aun cuando muchos, explícitamente, no tengan ninguna) influye de tal manera en éste, que más de una vez, si la experiencia y la observación contrarían sus creencias, prefiere acomodar aquéllas a ésta, modificándolas cuando no tergiversándolas intencionalmente. Tal es lo que ha hecho Haeckel, quien, en su afán de mantenerse monista, hasta falsificó éstos de embriología...

Por eso poseen gran mérito, en el sentido de que tienden a depurar la biología actual de lo mucho malo que tiene (por ejemplo las hipótesis fantásticas o generalizaciones arriesgadas que a nada conducen), Hertnig, Driesch y Von Uexhüll, aun cuando este último padece, si se me permite la expresión, de *darwinofobia*.

Hay que reconocer honradamente que el transformismo ha prometido mucho más de lo que ha dado. Las experiencias de Ferrière, las nuevas concepciones acerca del medio ambiente en el mundo animal y muchos otros puntos de vista, así como una severa crítica científica, reintegran a esta hipótesis general al sitio que le corresponde.

Se hace necesario, pues, efectuar una revisión general de valores. Convendría separar la biología concebida como técnica de lo viviente, de la biología especulativa. Sus métodos son distintos. Mientras los fenómenos se producen periódica o rítmicamente iguales o análogos, las interpretaciones de la *causa causarum* a la cual responden, es distinta. Dejemos que los embriólogos, histólogos, fisiólogos, etc., estudien las condiciones estructurales y funcionales de los seres vivos, y demos al filósofo los materiales que ellos nos suministran, para que los interprete y unifique. De esa manera se ahorrará tiempo, tanto el que escribe como el que lee determinada obra.

La erudición en materia de biología es necesaria debido a eso, pero cuando se somete a crítica lo que uno ha leído entonces se lamenta haber perdido muchos días en obras infecundas. Pero el conjunto de esas lecturas constituyen la erudición profesional. Sin embargo, Pasteur no sabía lo que era la ninfa ni la crisálida del *Bombix mori* o *Sericaria mori*. Tuvo que solicitar a Fabre que se lo explicara. Y no obstante ignorar lo que sabe hasta el más zoque de los estudiantes actuales, salvó la industria sericícola de la plaga que la afectaba. Fabre, que no era tonto ni lerdito, aprovechó la lección y decidió estudiar la vida en donde ésta se manifiesta y no en los libros. Producto de esa orientación y esfuerzo son sus obras magníficas tituladas *Recuerdos entomológicos*.

También el ilustre "Homero de los insectos" nos dice que si le hubiera hecho caso al gran naturalista León Dufour, en su trabajo acerca de los escorpiones, no hubiese descubierto algunos aspectos de la vida "infantil" de éstos...

★

Para filosofar (y esto parecerá una gedeonada) es menester antes saberlo hacer. De lo contrario tendremos pobres engendros que, después de perturbarnos como inoportunos visitantes, terminan por marcharse para no volver más. Tal es lo que le ha su-

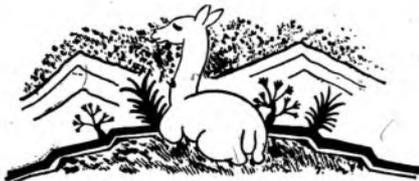
cedido a sir Chandra Bose, a lord Kelvin con sus teorías biogénicas y a Ledue y a Herrera con sus experiencias de morfogenia.

Entre nosotros, afortunadamente, ya se ha iniciado una saludable reacción.

El fisiólogo será eso y nada más que eso; y el filósofo se ocupará de la materia que le corresponde y no se meterá en lo que no le incumbe.

Falta ahora la producción que coordine y sistematice las nuevas ideas que se hallan latentes en nuestro medio intelectual. Digo "nuevas ideas" en el sentido que no son las generalmente aceptadas. Viejas en cuanto han sido ya pensadas, aun cuando bajo otra forma.

Buenos Aires, Octubre de 1925.



TEATRO SINTETICO

LA FIESTA DEL SEÑOR DE LA NAVE

POR

LUIGI PIRANDELLO

Traducción de MARIA ROSA OLIVER, especial para «Valoraciones»

Para la representación de esta «Fiesta» es necesario unir el escenario con la sala. Cuando los espectadores de «buen estómago» hayan tomado asiento se levantará un puentecillo de pasaje en declive, alto de dos palmos y medio, a lo largo del corredor entre las dos aulas de la platea, mediante un mecanismo que pueda elevarlo, así como mantenerlo al nivel del piso. Las gentes que van a la fiesta, señores y plebeyos, monjas y «favorecidos» del Señor de la Nave, vendedores de toda clase de mercancías, músicos ambulantes, paisanos, etc. etc., entran por la puerta de ingreso a la sala, a espaldas de los espectadores, cruzan el corredor por el puentecillo y suben al escenario, que representa el frente de una iglesia de campo. La iglesia aparece al fondo, sobre una escalinata o declive, esta destruida y herbosa frente a la puerta. A causa de la elevación no es necesario que se vea toda la fachada y el campanario; basta que se vea toda la puerta. Entre los árboles que rodean el lugar, y a los costados, están colocados mostradores, escaños, puestos de fiambrería, quioscos portátiles, troncos, etc., ataviados con lienzos ondeantes como velas, telas caídas y festones de colores brillantes; cantinas al aire libre, mesas y bancos, toneles y pipas de vino, barracas de venta que exponen toda clase de comestibles: masas, frutas y dulces.

Más allá del caminito (alzado en la sala) otro camino más largo y que se supone lleva de la ciudad y del campo gran número de gente a la fiesta.

Al levantarse el telón se oye un lejanísimo batir de tambores en cadencia, que no sale del escenario sino del interior del teatro, a espaldas de los espectadores. Poco a poco este tamborineo se acerca más y más.

UN TABERNERO (Obeso, tocado con un gorro de papel, en mangas de camisa remangadas y un delantal de cutil a rayas blancas y acules: llamando hacia dentro a la izquierda).—¡ Eh, Lucas! ¡ No oyes que te llamo! ¡ Bribón! ¡ Ven a tender los manteles, ya llega la gente! (Detrás de los bastidores a izquier-

da y derecha, más o menos lejanos, según las órdenes del director escénico y de modo que no incomoden la recitación, empiezan a oírse los gritos de los vendedores, canturreados y repetidos de vez en cuando, con variantes durante toda la representación. Aquí se transcriben algunos, pueden agregarse otros, siempre que tengan color y variedad de cadencia).

GRITO DE UN CHOCOLATERO. — ¡Chocolatines, caramelos, mentas y nogatines!

id id HELADOR. — ¡Helados, refrescos! ¡Un «soldo» la copa!

id id FRUTERO. — ¡Naranjas! ¡Sandías a medio «soldo» la tajada! ¡Sandías!

id id PESCADOR. — ¡Pescado fresco! ¡Recién pescado! (Y sonidos lejanos

y vibrantes de mandolines, ruidos de matracas y otros juguetes, junto con el alboroto de la gente recién llegada).

EL TABER. (Viendo llegar un muchacho del fondo de la sala con un barril sobre los hombros y resoplando). — ¡Cuidado! ¡No sacudas el vino! ¡Llegará hecho vinagre! (Mientras tanto el mozo ha llegado).

EL MOZO. — ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! (Y de un salto va al mostrador y quita los manteles). He aquí los manteles! (Comienza a extenderlos sobre las mesas. En mangas de camisa también él, con la gorra torcida y un clavet sobre la oreja izquierda. Silbando pone los platos sobre la mesa. Los platos son de tosca alfarería esmaltada, adornada con grandes pinceledas rojas y azules que pretenden ser flores. Cubiertos de estaño y vasos de vidrio grueso. Sobre los manteles y los rústicos utensilios de mesa se reflejará la luz dorada de un mediodía otoñal y aún cálido; poco a poco la luz se tornará roja, de un rojo de llama viva, y al fin violeta y humoso).

EL MATARIFE. (Que aparece detrás del mostrador con el delantal de cuero atado al talle, de cara hosca, sanguínea con pañillas espesas, un gran bonete de piel y los fuertes brazos desnudos, dice al tabernero). — ¡Y ese maestro-médico no llega!

EL TABER. — Vendrá! Yo mismo lo invité!

EL MAT. — Si, pero mientras tanto, si no viene, no puedo empezar a degollar!

EL TABER. — Tampoco los otros: por lo tanto, estése tranquilo! (Luego al muchachote que llega con el barril, ayudándolo a descargar). ¿Este es el último, o hay otro?

EL MUCHACHOTE. — (Quitándose de la cabeza la bolsa que le protegía la nuca y las espaldas). El último! El último! (Del fondo se oye fuertemente ya, al son de los tambores en cadencia).

Brum brumbrúm brumbrúm brumbrú

Brá brabrá brabrá brabrá

Brúmmiti brúmmiti brúmmiti brú

Brábbiti brábbiti brábbiti brá.

(Los dos tamborileros, viejos, de rostros curtidos por el sol, barbas cortas y esponjosas, sombreros de cono con cintas pendientes, trajes de terciopelo destenidos y arrugados, verde el uno, castaño el otro, pantalones a media pierna, calzas de algodón grueso, zapatos burdos y claveteados. Vienen detrás de ellos dos marineros «favorecidos» del Señor de la Nave, uno joven, otro viejo; el viejo, alto pero encorvado, de rostro leñoso y casi negro, cabellos grises y alisados, duros ojos coléricos, y barba en herradura, el joven, rústico y fuerte, de rostro alargado y sonriente; los dos con alpargatas, pantalones de tela blanca doblados sobre las rodillas y sujetos por una faja brillante de seda roja que les envuelve varias veces la cintura; en mangas de camisa celeste abierta sobre el pecho; y colgada sobre el pecho una imagen votiva, que lleva pintado un mar azul en tempestad, azul

en extremo, y el naufragio de la barquita con su nombre valiente escrito en letras, muy, muy grandes para que todos puedan leerlo bien, y entre las nubes que se abren aparece el Señor de la Nave y hace el milagro. Además de esa imagen los dos «favorecidos» llevan, sostenida en tahalí por una cinta roja y brillante, una fuente llena de velos de seda, cubierta con una toallita bordada, en óbolo a la iglesia. Tres mujeres, la cabeza cubierta con un «chal» de seda siguen a los «favorecidos» llevando en sus brazos sacos de harina; dos muchachos torpemente vestidos de fiesta, llevan flores).

EL JOVEN «FAVORECIDO». — Viva el Señor de las gracias, devotos!

LAS MUJERES Y EL VIEJO. — Viva! Viva!

EL MOZO. (Quitándose la gorra y agitándola). — ¡Viva! ¡Viva! (La pequeña procesión, habiendo atravesado el puentecillo sobre la escalinata de la iglesia, y dejando frente a la puerta los dos tamborileros que cesan de tocar, entra a depositar las ofrendas y las imágenes votivas. Los tamborileros salen por la izquierda, con la esperanza de acompañar a la iglesia otros «favorecidos» si los encuentran por el camino. Por la derecha entra una mujerzuela entre dos obreros, uno airoso, distinguido, lleva la guitarra en tahalí, el otro, mal vestido y grosero. La mujerzuela, de obesidad deforme, está ebria; los dos hombres tratan de retenerla).

LA MUJERZUELA. — Vengan, vengan! sentémonos aquí!

EL SEGUNDO OBRERO. — (Corriendo). No, junto a la iglesia, no!

LA MUJERZUELA. — (Dejándose caer sobre una silla y estirando las piernas y los brazos). Ah, estoy a mis anchas!

EL SEGUNDO OBRERO. — (Queriendo sacarla de allí). Ven, ven, vamos: éste no es sitio para nosotros!

EL PRIMER OBRERO. — No te apures, déjala que se convenza sola.

LA MUJERZUELA. (Levantándose y abrazándolo). — Toca la guitarra, querido, toca y yo cantaré!

EL SEGUNDO OBRERO. — (Al primero, llevándolo hacia la izquierda). No, por favor! ¡Tiene una voz tan cruel! Si se pone a cantar todos huyen de aquí. (La mujer los sigue riendo a carcajadas y desaparecen por la izquierda).

EL TABER. — Por suerte comprendieron que este no era sitio para ellos. (Mientras tanto del fondo de la sala vienen por el puentecillo, conversando entre ellos, el joven pedagogo y el maestro-médico. El joven pedagogo es delgado, pálido y rubio, viste de negro: expirante. Poeta en el fondo, desfiende, contra la ironía de los hambrientos y la obscena brutalidad de las experiencias cotidianas, su fe incorruptible en los valores ideales de la vida y en la dignidad humana. El maestro-médico es un viejito ágil y mal vestido, con sombrero de paja viejo de varios veranos; lleva en la mano un bastón de pastor).

EL JOVEN PEDAG. — Vd. todos los años fiel a esta fiesta?

EL MAESTRO-MED. — Pero no por la fiesta, amigo mio. Estoy empleado. Errando por estos campos donde se me llama el maestro-médico, tengo por la Municipalidad el oficio de inspeccionar la primera matanza de cerdos que se realiza cada año para esta fiesta del Señor de la Nave.

EL JOVEN PEDAG. — ¿Y no podría decirme qué relación existe entre la matanza y la fiesta del Señor de la Nave?

EL MAESTRO-MED. — Ah, no sabría decirselo. (Han Negado al escenario, el mozo les va al encuentro).

EL MOZO. — Buenos días, señores. ¿Quieren Vds. tomar asiento en una de estas mesas?

EL MAT. — ¡Ah! ¡Ah! fin! Pagaré un litro del mejor vino, sea donde sea, para beber a la salud del doctor, que debe estar sudando!

- EL MAESTRO-MED. — Gracias, amigo, gracias, nunca bebo en ayunas.
- EL TABER. — ¡Acuérdese Vd., doctor, que me prometió hacerme este año el honor de venir a comer el asado que yo hago!
- EL MAESTRO-MED. — Cumpliré mi promesa en cuanto haya terminado mi tarea.
- EL TABER. — Me han dado este lugar junto a la iglesia; aquí, como verá Vd., no tendremos tanta bulla.
- EL MAT. — Pero nosotros también vendremos aquí, no lo duden. A este lugar vienen los señores. Dejen Vds. que se baile aquí! Quien mucho chillá, come poco!
- EL MOZO. — Mientras tanto, siéntense Vds.
- EL JOVEN PEDAG. — En realidad yo debería sentarme en una mesa reservada; si Vds. pueden decirme cual es, y donde está.
- EL MOZO. — Reservada para quién?
- EL JOVEN PEDAG. — Para el señor Lavacara.
- EL MOZO. — Entonces es aquélla. *(Indica una mesa a la derecha, al borde del escenario)*. Venga, siéntese: el señor Lavacara llegará dentro de poco.
- EL MAT. — ¡El me vendió el cerdo! *(Los dos se sientan a la mesa)*.
- EL MOZO. — Toman Vds. algo?
- EL JOVEN PEDAG. — No, gracias, esperaré. *(Comienzan a cruzar el puentecillo un modesto escribano, la mujer, las dos hijas y un joven amigo de la casa; él con un chaleco viejo, abotonado hasta el cuello, sombrero de copa, medio verde y ladeado; bigotes peinados y alisados en forma de cimitarra; la corbatita rígida y atada como mariposa. La mujer es gorda y las hijas gorditas, aún vistien estivalmente de gasa; el joven amigo lleva pajizo y unas polainas deshilachadas que lo asemejan a un pichón de patas plumadas, viene muy preocupado con que los puños postizos no se le escapen fuera de las mangas)*.
- EL ESCRIBANO. — *(Comenzando a atravesar el puentecillo dice al joven)*. Hubiera visto cómo había de tierra por el camino real cuando las mujeres usaban faldas largas y hacían frú-frú por el almidonado del ruedo. *(Confidencialmente)*. Como quedarían ellas con la tierra que levantaban! Hi, hi, hi, hi.
- LA MUJER. — Martín, las chicas!
- EL ESCRIB. — *(Apenas llegado al escenario)*. Tal vez podríamos sentarnos aquí.
- UNA DE LAS HIJAS. — No, papá: ¡desde aquí no se vé nada!
- EL MOZO. — En cambio se verá la procesión cuando salga de la iglesia! Tomen asiento, tomen asiento!
- EL ESCRIB. — *(Amable)*. No, gracias: nosotros más bien venimos para distraernos que para comer. *(Se inclina, quitándose el sombrero, y salen por la derecha)*.
- EL JOVEN PEDAG. — *(Dirigiéndose al maestro-médico)*. Pero con seguridad, si a este Señor lo llaman así «de la Nave» debe existir alguna leyenda en la cual los cerdos tienen algo que ver. *(Mientras tanto han salido de la iglesia los dos marineros «favorecidos». El viejo ha oído las últimas palabras del joven pedagogo y se rebela indignado)*.
- EL VIEJO «FAVORECIDO». — ¿Qué quiere usted que tengan que ver los cerdos? ¡No blasfemé! El Señor es nuestro; de nosotros los marineros, que no somos cerdos.
- EL JOVEN PEDAG. — *(Tratando de excusarse)*. Pero no, decía que...
- EL MOZO. — *(Al viejo)*. Hable con respeto, pues nadie quiso ofenderlo!
- EL VIEJO «FAVORECIDO». — Sí, ofendéis, todos los que estáis aquí nos ofendéis, haciendo francachela frente a la iglesia, a la cual venimos nosotros todos los años desde el mar, trayendo ofrendas y votos, a este Nuestro Señor que nos libró de la mala muerte! *(Una de las mujeres, la más joven se adelanta y trata humildemente de llevarse al viejo)*.
- LA MUJER. — Vamos, vamos, padre!

- EL VIEJO «FAVORECIDO» — *(Deshaciéndose de ella, más airado)*. No, déjame: quiero gritárselo en la cara! *(Volviéndose de nuevo hacia el joven pedagogo)*. Alguna vez lo ha visto a ese Cristo que está en la iglesia? Vaya, vaya Vd. a verlo!
- EL MOZO. — Esa verdad: asusta.
- EL TABER. — Cierto, quien lo hizo, más Cristo que así, no podía hacerlo.
- EL MAESTRO-MED. — Habrán sido los judíos en la carne viva de Cristo. *(Hace el signo de la cruz)*. Loado sea. Pero aquí fué él: el escultor. Con tal ferocidad se puso a la tarea, que no le dejó una onza de carne que no fuese llaga o cardenal.
- EL MAT. — Sí, se excedió!
- EL MOZO. — Y a pesar de todo, hace milagros! La iglesia está llena de ofrendas de cera y de plata. *(Se oye de nuevo a la izquierda del escenario el batir de los tamborines)*. Ahí vienen otros «favorecidos»! *(Y llegan, vestidos más o menos como los primeros, otros tres marineros, precedidos por los tamborileros y seguidos por un grupo más denso de mujeres con «chales» y mantillas en la cabeza)*.
- UNO DE ESOS «FAVORECIDOS». — Viva el Señor de las gracias, devotos. *(El viejo y el joven «favorecidos» se arrodillan junto con las mujeres y los niños gritando: — ¡Viva! Los otros se quitan la gorra y el sombrero. La nueva comitiva entra a la iglesia, dejando fuera a los tamborileros que se van. El viejo, poniéndose de pie con los otros, continúa)*. Era niño cuando lo vi traer a esta iglesia por una tripulación extranjera, que corría enloquecida, gritaba y lloraba, todos los brazos levantados lo sostenían en alto. Se supo luego que era un antiguo crucifijo clavado bajo la escotilla de un buque levantino, que el mar había rajado como una granada. La tripulación lo encontró flotando, se asió a él, y el Cristo, que se había desclavado por sí solo, los salvó. Todos navegaban sobre su santa Cruz, con los brazos tendidos y mirando al cielo: así!
- EL MAESTRO-MED. — Pero nadie quiere ofenderlo...
- EL VIEJO «FAVORECIDO». — *(Terminando con rabia)*. Matando los cerdos en rededor Suyo? *(Y de repente tomando del brazo a las dos mujeres)*. Vamos, vamos, aquí se pierde la fe! *(Al irse con los del cortejo por el puentecillo se oye del fondo de la sala una especie de vagido triste y prolongado que hace de un acordeón disonante un jovenzuelo con cabello muy peinado, chaquetín ceñida y pantalones acampanados, que viene acompañado por otro y dos mujerzuelas del pueblo. El viejo rápidamente da media vuelta arrastrando con él a las mujeres, a los niños y al joven por el escenario desaparecen por la izquierda gritando)*. ¡Por aquí! ¡Por aquí!
- EL 2.º JOVENZUELO. — *(Mientras las mujeres rien, quitándole al primero el acordeón)*. ¡Dámelo, te digo! Para estirar y apretar el fuelle todos servimos: tienes que mover los dedos de esta manera, mira *(tocará)* así, golpeando sobre las teclas. *(Y moviéndose al son del acordeón, cruzan el puentecillo y el escenario, desapareciendo por la derecha)*.
- EL MAESTRO-MED. — ¡Un poco de alegría! Si hay una conexión, será únicamente en la estación. Como está prohibida en verano por nociva la carne porcina y ahora con el otoño el tiempo tendría que refrescar *(y no refresca!)* se espera este primer domingo dedicado a la fiesta del Señor de la Nave, que se realiza aquí, en el campo, para permitir la matanza. *(Levantándose)*. Y yo la vigilo.
- EL MAT. — Y cómo la vigila! Si lo sabré yo!

- EL TABER. — Por milagro no pretende que se los lleven a la inspección peinados, lavados, perfumados y con un moñito azul en el rabo. (*Aparece esbeltísima, sobre el puentecillo una graciosa criadita seguida por un enamorado ridículo y enterrecido*).
- LA CRIADITA. — Cocinar, ordenar, barrer, planchar metros y metros de tela, y tener además cuatro chicos! (*Hablando y dándose prisa llega al escenario, donde reconociendo al maestro-médico lo saluda sonriente, sin detenerse*). BUENOS DÍAS, señor doctor.
- EL MAESTRO-MED. — Cuidado con los militares, chica.
- LA CRIADITA. — (*Saliendo por la izquierda*). Dentro de tres días los dan de alta!
- EL MAESTRO-MED. — (*Al matarife*). Vamos, vamos.
- EL MAT. — Viera Vd. el animal que tenemos este año.
- EL MAESTRO-MED. — Si es el del señor Lavacara, lo conozco.
- EL MAT. — Lloró cuando me lo vendió!
- EL TABER. — Y dicen que aún no se consuela!
- EL MAT. — Habrá que verse, cuando venga como de costumbre a buscar la cabeza y el hígado!
- EL TABER. — (*Al joven pedagogo*). Si el señor está invitado...
- EL JOVEN PEDAG. — Estoy invitado.
- EL TABER. — ...No estará alegre seguramente!
- EL MAESTRO-MED. — Tal vez lo ha invitado a Vd. para que lo consuele.
- EL JOVEN PEDAG. — Posiblemente: en cuanto a comer carne, ni de ésta ni de otra pruebo yo un bocado! Enseño a mi modo, es decir, al modo antiguo, humanidades, al hijo del señor Lavacara; y lo confieso, siento muchísimo que el muchacho venga a esta fiesta, en la cual no consigo ver claro...
- EL MAESTRO-MED. — Creo que claro nadie verá dentro de poco.
- EL MAT. — (*Que ha sacado del mostrador el cuchillo y la chaira para afilarlo; siguiendo*). Ea, señor doctor, se hace tarde: tengo ya todo preparado!
- EL JOVEN PEDAG. — Por Dios, supongo que no los degollarán aquí, a la vista de todos!
- EL MAT. — (*Con alegre saña*). ¡Aquí, aquí y luego destriparlos, desollarlos, descuartizarlos! ¡Mire, se pone pálido solo al oírlo!
- EL JOVEN PEDAG. — Pero es horrible! Podrían matarlos lejos de la gente!
- EL MAESTRO-MED. — ¡Y Vd. enseña humanidades al modo antiguo?
- EL MAT. — Verá Vd. que maravilla el corte neto sobre el hígado brillante, compacto, palpitable!
- EL MAESTRO-MED. — Vd. debería comprender que sin esto la fiesta perdería uno de sus caracteres tradicionales, tal vez su primitivo carácter sagrado.
- EL JOVEN PEDAG. — Si, el de inmólación!
- EL MAESTRO-MED. — Y que su discípulo, recuerde a Maia, madre de Mercurio, cuyo nombre más bello repite este animal. (*Al matarife*). Vamos allá.
- EL JOVEN PEDAG. — (*Aún de pie, con las manos sobre el mantel, mirando hacia arriba como inspirado*). Maia... Maia... (*Pero oyendo detrás de la carpa, las voces de los hombres que se preparan a la matanza y los gruñidos del animal que arrastran, comienza a temblar, a pesar de sus esfuerzos por dominarse*). Verdad que... que... que con el progresar de la civilización... (*Al oír un gruñido más fuerte, sudando frío*). ¡Ay, Dios mío!... el hombre se torna cada vez más débil; va perdiendo más y más aunque trate de adquirirlo mejor... (*No resistiendo al temblor*). ¡Ay, mi Dios!... El antiguo sentido religioso! (*Del fondo de la sala aparecen ahora sobre el puentecillo el señor Lavacara llevando a su hijo de la mano; vienen detrás*

- la mujer y la hija. El señor Lavacara es un gordote de carne temblorosa y floreciente. Las cejas bien dibujadas, bajo la frente lisa como un bol, le dan a la cara moleluda, estúpida y vulgar casi un aire de tristeza envilecida. El saco nuevo de tela turquesa parece que fuera a rajarse en la espalda, como el pantalón de tela blanca en los muslos. Lleva flamante corbata blanca, sobre la panza una cadena de oro maciso de la que pende un gran cuerno de coral y otros dijes contra la «jetatura». En la mano una gruesa caña de la India lleva también un cuerno como mango. El hijo parece un cerdito vestido a la marinera. La mujer, con un vestido verdusco y lleno de abufollados, no es menos obesa, ni menos ridícula y bestial que el marido. En cambio la hija, con hábito de la Virgen Dolorosa (tela violeta, cuello orlado de negro y cordón negro alrededor del talle) es alta, delgada, amarilla, y mira siempre al suelo con sus ojos turbios y grandes).
- EL MOZO. — He aquí justamente al señor Lavacara con su familia.
- EL SEÑOR LAV. — (*Por la caminata llega resoplando, casi fuera de aliento, y pregunta desde lejos al mozo*). Lo han matado, dime? Lo han matado?
- EL MOZO. — (*Oyendo detrás de la carpa del matarife entre el tamborileo y los sonos del acordeón, los chillidos estridentes del cerdo mezclados con los gritos de los hombres que se suponen conducen al animal*). En este momento lo están matando.
- EL SEÑOR LAV. — (*Rápido, preparándose a correr con todo su corpaço, grita al mozo*). No! Corre, gritales que no lo maten! Les devuelvo el dinero! Les devuelvo el dinero!
- LA MUJER. — (*A un tiempo: tapándose los oídos*). Ay, Dios mío, pobre Nicolás!
- EL HIJO. — (*Corriendo con el padre y llorando*). Nico! Nico!
- EL SEÑOR LAV. — (*Llegando al escenario, mesándose el cabello grita*). No! No!
- EL MOZO. — (*Habiendo cesado los chillidos, entre la charla molesta de aquellos que detrás de la carpa sostienen al animal*). Ya está!
- EL SEÑOR LAV. — (*Dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos*). Ay! Ay!
- LA HIJA. — (*Inclinándose hacia él, con voz ambigua de varón*). Toma también esto en cambio de tus pecados, papá.
- LA MUJER. — (*Afligida*). Levántate, levántate de aquí; estás empapado en sudor!
- EL JOVEN PEDAG. — (*Al muchacho que en un ímpetu de curiosidad y temor trata de ir detrás de la carpa*). ¡Ven aquí, Totó! ¿Qué quieres ver ahí?
- EL SEÑOR LAV. — (*Llorando al animal como si fuera un paciente muerto*). Solo le faltaba el habla! Hasta se podía conversar con él! Este chico lo llamaba «Nico! Nico!» y él venía como un cachorro a comerle el pan en la mano! Era más inteligente que un hombre!
- EL JOVEN PEDAG. — (*Como es flaquísimo, dice con voz expirante*). Pero entonces era flaco!
- EL SEÑOR LAV. — (*Estupefacto y casi ofendido, volviéndose de repente y mirándolo*). Afligido! Levántate! Pesaba más de un quintal!
- EL JOVEN PEDAG. — (*Con inefable sonrisa, juntando las manos*). Pero entonces, disculpe! ¿Le parece que podía ser inteligente?
- EL SEÑOR LAV. — ¿Y porqué no? Si según Vd. la gordura excluye la inteligencia ¿yo entonces...?
- EL JOVEN PEDAG. — ¡Oh! ¡qué tiene que ver Vd., señor Lavacara!
- EL SEÑOR LAV. — También yo peso más de un quintal!
- EL JOVEN PEDAG. — Puede ser; pero Vd. es de otra especie, señor Lavacara: Hombre: quiere decir — si bien se mira — esto: cuando Vd. come, con

- su magnífico apetito (que Dios le conserve siempre) come para Vd.; no engorda para los demás!
- EL MOZO. — ¡Claro está! Mientras que el cerdo, creyendo comer para él, engorda para los demás!
- EL JOVEN PEDAG. — Supongamos que Vd. con su gran inteligencia fuera....
- EL MOZO. — (Continuando la argumentación con el joven pedagogo, e insertando de tanto en tanto sus palabras en el discurso de aquél)... sí, con perdón de Vd., un cerdo...
- EL JOVEN PEDAG. — ...comería Vd.?
- EL MOZO. — ...no! cuando viera que me traían la comida gruñiría...
- EL JOVEN PEDAG. — ...horrorizado!...
- EL MOZO. — ...«Niquis!» Gracias señores! cómanme Vds. flaco!
- EL JOVEN PEDAG. — Eso es! Justamente! Cerdo que engorda, cerdo que no comprende; por lo tanto consuélase Vd. señor Lavacara, el suyo...
- EL MOZO. — ...sería un cerdo magnífico, no lo negamos...
- EL JOVEN PEDAG. — ...pero no era inteligente!
- EL SEÑOR LAV. — (Poniéndose de pie, airado). ¿Pero que me está Vd. contando? Acaso un pobre animal puede saber que los otros lo engordan por cuenta propia?
- EL SEÑOR LAV. — (l. m.) Pues a un cerdo no se le puede ocurrir tal cosa!
- EL SEÑOR LAV. — (Continuando). También él cree comer para sí mismo! Y pretender que no coma para embromar a los otros, es una tontería.
- LA MUJER. — (Prosiguiendo). Una gran tontería!
- EL SEÑOR LAV. — (l. m.) Pues a un cerdo no se le puede ocurrir tal cosa!
- EL JOVEN PEDAG. — De acuerdo! Pero entonces ve Vd.? No se le ocurre! Mientras a un hombre, sí! Y por lo tanto un hombre puede darse el gusto de comer...
- EL MOZO. — (Rápidamente). ...como un cerdo...
- EL JOVEN PEDAG. — ...es claro...
- EL MOZO. — ...sabiendo que al fin y al cabo aunque engorde no lo degollarán. Pero un cerdo no: un cerdo inteligente...
- EL JOVEN PEDAG. — ...por no hacerse matar, o por vengarse de los hombres que lo sacrifican...
- EL MOZO. — ... debe conservarse flaco, comiendo a lo más como una niña inapetente! ¡Caramba, es tan claro!
- EL JOVEN PEDAG. — Pues bien, prepárese Vd. entonces a comer tranquilamente señor Lavacara!
- EL TABER. — Le traigo un platazo así de «macaroni», con una salsa que parece sangre de toro! Vd. debe tener — se lo leo en los ojos — un hambre feroz! (Corriendo hacia la carpa, saldrá luego de ella con una gran fuente de macaroni).
- EL MOZO. — Y con eso se consolará!
- EL SEÑOR LAV. — Al diablo con el consuelo! Creía llegar a tiempo!
- LA MUJER. — Como estará de pálido ahora!
- EL SEÑOR LAV. — (Volviéndose con ira hacia el joven pedagogo). Y Vd. no toma en cuenta que ese pobre animal comía sin la menor sospecha de que engordando sería sacrificado?
- LA MUJER. — Pobre Nicolás, confiando en quien lo alimentaba!
- EL JOVEN PEDAG. — Ah, sí, Vds. llaman confianza a la estupidez!
- EL SEÑOR LAV. — Estupidez ¿por qué?
- EL JOVEN PEDAG. — Porque el hombre desde que el mundo es mundo siempre ha demostrado a estos animales apetecer su carne!

- EL MOZO. — Y de qué modo! Se llega hasta cortarles en vida las orejas y el rabo!
- EL TABER. — (Llegando con la gran fuente de «macaroni»). Pronto a la mesa, pronto a la mesa! (El mozo corre a tomar la fuente y la pone sobre la mesa. El muchacho se impacienta).
- EL MOZO. — Ea, coman Vds. ahora!
- EL MUCHACHO. — A mí, papá! apúrate!
- EL SEÑOR LAV. — (Dando un puñetazo en la mesa). Siéntate Totó! Es insufrible! Miren cómo le brillan los ojos por la glotonería! Debí venderlo a él en vez de Nicolás!
- LA MUJER. — Pero Saverio, es un niño!
- EL SEÑOR LAV. — (Sigue repartiendo a todos minúsculas porciones sirviéndose él por último más de media fuente). Nicolás era más educado! (irritado al joven pedagogo). Es inútil que Vd. me mire con esos ojos, profesor! no me convence y no me convence! Hoy comeré de todo, pero de mí Nicolás ni un bocado!
- EL JOVEN PEDAG. — Y se equivocará Vd., permítame que lo diga. Seamos lógicos: si no fuera para luego comérselo ¿qué obligación tendría el hombre de criar un animal tan inundo, y hacerle de sirviente y conducirlo a pastar? ¿con qué fin? ¿qué servicio le rinde el animal en compensación del alimento que recibe?
- EL MOZO. — Y es verdad que el cerdo mientras vive, vive bien!
- EL JOVEN PEDAG. — Y considerando la vida que ha hecho si luego es sacrificado debe contentarse, pues también es cierto que...
- EL MOZO. — ...como cerdo no se la merecía!
- EL JOVEN PEDAG. — ¿Animal inteligente éste? Si basta con mirarlo! ¿Con ese gruñido?
- LA HIJA. — (Que no come). ¡Con esos ojos!
- EL MOZO. — Y esa cosita rizada y ridícula que le termina el lomo! (La hija de improviso se pone a reír locamente, echando atrás la cabeza).
- LA MADRE. — (Protestando). Serafina! Serafina!
- EL JOVEN PEDAG. — Déjela Vd. reírse, Señora: ella tiene razón de hacerlo! ¿Pero gruñirían así? (Se oye de entrafelones un fuerte gruñir, como si una piara llegase corriendo).—Oyen, oyen—si fueran animales inteligentes? Ese gruñido es la voz misma de la gula! (Al señor Lavacara). En cambio, observe Vd. los hombres que han venido a la fiesta: éstos y aquéllos que llegan. (Aparecen al fondo de la sala, sobre el puentecillo, otros concurrentes: solos, de dos en dos, y a veces en grupos. Cruzan el puentecillo y luego el escenario con andar diverso y conversando entre ellos desaparecen a izquierda y derecha. Dos jóvenes amigos de aspecto señorial, tal vez estudiantes).
- EL PRIMERO. — ¡Oh! ¡Las mujeres! Basta que te digan una mentira con voz de llanto... y ¿quieres algo más mentiroso que un llanto? ¡Siempre parece verdadero!
- EL OTRO. — Cómo rabié! — «Pero no tienes remordimiento de tratarme así?» — le gritaba, y ella como si nada; seguía llorando. (Se van).
- EL JOVEN PEDAG. — Mire qué aspecto distinto. (¡Vd. que tiene aún en la mente a su Nicolás!) Ahí, sí, se ve brillar, hasta en los más mínimos gestos, el don, divino de la inteligencia! (Dos sujetos sospechosos).
- EL PRIMERO. — Un poco antes que llegara la noche pero casi en la oscuridad, uno que hubiera seguido mirando vería aún, donde otro que apenas llegara no vería nada.

- EL OTRO. — ¿Estaba en acecho?
- EL PRIMERO. — ¡No! En una ventana se peinaba la bizca: y lo sorprendí cuando estaba por arrojarme desde abajo una florecita! (*Riendo a carcajadas desaparecen; para volver dentro de poco*).
- EL SEÑOR LAV. — En cambio estos son dos bribones: mientras un cerdo, amigo mío, aún cuando hace mal es inocente!
- EL JOVEN PEDAG. — No! Inocente no! Y como no se le puede considerar culpable, tampoco se le puede considerar inocente! Creame señor Lavacara, un cerdo es únicamente estúpido!
- EL MAT. — (*Entrando al escenario y gritando detrás del mostrador*). Magnífico! Magnífico! ¿Quiere Vd. que le traiga la cabeza señor Lavacara?
- EL SEÑOR LAV. — (*Gritando y levantando los brazos*). No! Ni quiero verla! ni quiero verla!
- EL MAT. — Cállese Vd.! Cállese Vd.! Haré que la lleven a su cocina!
- EL JOVEN PEDAG. — Miren, aquí llega nuestro señor abogado con el señor notario y sus simpáticas señoras! (*Entran por la izquierda el abogado, obeso, pelirrojo y pecoso, miope con grandes anteojos azules, barba corta partida sobre el mentón; panzón y desaseado, lleva un viejo traje gris, chaleco blanco, ya sucio y las manos en los bolsillos de los pantalones, — el notario — enfuto, de rostro enérgico y sombrío, alto de hombros, brazos largos y pendientes, viste de negro, — la mujer del abogado — flaca, rubia, cara de pájaro, verde y manchada por la bilis, — la mujer del notario — bajita, morena, regordeta, con doble mentón, ríe de todo, estúpida y felíz. Las dos visten con ridícula pomposidad*).
- EL ABOGADO. — Hola, mi querido Lavacara: también Vd. refugiado aquí? A causa del gentío, allá no se puede dar un paso. Con el permiso de Vds. (*Se sientan en una mesa cercana, de espaldas a los otros, las señoras se saludan inclinando apenas la cabeza. El mozo acude a tomar órdenes, hablando del asunto del día, lo mismo hará mientras los sirva*).
- EL MAT. — Hace un rato maté el cerdo del señor Lavacara! Es magnífico! Quieren probar un brazuelo?
- EL ABOGADO. — Como no, si el cerdo es del señor Lavacara.
- EL SEÑOR LAV. — (*Al joven pedagogo, confidencialmente*). Abogado y todo, le aseguro a Vd., que es más cerdo que el cerdo!
- EL JOVEN PEDAG. — No diga eso, señor Lavacara! Un cerdo es cerdo y nada más; mientras ese — no digo lo contrario — puede que sea un cerdo: pero es cerdo abogado; aquél, cerdo y notario; este otro, cerdo y relojero; y ese que viene ahí, cerdo y farmacéutico. Hay una gran diferencia, créame! (*Llegan poco a poco de izquierda y derecha, otros concurrentes, la mayoría de ellos son ciudadanos, parte de la media humanidad: comerciantes, empleados, religiosos, bodegueros, herreros, etc., de aspectos, edades y portes diversos: hablan entre sí en voz baja, confusamente, y comentando la fiesta se sientan alrededor de las mesas. Los dos sujetos sospechosos llegan, circulan, espionando cautelosamente, entre mesa y mesa. En una de ellas toman asiento cuatro jugadores, que, quitando el mantel de la mesa, piden inmediatamente vino, y se ponen a jugar con un paquete de barajas que uno de ellos sacó del bolsillo. Durante todo esto, cruza a pasos lentos el puentecillo, solo y en silencio, un viejo alto, alto, de rostro cadavérico, espectral y sonriente; viste un antiguo frac militar, corto de mangas, lleva en una mano el sombrero y en la otra un bastón y un pañuelo; desaparece por la derecha del escenario. Aparecen entonces sobre el puen-*

- tecillo, acompañados por un viejo amigo que escucha condolido, dos viejitos — hermano y hermana —: hablan entre sí y llevan luto riguroso. Él, flaco, de perilla blanca y sombrero de copa; Ella, gordita y apacible*).
- LA HERMANA. — Hace un año vino con nosotros a esta fiesta!
- EL HERMANO. — Era ya una sombra, la pobre!
- LA HERMANA. — Pero recuerdas? aún si le decían algo, tenía siempre la respuesta rápida!
- EL HERMANO. — Lo que vale creer en Dios! Esta muerte, como ve Vd., ha concluido conmigo; en cambio a ella que tiene fe — mírela Vd. — no le hizo mella, está segura que un día la verá en el cielo.
- EL AMIGO. — (*Apenas han llegado al escenario, dice el amigo mirando las mesas todas ocupadas*). Aquí ya no hay lugar!
- EL HERMANO. — Vamos a sentarnos un poco más lejos. (*Indica hacia la izquierda*).
- LA HERMANA. — No, antes entremos a la iglesia! Oyes: comienzan a cantar? Dentro de poco saldrá la procesión. (*Entran a la iglesia, de cuyo interior se oye apenas perceptible un lento coro nasal acompañado por el órgano*).
- EL JOVEN PEDAG. — Observó Vd. esos dos? eso es humanidad verdadera! Pensando en una parienta muerta que gozaba ella también de esta fiesta el año pasado.
- EL SEÑOR LAV. — Gran pensamiento! Cómo no se avergüenzan de venir a mezclar de este modo su luto con risas y cantos?
- EL JOVEN PEDAG. — Pero antes entraron a la iglesia! (*Entre telones aumenta más y más el bailete, que poco a poco se torna griterío y desorden de gente embrutecida por la orgía. Los gruñidos de los animales sacrificados son cubiertos por: los gritos de los vendedores ambulantes, las llamadas de los taberneros desde sus mostradores en fila, y de los carniceros desde sus puestos de venta, las risas repentinas ebrias y ruidosas, los sonidos discordantes de los juguetes de bulla. El joven pedagogo trata de defender contra el señor Lavacara la dignidad humana, aún cuando ésta se destruye a sí misma frente a sus ojos; al fin su fe vacila aterrada, y cae abatido y prostrado frente al espectáculo obsceno y horrible de la bestialidad triunfante*).
- EL SEÑOR LAV. — (*Poniéndose de pie, amenazador y ya un poco ebrio*). Y han hecho mal! No defienda Vd. más a esta humanidad! Y a esos santurrones, prefiero éstos que vienen a mostrarse más puercos que los puercos! Mírelos! Mírelos y oiga como chillan!
- EL JOVEN PEDAG. — Y le parecen gritos de alegría?
- EL SEÑOR LAV. — Me parecen más bestiales que los de los cerdos que están matando!
- EL JOVEN PEDAG. — Eso es! Justamente! Gritos que parecen arrancados por la violencia de un dolor terrible! Conceduan a pesar suyo, con los gritos de los pobres animales! Eso es sensibilidad! En ella reconozco aún al hombre! (*No ha terminado de decir esto, cuando en la mesa de los jugadores estalla el primer tumulto. Tres de ellos se ponen de pie bruscamente, gritan, voltean las mesas y agreden al cuarto, que se levanta también, pelean produciendo una gresca general*).
- LOS JUGADORES. — ¡Ladrón! — ¡Tramposo! — ¡Que no se escape! — ¡Canalla! ¡Mienten! — ¡Déjenme! — ¡Devuelve las barajas! — ¡Ladrón! — ¡Ladrón! (*Los dos sujetos sospechosos aprovechan el barullo, para darle un empujón a la mujer del abogado y robarle el collar*).
- LA MUJER DEL ABOGADO. — (*Chillando desahogado*). Mi collar! Mi collar! Esos ladrones: mi collar! (*al marido*) Corre! Alcánzalos! (*El abogado*

los hombres tratan de separar a los contrincantes. Aparece entonces por la derecha; ella sigue gritando, pero ya nadie le hace caso. Uno de los jugadores, el acusado de tramposo, saca el cuchillo para arremeter contra los otros, entre los gritos asustados de las mujeres y el llanto de los niños: los hombres tratan de separar a los contrincantes. Aparece entonces por la izquierda, gritando demudado el escribano, a quien se le escaparon mujer e hija.

EL ESCRIBANO. — ¡Se fueron! ¡Se escaparon! ¡Mi mujer! ¡Mi hija! ¡Se fueron! ¡Mientras yo dormía! (Tampoco a él nadie lo toma en cuenta. Separados los contrincantes entre la batahola creciente y las mesas volteadas, entran por derecha e izquierda al escenario, mujeres desgañadas y ebrias, hombres bestiales borrachos y enfurecidos, que oyendo los acordes feroces de una murga vagabunda y ebria también, se ponen a bailar un frenético rigodón. Ahora la luz del escenario debe ser de llama viva. El señor Lavacara triunfante le grita al joven pedagogo caído en un desesperado abatimiento).

EL SEÑOR LAV. — ¡He ahí su humanidad! ¡Mírela Vd.! ¿La reconoce aún? (De improviso, desde lo alto, se oye, profundo, enorme, solemne, un toque de campana, y de repente como por una imprevista caída de sol, la luz roja se torna violeta. Todos callan aterrados, en actitudes torpes y miserables: trocando los alaridos en un irracional anhelo de llanto, en dolorosa ansia de contrición. Se oyen otros toques, a los cuales responden, del interior de la iglesia, el órgano y el coro de los devotos; aparece en el portal de la iglesia un sacerdote, altísimo, espectral, con hábito de ceremonia, que con ambos brazos en alto sostiene al Señor de la Nave: un crucifijo ensangrentado, grande y macabro. Dos clérigos también espectrales están a su lado; otros dos arrodillados delante de ellos agitan los incensarios. La muchedumbre, siempre anhelante, plañidera y gemebunda, cae de rodillas y se golpea el pecho. El sacerdote desciende lentamente la escalinata, precedido por otros clérigos que llevan en alto, sobre bastones negros, farolitos encendidos, y seguido por los devotos que oran, inicia la procesión, desapareciendo por la izquierda para reaparecer poco después (habiendo recorrido el interior del teatro) al fondo de la sala, sobre el puentecillo: reaparece cuando el último resto de muchedumbre que está arrodillado en el escenario se levanta para seguir también la procesión. Detrás del crucifijo todos caminan un poco vacilantes y no cesan de golpearse el pecho gimiendo y llorando cada vez más fuerte. Entonces el joven pedagogo que junto al señor Lavacara (ambos como anonadados) ha permanecido en el escenario, irguiéndose poco a poco y señalando a su acompañante la muchedumbre llorosa, dice). No, no! Mire Vd! Lloran! Lloran! Se embriagaron, se embrutecieron; pero ahora lloran detrás de su Cristo ensangrentado! Quiere Vd. una tragedia más grande que ésta? (La procesión, terminado el recorrido, entra a la iglesia, y cesan los tonidos).

TELON



BIBLIOGRAFIA

H. G. WELLS. — *La Llama inmortal*
— (Traducción de don José Albiñana, catedrático del Instituto de Guadalupe.) — M. Aguilera, editor. — Madrid, 1925.

PARA todo hombre, y en forma más grave y más clara para el escritor en particular, hay una prueba decisiva: la prueba de los años. Alguna vez se ha sostenido la identidad de la culpa y de la pena, una especie de immanentismo de la pena bastante paradójico, pero no sin cierto viso de razón. La vejez es un buen ejemplo; la vejez del espíritu, el sentirse viejo y mirar atrás, como ya fenecidas, las cosas buenas y hermosas de la vida. La vejez es la pena, el castigo... de eso mismo, de ser viejo, de haber dejado que se marchitaran las rosas de la juventud, de no haber sabido preservar la hoguera juvenil, echando en ella para avivar la llama, si fuera necesario, los mil pequeños presentes de la vida que nos parecen dones, y no son sino monedas con que intenta comprarnos. La lima de los años muere en nosotros hasta descubrir la esencia. En la edad moza nos iguala el fervor de la sangre, pero pasa el tiempo, y unas almas se van apagando y otras se afinan y arden cada día con llama más ardiente y más pura. Y así viene a saberse en quienes había apenas un fugaz florecer de primavera, pronto agostado, y en quienes algo perenne y sustantivo.

Dos lecturas recientes me sugieren estas reflexiones, la de *La Vuelta al Mundo*, de un novelista, de Blasco Ibáñez, y la de *La Llama inmortal*, de Wells. Blasco ha envejecido enormemente. De todo lo que hubo en él un día de fresco y generoso, de entusiasta y enérgico, nada resta. La técnica del escritor es la misma, más segura quizá si menos brillante; la potencia descriptiva se mantiene, y el lector avanza sin cansancio a través de los tres nutridos volúmenes. Quedará sin duda este viaje como uno de sus buenos libros. Pero qué indigencia ideal, qué visión más epidérmica, qué ausencia de eco simpático y aun de toda resonancia, qué incapacidad para comprender o descubrir las cosas esenciales... Compañero de excursión de millonarios norteamericanos en su periplo, se diría que se ha limitado a poner en su prosa colorista, eficaz en el brochazo grueso, el diario de viaje de algún rey del papel secante o del aceite mineral de los que le acompañaban.

Wells, no sólo no envejece, sino que se renueva y supera con el correr del tiempo. "En su árbol viejo anida un canto adolescente". El soñador de antaño,

soñador de increíbles fantasías científicas, ha depurado y quintaesenciado su ensueño, lo ha poblado de ecos más profundos, ha implicado en él sus experiencias de hombre, pero siempre manteniéndolo en alto. Su juventud es milagrosa y ejemplar. La vida no lo ha vencido, sino que se yergue ante ella en actitud de triunfador. La lección no será inútil. La vida nos hace, pero el mañana lo hacemos nosotros. Dueño aún de su potencia puramente física, Blasco Ibáñez se para aquí y allá a decirnos que mañana sólo será él un montoncito de polvo, mientras las maravillas que pasan ante su mirada seguirán siendo; y esto significa para él, en realidad, todo lo contrario: que mañana ya no existirá él, y por lo mismo no habrá ya nada. Contrariamente, Wells, viviendo en el Mr. Huss de su novela, al borde mismo de la fosa (Mr. Huss, no Wells, por fortuna), se afirma elocuentemente, considera como un incidente la propia desaparición, que no podrá suprimir la energía impersonal, el soplo espiritual por el cual se siente animado y que le dicta palabras a un tiempo razonables e ilusionadas. Y aquí, estremando la paradoja, se podría decir que no muere sino quien se lo merece.

La Llama inmortal es una novela. Está dedicada "a todos los maestros y maestros, y a todos los educadores del mundo entero". Bueno sería que, en agradecimiento a la dedicatoria, que es más bien un llamamiento, la leyeran y meditaran cuantos se dedican a la enseñanza. Wells ha trazado su plan sobre el *Libro de Job*; es una versión modernísima del viejo poema hebreo, conservando hasta los nombres, con una fidelidad en todo al modelo que ha de ser conmovedora para el lector inglés, saturado de *Biblia*, pero que a los demás parecerá circunstancia exterior, apenas perceptible; el prestigio del libro se mantiene incólume, sin embargo, privado de este elemento, por la plenitud del propio sentido. Se inicia con una especie de sinfonía, un prólogo en el cielo, como el del *Fausto*, donde Jehová y Satán renuevan su convenio respecto a Job. Hay en estas páginas iniciales un tono sostenido de humorismo trascendente y más de un rasgo inolvidable. Anoto uno solamente: — "Sin mí, el tiempo y el espacio se inmovilizarían en una perfección helada — replicó Satán, y su sonrisa se reflejó en una curva ascendente de la estadística criminal en un millar de planetas" Este doble o triple salto, desde la sonrisa diabólica a los mundos donde cuaja en crímenes, de aquí a la representación estadística y enseguida a la gráfica, todo en dos renglones, revela una agilidad mental en verdad extraordinaria.

Los libros ingleses — incluyo a los ingleses de América — dan con frecuencia la impresión de una caja de sorpresas. Un libro de Chesterton puede parecer en las primeras páginas un relato de aventuras policíacas, más adelante una narración humorística y al final caemos en la cuenta de que es una apología del Catolicismo. Esta gente tiene una lógica diferente de la nuestra, en cuya formación ha de haber influido la lectura habitual de la *Biblia*. Nosotros siempre procedemos un poco *more geometrico*, con una progresión fatal de demostración matemática. Ellos avanzan a veces a saltos, irregularmente, con afirmaciones desconcertantes que son verdaderas en los planos más diferentes del espíritu. No se preocupan de elegir previamente un plano único, sobre el cual hacer adelantar, constantemente a la misma altura sobre el nivel del mar, la serie de sus argumentos. Lo inesperado nos aguarda al volver cada página. O'Henry nos sorprende en sus cuentos a cada momento y nos desconcierta con sus finales múltiples; Carlyle nos brinda su *Sartor Resartus* como libro de sátira y de "humour", y bajo esta apariencia hallamos uno de los libros más terriblemente serios que jamás se hayan escrito. Huelgan más ejemplos.

La Llama inmortal pertenece a esta línea de libros-sorpresa. Sólo por su textura es una novela, una modernización de la vieja fábula de Job, y quien acometa su lectura con el único propósito de recrearse con los incidentes de una ac-

ción, ha de llevarse un desengaño. El marco novelesco sirve apenas para encuadrar los pensamientos del autor en torno a gravísimos problemas humanos, para encarnar en personajes vivos los distintos puntos de vista en conflicto, dramatizando así su choque, rodeando las ideas de un halo de dolor y de pasión. Drama interno y puramente intelectual, sin acción, casi sin movimiento, Wells ha construido con él una novela donde no ocurre nada, fuera de una larga discusión entre cuatro o cinco personas en una habitación de enfermo, mientras se aguarda al cirujano que ha de someter a una intervención quirúrgica al protagonista. Ciento cincuenta páginas ocupa esta discusión, de las doscientas cuarenta del volumen.

¿Qué pensamientos son éstos? En parte, el lector de Wells ya los conoce. Entendámonos. El lector para el cual no es ya una especie de Verne más ingenioso y más moderno; el lector de *Ana Verónica*, de *Juana y Pedro*, de *Képps*, de *Tono Bungay*, del *Moderno Maquiavelo*, del *Salvamento de la Civilización*, del *Esquema* y de la *Breve Historia*. Este lector conoce su crítica de nuestro orden — para él, desorden — social y sus dos *fanatismos*: el fanatismo de la educación y el fanatismo de la historia. Conoce los procedimientos variadísimos a que ha recurrido para transmitirnos su visión crítica de nuestra vida actual y su visión ideal de lo porvenir o lo posible — un día trágica, en *Una historia de los tiempos venideros*, después optimista por su voluntad de intervención y la fe en el espíritu. Le sabe capaz de las descripciones minuciosas — y acostumbrado a las ojeadas amplias, desde arriba; viajero de las rutas del aire, entusiasta del avión, que ha recorrido Europa a una altura desde la cual las fronteras sólo se advierten como una molestia administrativa; viajero de portentosos viajes imaginarios, escudriñador de todos los repliegues de lo posible, trayendo de mundos fantásticos o llevando a ellos sus personajes, haciendo que los sueñen o que — hombres del futuro — sueñen un pasado que es nuestro presente. Sabe que mientras Chesterton se vuelve lleno de nostalgia hacia el pasado y Kipling se aferra enérgicamente a lo actual, él tiene siempre un pasaje de ida y vuelta a Utopía en el bolsillo del chaleco.

El lector hallará de nuevo a su Wells, pero el insigne escritor no se repite en este libro. Se mueve en el orden de sus reflexiones de hace años, pero se encuentra, aquí un acento nuevo, una ansia de sistematización y de profundización, una entonación religiosa que va hasta adoptar símbolos y expresiones de la creencia positiva.

Dios ha permitido otra vez que Satán tiente al justo. El nuevo Job elegido para la experiencia es el Sr. Huss, director de un gran colegio inglés, hombre consagrado en cuerpo y alma a la enseñanza según ciertos principios suyos. Sobre este maestro, dichoso hasta entonces en la seguridad de cumplir una noble función social, se abate de repente todo género de calamidades. Pierde un hijo en la guerra, su colegio es castigado por dos o tres horribles accidentes, se le declara una grave enfermedad que exige una operación inmediata, se arruina. A todo esto se agrega algo más lamentable para él; dos miembros del consejo de administración del colegio, dos grandes industriales, desconformes con su gestión, le solicitan la renuncia en la intención de entregar la dirección a uno de sus profesores. La visita de estos tres personajes — los dos industriales, el presunto nuevo director — a Huss sucede cuando éste se prepara para ser operado. Y en estas circunstancias se desenvuelve la larga discusión que es principal asunto del libro.

Realizan los tres personajes dichos, con diversos matices, el tipo del conservador, bien avenido con el presente, nada inclinado a la crítica filosófica ni a la social; cuando, por las necesidades de la polémica, deben oponer una doctrina a la de Huss, toman la que hallan hecha más a mano, la que aceptaban desde luego implícitamente, la de un buen conservador inglés o de cualquier otra parte. El

mundo está bien como está, y si no fuera así, no les corresponde a ellos juzgarlo. Comienza el protagonista hablando de su ideal de una educación que forme en primer lugar hombres, y no profesionales; hombres con una conciencia profunda de los grandes fines humanos, de la unidad fundamental de la especie, con ideas claras y firmes de nuestro destino en la tierra: es el programa de su colegio. Historia, biología, filosofía; las demás ciencias, las técnicas especialmente, vienen después, como instrumentos subordinados cuya utilidad depende de aquella dirección previa señalada a los espíritus; instrumentos benéficos si se los pone al servicio de una voluntad disciplinada e iluminada por una buena educación, pero peligrosísimos y funestos si los emplea el instinto ciego y librado al impulso del momento, la mente confusa, incapaz de crítica, del hombre sin una educación verdadera.

Una frase de Huss, recogida por uno de los interlocutores, desvía la conversación hacia un terreno más vasto, el del plan providencial del mundo. ¿Revela nuestro mundo el designio y la acción de una Providencia? Aparentemente se trata de una divagación episódica; en realidad Wells sabe bien lo que hace. Si una potencia suprema y benévola nos tiene como de la mano, nuestro deber es someternos y obedecer; el gobierno del mundo no es asunto nuestro. Si no es así, si no aparece por ninguna parte un poder trascendente, si la nave avanza sin rumbo preestablecido, hoy por un mar en calma, mañana entre escollos o en medio de la tormenta, nuestra obligación es resolver adónde queremos ir y tratar de encaminarla al puerto deseado. Antes de educar hombres es indispensable saber para qué se les educa.

El examen de este punto casi se ha agotado, cuando sobreviene un nuevo personaje; es el médico que atiende al Sr. Huss y que asistirá al cirujano célebre encargado de la operación. Su papel en los primeros momentos es pasivo. Comienza el tercer acto del drama de ideas que es esta controversia, cuando el principal contradictor providencialista, sin confesarse derrotado, siente la conveniencia de efectuar una conversión. Dejando de lado las maravillas y armonías finalistas de la naturaleza, afronta el problema del más allá. Creyente, como sus dos compañeros, su mundo de ultratumba no es el Paraíso tradicional, sino un cielo moderno donde hemos de vivir una vida de la cual conocemos ya de manera segura, casi científica, muchos detalles. La conciencia religiosa, si realmente existe, no es mera aceptación de dogmas, sino creación, elaboración de dogmas nuevos, de nuevas creencias y esperanzas. Wells, al poner enfrente de la fe ideal de su héroe la fe religiosa común, ha elegido sabiamente la forma más vivaz de ésta en la actualidad, la religión naciente que implanta sus supuestas evidencias del más allá en el terreno de la religión oficial.

Nuestro mundo revela un plan providencial; nuestra vida es preparación para la vida verdadera, que empieza tras la muerte; estos son los dos temas discutidos hasta ahora. El análisis a que los somete el protagonista no significa únicamente una refutación más, ni ello sería cosa de mucho momento. Sus ataques valen sobre todo por la fuerza concreta de los argumentos, por lo palpable de los casos tomados como ejemplos, aspectos parciales, pero típicos, sobre los cuales las facultades animadoras del novelista proyectan un chorro de luz, o, mejor, de vida; porque la mirada del artista excepcional, o del pensador eminente, no sólo parece ver por primera vez las cosas, sino aun infundirles una vida nueva que permanece en ellas para lo sucesivo. La conclusión más importante me parece la de la imposibilidad de plantear un problema cualquiera — aquí el de la educación, sin un planteo, sumario si se quiere, pero global, de las cuestiones máximas. Esta conclusión se materializa, por decirlo así, a lo largo de toda la discusión; es su precipitado y se muestra en toda su gravedad. Por esto he indicado en otra parte que

tengo el libro de Wells por el más formidable alegato reciente en pro de los derechos de la filosofía. Precisamente por llevar esta convicción al ánimo del lector, no tanto dialécticamente, como por la fuerza misma de los hechos.

El médico introduce una concepción nueva. Es una visión científica del mundo; digamos más bien estrechamente científica. Es la consabida promoción social del darwinismo: lucha por la vida, concurrencia. Toda filosofía o actitud teórica que conviene demasiado con la situación profesional o social del que la profesa, es sospechosa, como la convicción del abogado defensor, siempre de acuerdo con los intereses del cliente. El espiritualismo del sacerdote, el materialismo del médico... No se trata de poner en tela de juicio su sinceridad; al contrario. Lo más triste, precisamente, es que estas actitudes son sinceras, que bajo la aquesiencia dócil al aporte fortuito de experiencias o imposiciones de la vida, no suele latir ninguna oculta rebeldía, sojuzgada en los estratos profundos de la conciencia. La insinceridad sería en estos casos, por excepción, la revelación de un valor nuevo, de un principio de afirmación objetiva y personal, la aparición del momento puramente teórico, tímida promesa de mayores bienes. Los primeros contradictores respiran la atmósfera pesada de las ideas más tradicionales, menos revisadas críticamente; tienen los pulmones habituados, y se encuentran cómodos porque han sabido volver en su provecho todas las consecuencias de su posición. No superan el estado en el cual convicciones e intereses son la misma cosa, no se les ocurre analizar el aire ideal que respiran, y quien les diga que es irrespirable es su natural enemigo, como el Dr. Stockmann, en el magnífico símbolo ibseniano, se convierte en el "enemigo del pueblo" en cuanto pretende convencer a sus conciudadanos de que sus aguas están contaminadas, y luego de que todas sus ideas están tan podridas como sus aguas. El médico vive un escalón más arriba, en paraje más ventilado, que no es todavía la alta cumbre desde donde se abarca el país entero en una vasta perspectiva, y para cuya ascensión se requiere buenas piernas de alpinista, pulmones robustos y un tranquilo valor capaz de arriesgar la vida por darse el gusto de mirar la verdad cara a cara. No es valor, ciertamente, lo que le falta. Su visión parece la más austera, la más desnuda de ilusiones consoladoras. Pero esta actitud del médico no supone tanto esfuerzo como resignación y adhesión a dogmas ya hechos, aunque sean dogmas científicos. Su pecado, como el de todo científicismo, es generalizar sobre datos insuficientes, trascender indebidamente sus comprobaciones. No discutamos la validez de sus presupuestos en lo infrahumano. Su error está en no reconocer el hecho nuevo, revolucionario, que aparece con el hombre. La lucha de todos contra todos puede ser una verdad o una necesidad para seres que benefician un estado de cosas dado, una realidad en cierto modo ajena a ellos; no para seres creadores de su propia realidad circundante, o, por lo menos, dotados del poder de forzar el medio a adaptarse a ellos. Porque la civilización ¿no viene a ser la adaptación del medio al hombre? El proceso cósmico podrá carecer de conciencia hasta el hombre, pero desde el hombre el mundo posee una autoconciencia. Algo nuevo, irreductible, incomparable, entra en escena con nosotros, como entró con la primera partícula de sustancia organizada. Acaso no somos sino un golpe feliz del azar, el triunfo de un solo caso favorable entre millones de millones de casos posibles en el campo de la posibilidad cósmica. Pero un azar es también la aparición de la vida en la tierra, y ello no obsta a su sentido o a su importancia; y por obra de azar un pobre diablo puede acostarse sin un centavo y despertarse al otro día dueño de dos millones de pesos, y nadie le discutirá la efectividad de su improvisada opulencia porque le vino abriéndose paso entre tal muchedumbre de probabilidades adversas. Los caminos por donde llegue el acontecimiento nada importan; sólo importa el acontecimiento mismo. Y el suceso capital en el mundo es el advenimiento de la

conciencia crítica que lo comprende y que superpone a la realidad natural su propia realidad de valores. Nada tiene sentido al lado de este acacimiento, porque él es el que define todo lo demás y atribuye sentido a todas las cosas. El médico de *La Llama inmortal* comprueba o cree haber comprobado, sin pararse demasiado en la observación, una ley natural, con prisa, como si sólo anhelara establecerla para someterse a ella. Y las leyes naturales se diferencian de las leyes de los códigos en que, si éstas se promulgan para ser cumplidas, aquéllas se formulan para poder eludir las. Al fin y al cabo, no es muy seguro que algún día no consigamos dar un empujón a la cadena causal y la obliguemos a marchar hacia atrás, como un operador de cine que se pone a pasar un film al revés, cansado de pasarlo al derecho.

Contra la posición acrítica del hombre práctico, así como contra la actitud insuflante del científico, yergue su visión el protagonista. Su visión es diferente porque tiene en cuenta el hecho nuevo, el hecho humano, innegable desde que alguien fija las leyes de la gravitación, desde que dos mozos humildes penetran en una habitación en llamas para salvar a un semejante con peligro de sus vidas, o desde que una muchacha cualquiera expone la suya para salvar a una pobre vieja a punto de ser atropellada por un tren. El Sr. Huss habla también de sus propias experiencias, ha discernido una experiencia más, invisible para los ojos fríos del médico. "Yo creo — le dice — que usted ve el mundo casi como yo lo veo. Podría de usted decirse que es un hombre que contempla el paisaje antes de la salida del sol, mientras que yo... yo lo veo iluminado". Para él, la luz nueva que ilumina la realidad sirve primero para contemplarla y en seguida para distinguir un camino. Es una contemplación transmutada en ansia de intervención. La llanita naciente será apenas luminosa, como el sol cuando surge, pero pronto puede ser luz plena y calor vital, como el sol alto. No importa si sólo en su espíritu — en nuestro espíritu — brilla esta llama. No importa que los astros nos ignoren y que la creación carezca de sentido hasta un instante determinado. El protagonista de Wells halla en esto nuevas razones para abrazarse más estrechamente a su convicción. Si todas nuestras anteriores experiencias lo contradicen, sólo sirve tal contraste para destacar la originalidad del hecho nuevo, su rigurosa novedad, y la adhesión es más enérgica, y además conmovida y reverente, como una adoración de pastores, hecha de fe y de ternura, ante la cuna de un Dios recién nacido.

Wells atribuye a la historia el puesto preponderante en la educación. Quiere poner la humanidad, como dato esencial, en la conciencia del hombre, y acude para ello a esta representación de la aventura humana que es la historia. La voluntad de orientar al hombre en una determinada dirección, en su Mr. Huss, nace de un impulso personal, de la "llama inmortal" que arde en él; pero en la historia humana encuentra el mismo impulso abriéndose camino a través de mil dificultades y tropiezos. La misma aspiración que hacia adelante es deseo de cooperación, de coordinación social, es respecto al pasado el convencimiento de que las fuerzas del bien combaten desde los principios de la historia. El fin de la educación es hacer comprender al hombre el carácter de esta lucha, producir en él una manera resuelta y consciente de alistarse en la buena causa. Dos puntos convendría aclarar, que ahora me limito a indicar solamente.

El primero es su concepto de la historia. Adelanta Wells una interpretación, una filosofía de la historia, más digna de ser examinada en cuanto es ya autor de dos resúmenes o tratados de historia. En los grandes rasgos coincide con la concepción moderna de la historia como historia de la cultura. Una proximidad y aun identidad entre historia y educación se percibe en toda esta dirección desde los comienzos, claramente declarada ya en Lessing y Herder, que anticipa en

cierto modo el postulado de Wells. Si la historia es educativa en el más alto grado, es porque en ella ha de hallarse el paradigma de toda educación, acaso en forma oscura y difícil de aislar a veces, siempre, sin embargo, como elemento dominante. La historia como historia de la cultura supone una distinción de sucesos, una elección. Pero ¿puede concebirse una historia que no elija ni distinga? Eligir, distinguir, es lo propio del hombre; el hombre vulgar se distingue... en que no distingue. Toda la filosofía de la historia concuerda en reconocer el triunfo de los valores culturales a lo largo de la serie histórica, y cuando alguno, como Croce, combate esta filosofía de la historia, en realidad niega sólo algunos de sus aspectos — en su caso, el trascendentalismo — y si no acepta una pluralidad de valores triunfantes, es para poner en su lugar un valor único y supremo — el espíritu. En substancia, pues, la situación no cambia. Si cambiaría sacrificando el concepto de cultura en el altar de otro mucho más vago, el de vida. Si mutuamente se excluyen, si la cultura no es una potenciación de los más excelsos valores vitales, no es cuestión para ser resuelta en este artículo.

El primer punto por aclarar, en consecuencia, es la licitud del concepto de historia en Wells. El segundo es el derecho de convertir la historia en instrumento educativo, como él pretende. Una cosa es enseñar la historia para comprender la serie de hechos reflejada en ella, y otra enseñarla con propósito diverso. Yo me inclino a aceptar la manera de ver de Wells. Un profundo y audaz continuador de la ética kantiana ha insistido con mucha penetración en la identidad de conciencia en el sentido psicológico y moral. "La ética puede resolverse así: obra con plena conciencia; toda introspección tiene carácter moral; la conciencia, y ella únicamente, es en sí y por sí moral, y todo lo inconsciente es inmoral, como toda inmoralidad es inconsciente". Ya la observación precientífica, registrada en el lenguaje, había dado al concepto de conciencia una significación ética, perdurable a pesar de la distinción empírica — o metódica — entre conciencia psicológica y conciencia ética. Hay en esto una intuición fundamental. Si la historia como historia de la cultura amplía nuestra conciencia con todo el ámbito humano; si, como Dilthey sostenía, disponemos de una facultad para comprender y sentir lo humano en la historia distinta de nuestros medios para conocer la restante realidad, la comprensión de la historia ha de resolverse inmediatamente en capacidad ética, directamente, por su misma naturaleza, sin necesidad de recurrir a los viejos errores de la historia ejemplar y docente, *magistra vitae*, que no era historia ni cosa parecida.

Defiende, pues, Wells, un humanismo educacional, extraño en hombre tan dado a imaginar el futuro de nuestros recursos mecánicos actuales, las posibilidades de las ciencias aplicadas. Quienes han leído a Bacon, saben que en el poco esculpido Canciller el rasgo más característico es la confianza ilimitada en el dominio de las fuerzas naturales y la visión profética de un mundo industrializado donde el hombre tenga en sus manos los hilos de todas las potencias terrestres: ideal en parte alcanzado, y en dosis ponderable por el esfuerzo de su propia raza, y más singularmente en los Estados Unidos, en cuyo pórtico debiera elevarse su estatua gigante donde ahora la de la Libertad, que allí no viene muy a cuento, si no es para alumbrar "el camino de la fácil conquista" — que trataremos de convertir en difícil. Algún crítico ha visto en Wells el heredero de Bacon en su proyección al futuro del señorío de las fuerzas materiales. Ahora vemos la magnitud de la equivocación. El presunto continuador introduce una corrección radical al proclamar el primado de las fuerzas éticas, al demostrar, con ideas perfectamente definidas y hechas carne en sus intuiciones de novelista, el absurdo de una civilización sin conciencia. Este momento ético lo eleva a cien codos sobre Bacon, cuya propensión ética no era excesiva. — "Lo que ha hecho de mis alum-

nos lo que son — dice su Mr. Huss — es la historia, la ciencia biológica, la filosofía. Porque en estas ciencias se halla la sabiduría. Todo lo demás no es más que gimnasia intelectual y simple adquisición de conocimientos. Si el colegio tiene derecho a la vida es necesario que su director sea un hombre que sepa enseñar la historia, la historia en el sentido más vasto de la palabra; es menester que sea filósofo, biólogo y arqueólogo, como erudito". Y más adelante: — "En Woldingstanton he enseñado la filosofía: he enseñado toda la historia del género humano. Si no hubiera podido hacerlo sino prescindiendo completamente de los estudios de física, de química, de matemáticas y de lenguas, hubiera sacrificado estas disciplinas". La enjundia de pensador de alto vuelo que hay en el genial novelista le ha llevado a colocarse en el centro del problema, en el reino de los fines, no en el reino de los medios, donde habitaba Bacon. Ha comprendido bien la vanidad y el fracaso final de todo progreso externo si no existe antes una reforma interior, una conversión de las inteligencias y de las voluntades. Es frecuente oponer, a toda suerte de humanismo educacional; un practicismo, supuesta necesidad primordial para crear fuentes de riqueza en los países. Con este libro en la mano, es tarea hacedera descubrir un equívoco en los propugnadores de una educación a base de disciplinas de utilidad inmediata, cuando quieren dejar para después más nobles enseñanzas. Este equívoco consiste en confundir el humanismo hondo y fecundo de un Wells — el humanismo legítimo, atento a suscitar el desenvolvimiento de aquello por lo cual la criatura inviste dignidad y carácter, humanos —, con un humanismo helado de retores, saber de adorno sin seriedad ni consistencia, para el cual la historia es un catálogo de nombres y de fechas, la filosofía un conjunto de disquisiciones ociosas y abstrusas, el arte un entretenimiento distinguido. Singular simulacro, donde se imagina muerto lo único vivo que hay en este mundo.

Una prueba decisiva de la anotada enjundia filosófica de Wells es su aptitud para hacer brotar el problema a cada paso. Donde el agua resbala, el ácido disgrega y resuelve; donde el ojo humano ve una lisa superficie, el microscopio encuentra rugosidades, asperezas, valles y cordilleras, una realidad más profunda y más verdadera. Para la mente del hombre sencillo, todo es simple y seguro. El filósofo, como ha dicho uno de los nuestros, es el hombre ante el cual la realidad se torna "un ineludible, un angustioso problema", el que tiene "el terrible poder de turbar el reposo profundo de las cosas, de poner en peligro la pristina afirmación del mundo sensible". Y no solamente del mundo sensible. Un curioso paralelismo se descubre aquí entre el dominio del conocimiento teórico y el de la ética. En uno y otro, quien se contenta con la realidad dada, culturalmente, filosóficamente por lo menos, es una *quantité négligeable*. Ponerlo todo en cuestión, admirarse de que todo sea como es, es el comienzo del saber, acaso el saber mismo. Y por esto la importancia y dignidad de los problemas tiene mucho que ver con su planteo, con el sentirlos como problemas — y mucho menos con las soluciones. La admiración, la extrañeza, que ya Aristóteles tenía por origen de la filosofía, dan lugar a las investigaciones sobre la naturaleza, valor y límites de nuestro conocimiento; nos empujan a asomarnos a lo que se oculta bajo las apariencias sensibles; nos llevan a considerar el mundo de los valores, el misterio del arte, la norma ética. La aceptación neutra y satisfecha de lo dado inmediatamente produce un realismo infantil, a lo más un fenomenismo contradictorio estilo Mach, y una "ciencia de las costumbres". Fuera de lo problemático, que es su esfera propia, el espíritu dormita. Y Wells está bien despierto.

Los hombres, escribí al comenzar, se aquilatan con la prueba de los años. Para los libros hay otra prueba igualmente reveladora: la de las lecturas repetidas. La *Llama inmortal* triunfa en éste experimento temible. Más aún, invita, una vez

leída, a empezar de nuevo. La tengo también por un libro consolador, de aquellos pocos a los cuales podemos pedir que nos conforten y confirmen en nuestra fe en el espíritu, en el bien, en el porvenir. Sólo en ciertos versos de Antonio Machado hallo una voz tan amiga, tan secretamente alentadora en su sordina deseperanzada en apariencia, en realidad inflamada en la misma divina llama. Hay quienes tienen a la cabecera, para parar los golpes del destino, la *Imitación* o Marco Aurelio. Son libros que encalman el dolor, ciertamente, — pero a qué precio... Por un procedimiento demasiado costoso y radical: como quien para quitarnos el dolor de un dedo nos cortara el brazo, o nos suprimiera una neuralgia disparándonos un tiro en la cabeza. Matan el dolor matando antes la carne viva donde el dolor arraiga. Otra cosa mejor ha de buscarse. No el *no*, sino el *sin embargo*, el *a pesar de todo*. Y no sólo porque sea más consolador, sino porque es, además, la verdad. (*). — FRANCISCO ROMERO.

LIDIA PERADOTTO. — *La logística*. —
Imprenta de la Universidad. Buenos
Aires, 1925.

La distinguida egresada de la Facultad de Filosofía y Letras, después de destacarse con tanto vigor en las funciones del magisterio, se ha dignado agregar a títulos de más valía el meramente académico del doctorado. Habituada al desenvolvimiento austero de la vida, ha querido llenar también con escrupulosa seriedad este último formulismo de la carrera universitaria. Para su tesis ha preferido, entre todos los temas posibles, precisamente el más abstruso y menos atrayente: un estudio sobre la logística contemporánea y sus antecedentes históricos. Semejante elección de por sí ya caracteriza una actitud espiritual; solamente los fuertes se inclinan a lo arduo.

Admiramos la abnegación; no la compartimos. Sin duda ha de interesar a la ciencia la exploración de las regiones polares, un placer no es. La empresa no puede tentar sino a las almas heroicas. ¿Qué amor las ampuja? Quizás también el de la ciencia, pero ante todo el encanto varonil del deporte, el escalofrío del riesgo, el ansia del obstáculo hollado, la soberbia de la voluntad triunfante. En el páramo nadie ha de perseguir un interés menguado.

Un erial es también la logística. Quien con ella se atreva ha de unir al dominio de la sutileza dialéctica, un excepcional denuedo analítico, ha de poner su fe en las promesas de la iniciación esotérica y ha de soñar tras todos los cerros un jardín. La logística no es más que un deporte intelectual; ejercicio desinteresado de altas dotes intelectuales, sólo promete la fruición del malabarismo abstracto, sin fin y sin provecho.

Podemos hacerle al gran pedante de Koenigsberg las morisquetas más chuscas, no por eso hemos de invalidar su sentencia lapidaria: los conceptos sin intuición

(*) La traducción española — sospecho que *directa* del francés — es mala. Abundan los pasajes mal comprendidos. Por ejemplo, a pág. 12 (—"Ha tiempo que esta escena se repite..." etc.), y a pág. 148 "...y no me interesan esos otros universos..." etc.); en este último caso el yerro resulta cómico a fuerza de disparatado. Baste decir que cierto sucio insecto que según el traductor está posado en papel pintado bogando en alta mar, en la intención y en la letra del autor se halla sencillamente oculto bajo el papel de la pared de una habitación.

son vacíos. En ella concretó su propia y definitiva decepción. Pero las decepciones ajenas no convencen. Por varios modos, algunos furtivos, por muchas gentes, algunas de buena fe, se ha tratado de desvirtuar la sabiduría del viejo zahorí: De todas las tentativas es la logística la más extravagante; en ello estriba su interés.

El descalabro de los sistemas positivistas a fines del siglo pasado dió lugar a una gran desorientación filosófica; el escepticismo y el misticismo se apoderaron de muchos espíritus, a veces conjuntamente, en extraño maridaje. El pensamiento más reposado de otros se limitó a buscar en el repertorio histórico, alguna fórmula adaptable a los nuevos tiempos. De ahí una serie de restauraciones: el neo-romanticismo y, sin detenerse ante la barrera crítica, el neo-racionalismo, el neotomismo, el neo-espiritualismo y aún la sofisticación audaz de los neo-kantianos, como si el nuevo siglo, inferior a todas las épocas anteriores, no atinara a encontrar su propia expresión ideológica. Acaso agobiado por la tradición, bajo el peso de una erudición infecunda, no podía olvidar su calidad de chozno.

A este apocado estado de ánimo responde la exhumación de viejos trastos relegados a un desván de la historia. Raimundo Lulio, allá por el siglo XIII, había concebido con lógica catalana la posibilidad de mecanizar el engranaje de los silogismos. Y en nuestros días se le ocurrió a alguien mover de nuevo los siete anquilosados discos del *Ars magna*, naturalmente con motor moderno. La nafta le proporcionó Leibnitz. El último de los grandes racionalistas, obsesionado como sus congéneres por el afán matemático, malgastó gran parte de sus preciosos tiempos en construir una álgebra ideológica, destinada a servir de lengua universal y, de paso, a ahorrarnos la molestia de pensar. Había ya inventado una máquina de calcular y luego creyó factible lo otro.

La traslación del método de las matemáticas a los dominios de la especulación filosófica fué la ilusión del siglo XVII, explicable por cierto, si bien Pascal, no del todo ajeno a la materia, se apresuró a señalar su falacia y previó su fracaso. Persiste todavía hoy cierta superstición matemática, vieja reminiscencia de los conjuros cabalísticos. Pitágoras ha abusado de nuestra ingenuidad infantil al imbuirnos los números de su tabla como si fueran guijarros. Cálculo en romance quiere decir piedra, motivo de molestias cuando obstruye un emunctorio natural; graves, sobre todo, han de ser los cálculos cerebrales. La solución correcta de un problema aritmético jamás resuelve una cuestión de hecho. ¿Cuándo acabaremos por distinguir una abstracción de una cosa, un esquema de la realidad, la materia de la forma del conocimiento? Fuerza es intuir y pensar; si renunciamos a una de las dos funciones hemos de quedar meditabundos, como sobre una pata, el marabú absorto e inmóvil.

La logística, teoría de la relación absoluta, es un episodio de la filosofía contemporánea, de tendencia regresiva. Por su índole, escolástica y razonadora, concuerda con otros engendros ociosos de la filosofía de la cátedra, exageraciones y, a veces, caricaturas del intelectualismo. Su rápido desarrollo y temprana muerte ofrecen asimismo una lección provechosa. Bien puntualizada se desprende del estudio de la señorita Peradotto. Posiblemente hubo de iniciarlo con otras esperanzas; su sólida información filosófica, aprovechada con cordura crítica, le han ahorrado todo extravío.

Por un dédalo de fórmulas, ecuaciones, símbolos y algoritmos, la autora se mueve con holgura; recuerda las intenciones de Leibnitz, se especializa con Boole y Peano, toma en cuenta a Couturat y no se le ocultan las divergencias entre tan señalados representantes de la más exacta de las ciencias exactas, pues conviene saber que ni sobre su definición o su objeto o su desarrollo están

de acuerdo. El examen se realiza con imperturbable probidad; apenas se vislumbra un rasgo de leve ironía en la transcripción sin comentario de las palabras de Boole, cuando afirma que la logística «is conversant with the very conceptions of things».

No cabe desconocer una cierta afinidad simpática entre la autora y su tema. El juicio despectivo de Croce sobre la logística la ofende por su forma incisiva, pues, la llama «cosa risibile e degna dei cervelli che l'hanno costruita e che sono i medesimi i quali vanno vagheggiando una nuova filosofia del linguaggio, anzi una nuova estetica nelle loro insulse teorie della lingua universale». El gran polemista no podía expresarse de otro modo; le sobran autoridad y razones y su crítica en este caso, como siempre cuando se ocupa de la obra de otros, es bien fundada; su autocrítica en cambio suele ser menos penetrante.

La señorita Peradotto extrema su bondad en términos más mesurados; en el fondo su juicio coincide con el del maestro italiano; la urdimbre logística no ha logrado enredarla en su maraña: «La Logística, dice, considera la mente humana como un mecanismo, y circunscribe la Lógica al estudio de las leyes formales que rigen el funcionamiento perfecto del supuesto engranaje mental».

Esto hubiera sido suficiente. Pero en el capítulo final se expulsa la crítica fundada de la Logística y se la considera, bajo su triple aspecto, como ciencia del razonamiento, en sus relaciones con las matemáticas, en sus relaciones con el lenguaje. Lo importante, del punto de vista filosófico, es lo primero y en este sentido atribuimos a las conclusiones un mérito excepcional. Nuestro juicio al respecto era más bien un prejuicio, una actitud a priori; nunca habíamos trabado una relación íntima con los señores Peano, Russel y Cia., convencidos que de una posición falsa sólo podrían fluir consecuencias absurdas. La autora los ha tratado personalmente, ha tenido la paciencia de escucharlos; no la llevaba ninguna intención preconcebida, pero al retornar, su impresión de visu confirma todas nuestras sospechas. Este juicio es el fruto de la investigación propia, de una consagración desinteresada y emociona casi como la ruptura de un amor incipiente. He aquí cómo se expresa:

«La posición de la Logística, como ciencia del pensamiento, tiene su explicación en la concepción logística de la mente humana. En efecto, ésta, según los logistas, es un «mecanismo» y, por ende, la Lógica es el estudio de las leyes que rigen el funcionamiento de ese engranaje. No es el espíritu como pensamiento, o sea como corriente viva y siempre renovada lo que les preocupa, sino el espíritu como mecanismo que funciona de acuerdo con ritmos invariables. Por eso sus cultores abandonan deliberadamente el contenido de las nociones, para estudiar mejor, nos dicen, las relaciones existentes entre éstas.

«¿Es algo el pensamiento, despojado de su contenido? ¿Merece el título de ciencia la disciplina que hace del estudio de las supuestas formas del pensamiento su contenido?

«Contenido y forma son los factores concurrentes e indispensables de todo acto mental y ninguno de ellos puede ser concebido como realidad psíquica separada. La forma, como efectividad psíquica existe solo en función de la pluralidad de los elementos que sintetiza, del mismo modo que éstos logran su existencia únicamente en virtud de la forma, que al darles unidad, los hace representables. Solo el pensamiento abstracto puede distinguir la forma del contenido y siempre que haga de aquélla un «objeto» de representación, esto es, una suerte de contenido.

«Y bien: esto es, precisamente, lo que hace la Logística y toda la Lógica. La lógica aristotélica, tradicional, escolástica, formal, normativa, y su aspecto más riguroso y actual, la Logística, adolecen del mismo defecto y son igualmente

condenables, porque en lugar de estudiar el pensamiento, que es a la vez forma y contenido, que implica lo universal en lo individual, lo abstracto en lo concreto, se limitan a describir sus «formas» y «relaciones» convirtiendo en algo descarnado y estático lo que es dinámico en su esencia, forjando de esa suerte, un esquematismo que podrá ser muy útil para la memoria, como lo son todas las reglas, pero que nada dicen a la inteligencia, cuando no la inducen al grave error de tomar por realidades esas fórmulas que son meras *nómina*.

«El error de la Logística está en su punto de partida: en efecto, ella despoja el pensamiento de lo que tiene de realmente actual, lo identifica con la proposición verbal y lánzase luego a estudiar sus relaciones. Es innegable que la Logística tiende, seriamente, a reformar la Lógica formal, pero a pesar de sus esfuerzos, no logra independizarse de la sugestión de aquélla y ambas se ilusionan cuando creen asir «el pensamiento» en las clases y en las proposiciones».

Al hablar de las relaciones de la Logística con las matemáticas y el lenguaje, el juicio es menos desfavorable y se le concede una muy relativa importancia. Debe de perdonársele a la autora estas amables condescendencias; al fin, no podía decir con simple llaneza que no sirve para nada.

Un solo mérito puede concederse a la Logística: haber sido motivo para este trabajo. No se le puede leer sin evocar el recuerdo de Sophie Germain, aquel noble tipo de mujer, de mentalidad matemática, clara en sus conceptos, firme en sus convicciones, circunspecta en sus juicios, reacia al sentimentalismo romántico de su época. Este ensayo filosófico honra el talento y la laboriosidad de la señorita Peradotto; sean estas líneas un homenaje. — A. K.

FRANCISCO LÓPEZ MERINO. — *Las tardes*. — Editorial Latina. — Buenos Aires, 1925.

*Tardes de primavera vuelven a mi memoria
y recuerdo mi infancia que fué una larga tarde
detenida en un vasto jardín enarenado,
con cielos de acuarela y álamos musicales.*

Este poema de única estrofa es prototípico del nuevo libro de Francisco López Merino, y aún pudiera ser su síntesis: revela con exactitud su forma y su espíritu, y aún la *materia* poética de *Las tardes*, donde, por el vehículo casi imperante de un flexible alejandrino asonantado, se difunde una poesía nostálgica — compuesta de recuerdos de infancia y adolescencia, de impresiones juveniles, amor y ternura melancólica — en que domina la atmósfera de un paisaje quieto y solitario, casi invariable, que no puede sugerir sino esas emociones del “tono menor” que ya calificó el primer libro del poeta.

El paisaje y el ambiente de la ciudad donde ha vivido el autor caracteriza la obra de no pocos poetas platenses: Arrieta, Delheye, Ripa, la suya propia. Parece prestarse tal paisaje a acentuar la similitud de su labor con la de algunos líricos ingleses, la de ciertos franceses menores del simbolismo, y sobre todo con la del poeta belga Rodenbach. Y hasta se piensa si no existiría una identidad de vida (ya que desechamos por respeto a tales poetas la idea de una humillante imitación), que engendre un parecido concepto de las cosas, entre las añejas ciudades de los canales, los carrillones, las blancas comulgantes, que se evocan en *Le miroir du ciel natal*, y la amodorrada y silenciosa ciudad universitaria, que, sin duda



FRANCISCO LÓPEZ MERINO

Por SARAVI

alguna, prestigia la frecuencia de una intensa vida interior. Lo cierto es que el espíritu de sus poetas más significativos encajan a maravilla la forma blanda, el tono, la modalidad, los temas y hasta las expresiones predilectas del lírico flamenco de *Bruges la morte*, que todavía tiene entre nosotros admiradores fervientes. He aquí un fragmento de "Pureza dominical", de nuestro poeta, que nos confirma:

*El ángel invisible de las campanas vuelca
óleo de su pureza sobre la luz tranquila:
canciones virginales vagan por el ambiente
y nos sentimos buenos con la gloria del día.*

*Primeras comulgantes de pensamientos blancos
y de diáfanos nombres como Stella o María,
pasan con finas varas de nardos en las manos,
tal como en las estampas doradas y benditas.*

Fina, delicada y exquisita poesía la de López Merino. Nunca un acento disonante; ni angustia, ni sollozo, ni grito. Amor de la pulcritud y el orden perfecto. Aristocracia mental y pureza en el sentir. ¿Pudiera pedir más un lector de poetas, mejor, una lectora?

Pero no escribimos por lo general para el lector: escribimos instintivamente para fijar nuestra sensación del mundo. El de López Merino es un mundo irreal, de ensueño, de "atmósfera soñada", como él dice. Y, si las predilecciones de forma que exhibe ya fueron superadas y no nos interpreta por lo común con un sentido diferente la realidad inmediata, no por eso vamos a exigir a este rosal que torne la fugaz belleza de su flor de preciso destino en una materia consistente y succulenta, y aceptaremos con gusto la generosa dádiva, mejor por espontánea y porque se entrega única y toda.

En *Las Tardes* madura el poeta intimista que se anunció en *Tono Menor*, y se sitúa con claridad en la línea lírica y la tendencia de los Banchs, Arrieta, Obligado, si bien saturado de poesía francesa de hace casi seis lustros. Y ofrece dignas realidades, definitivas y muy propias, en los poemas "Presencias", "Mis primas los domingos", "Estancias de primavera", "Las nubes", "El otoño y los niños", "Canción de los domingos de infancia", "Patio de la niñez", donde uno suele enfrentarse con nobles versos como

Suntuosidad sonora de tu nombre en la tarde

y tantos otros imbuidos de esa imprecisión cara al simbolismo de antaño.

Vamos ahora hacia una distinta expresión de la poesía, buscando la más pura poesía, y persiguiendo una forma tan libre de amaneramientos como sea posible alcanzar para verterla; pura poesía que ahincadamente buscan rendir muchos de nuestros más nuevos escritores.

La búsqueda impone en algunos la repulsión de todo aparato ortopédico aplicado al lirismo; la renuncia a elementos preciosos como el número silábico y la rima. Y en su ansia de ahondar en la verdad subjetiva y su expresión, persiguen, para penetrar aquella y enriquecer a ésta, el graficismo insubstituible de la metáfora: fósforo-yodo-arsénico del estilo. Es la obra en que se empeñan Gironde, Borges, González Lanuza.

Sin exigir tanto al autor de *Las Tardes*, que se mueve con suficiente comodidad en la forma tradicional, creemos que López Merino es de aquellos poetas que, siéndolo por naturaleza, fácilmente podrían alcanzar un nivel más acorde con

la evolución lírica de su época, que tiene fundamento en la manera de ser y de sentir contemporánea. No tendría necesidad de renunciar a sus dones naturales (fácil ritmo, ingénita musicalidad) ni a la experiencia técnica adquirida, siempre susceptible de perfeccionamiento. Le bastaría, siendo tan joven y hallándose en plena formación artística, con asimilar las mejores conquistas ideológicas y formales (¿no lo hacen poetas tan bien dotados y respetuosos de las normas tradicionales, como Bernárdez, Marechal, Rega Molina?) para infundir vigor y un acento nuevo a su poesía. — EVAR MÉNDEZ.

MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO. — *Fundamentos de la Anterosofía. (La Ciencia que florece).* — Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1925.

EL señor Núñez Regueiro es profesor de Filosofía en la Universidad del Litoral, según nos lo anuncia en la tapa y en la contratapa del libro susommentado. Es además, autor de hasta veintitrés obras en veinticinco volúmenes repartidos como a continuación se expresa: cinco de conferencias; uno de novelas; un poema; cuatro de versos (laureados casi todos) y, los que restan, de discursos, críticas, páginas literarias, sociología — ¡tenía que ser! — y filosofía. Estos se agrupan bajo el título: *La Vida Superior*. Nos anuncia, para en breve, la aparición de tres nuevas obras, una de ellas sobre Derecho Internacional Marítimo. *De omni re scibili...*

Como se ve, el señor Núñez Regueiro no es ni un desconocido ni un novicio. Avezado en el arte de escribir, su pluma recorre toda la gama escrituraria, desde las aridesces de los Códigos hasta las efusiones de la Poesía. *In mezzo del cammin* tropezó con la *selva selvaggia* de la Filosofía...

Ignoramos si el señor Regueiro dicta, en la mesopotámica Universidad argentina, una parte especializada de la Filosofía o si su cátedra abarca entero el maremágnum del saber filosófico. Por razones que luego se verán, nos inclinamos a la última solución.

Ante todo: ¿qué es la Anterosofía? Evocando precarias y pretéritas nociones de idioma helénico inferimos que se traduciría así: *Ciencia de las flores* o, como quien dice, *Arte de la jardinería*. Luego resultó que su autor, como aquel personaje de Knut Hamsun que había inventado una palabra, había decidido que significara: *La Ciencia que florece*. ¿Cuál es tal floreciente Ciencia? (Señor linotipista: no omita la mayúscula). Confesamos con la humildad de un terreno inapto para el cultivo o, para usar una metáfora ultraista, con la vergüenza de un Sahara, ignorar aún su nombre.

Sabemos, eso sí, un montón de nuevas cosas interesantísimas o, para valernos de una metáfora romántica, somos los felices poseedores de un fresco ramillete de florecillas científicas. Por ejemplo: sabemos que la Anterosofía es un esfuerzo para armonizar (págs. 13 y 14) «las ciencias formales y reales en su triple aspecto fenomenológico, sistemático y genético, con la verdad cristiana depurada de todo vicioso agregado o contenido». Traducidas estas expresiones significan: acordar a Cristo con Wundt. Lo cual sería una verdadera creación *ex-nihilo*; un milagro fenomenológico que, en genética acumulación, cuajaría, Dios mediante, en sistemática evangelización.

De ahí en adelante ya no columbramos si la Anterosofía quiere sustituir a la Metafísica, a la Religión, a ambas, o si es una variedad cristiano-positivista de la Teosofía. El libro adquiere la imprecisión, la sonoridad y la frondosidad de las teogonías. Taine diría que fué escrito en el período de la nebulosa inicial.

No obstante hemos logrado atisbar entre tan intrincada maraña filosófica — llamémosla así — que la Anterosofía constituye, en definitiva, un intento para conseguir (pág. 25) «la angelización humana». Según Santo Tomás los ángeles son forma sin materia. ¡Librenos la suerte de tal depuración sin contenido!... La posibilidad de la angelización — *tocá fierro!* — la admite el señor Núñez Regueiro partiendo (Fundamento II, pág. 316) de que «el hombre es anamárteos». Manes de Belarmino, socorrednos! Pero la Ciencia y la Filosofía, al derivarlo de la Fe — oh, Torquemada; oh, cardenal Belarmino! — lo corrompen. Se trata de tornarlo (Fundamento XXII, pág. 322) «anampláketos». Como salta a la vista la cosa es sencillísima: Adán, Eva, la Serpiente, la Manzana (el señor Núñez Regueiro no ha leído las disquisiciones de Mr. d'Astrac en *La Rotisserie de la Reine Pédauque*), Jesús y la Redención. ¡Y para contarnos un cuento tan conocido el señor Regueiro habla «en difícil» como cualquier jefe de oficina que en sus ratos de ocio se dedicara al diccionario!

¿Cómo puede explicarse en el autor de innumerables obras, semejante ingenuidad filosófica? Por el procedimiento adivinatorio o ptofético, único digno de todo anterosofista que se respete, concluimos que el señor Núñez Regueiro, poeta y juriconsulto, ha querido aplicar a su enseñanza un método que conciliara tan radicales oposiciones y optó por el genético, arrancando del *ákosmos*.

Conste que esta palabreja la hemos inventado nosotros en la seguridad de que el señor Núñez nos entenderá. Y si no nos entiende, no importa. Tampoco nosotros estamos seguros de haberlo entendido.

De lo que sí estamos ciertos es de que su enseñanza no versa sobre determinada especialidad filosófica. En el *ákosmos* todo era todo. El señor Núñez Regueiro—su historiador, su exégeta, su aeda—no puede ser especialista. — C. M. O.

ANTONIO DE TOMASO.—*Socialismo, Defensa nacional y Paz.*— Buenos Aires, 1925.

EL Congreso extraordinario del Partido Socialista reunido en Córdoba para tratar la revisión de su programa mínimo, modificó entre otras cosas, la parte que se refería al ejército, cuya leyenda rezaba así: «Supresión del ejército permanente y organización de la milicia ciudadana» por la siguiente: «Reducción del servicio militar a tres meses hasta llegar a la supresión del ejército». Esta enmienda aconsejada por toda la comisión respectiva formada por los senadores Justo y Bravo, diputados E. Dickmann y De Tomaso y el diputado provincial Arrieta, fué aprobada por el Congreso, no sin dar lugar a un debate en el cual el apego a la vieja leyenda fué lo único que se manifestó por parte de quienes se oponían a la reforma.

Antonio De Tomaso, fué el miembro informante de esa comisión ante el Congreso, y después de celebrado éste, algunos Centros socialistas a quienes repugna la nueva forma de encarar la cuestión del ejército han pedido su revisión. Esto es lo que motiva la aparición del libro del Dr. De Tomaso, «La

cuestión militar es propicia a la declamación fácil. Pero los socialistas debemos encararla con un criterio positivo y realista, como encaramos todos los problemas, por difíciles que sean, sin apearnos a fórmulas rutinarias», dice el autor.

Lo que más ha repugnado a los impugnadores de la reforma es la modificación del texto «supresión del ejército permanente por la milicia ciudadana» como si esta milicia no fuera en realidad un ejército permanente, según acontece en Suiza, país democrático del cual copiaron años atrás los partidos socialistas la denominación, como expresión de ejército democrático y popular. La milicia ciudadana es un ejército permanente; lo que le interesa al socialismo es la democratización de ese ejército permanente que debe ser una simple arma de defensa nacional, y en el cual sus jefes y soldados deberán actuar como en cualquier institución civil necesaria a la vida de la Nación. Lo que se persigue pues es la muerte o reforma de la actual institución militar, que por otra parte, con el sistema de conscripción ya se ha ido democratizando. El ejército debe reflejar necesariamente el grado de cultura, sentimientos, e ideas que aliente el pueblo, y como está formado por hombres del pueblo, será cada día una institución menos cerrada al influjo de las nuevas ideas, hasta permitir su completa democratización.

El autor ha recogido interesantísimas opiniones en apoyo de esta tesis, y las suyas personales abundantes, lo acreditan como una autoridad en la materia. Posiblemente, el tono general del libro, hecho para ser leído por la masa obrera que forma el Partido Socialista, es algo difuso, pero sí convincente en cuanto se refiere a que la cuestión planteada a esa reforma del Programa mínimo sólo es una cuestión de forma y no de fondo, y que la nueva leyenda se ajusta más a la realidad tangible del momento. — M. S.





COMENTARIOS

APOSTILLAS AL SALÓN

Es *Valoraciones* una revista de arte y tal carácter la exige de todo comentario sobre el XV° Salón Nacional. Sin embargo, atenta como está al desenvolvimiento integral de la vida pública, no podía permanecer indiferente ante el reparto de cartellitos de cuatro cifras, colocados (suponemos que al azar) bajo algunas cosas indefinibles que allí se exponen.

Lamentaríamos que se nos tomara por adversarios de tales recompensas. Las consideramos, por el contrario, justas y eficaces y deseáramos fuesen más abundantes aún. Pero, tratándose de estímulos al arte, nos parece que lo natural sería que se otorgaran a los artistas. En esto disienten con nosotros la Comisión de Bellas Artes y las personas que la asesoran. Hay en el Salón intenciones laudables que no han merecido una palabra de apoyo, y perversidades "artísticas" (de algún modo hay que calificarlas) que han deleitado a los jueces. Esto no es una novedad: la misión de un jurado honesto es equivocarse siempre. Pero este año se ha pasado de la raya y debiera saber que, en las democracias bien organizadas, es ley no excederse nunca de la justa mediocridad.

★

Puesto que es norma establecer una valoración económica de las obras expuestas, la que nosotros hubiésemos propuesto, en caso de ser jurados, es como sigue:

Pintura.—Cinco premios de tres mil pesos cada uno para Adolfo Belloc, Horacio A. Butler, Raquel Forner, Adolfo Travascio y Juan B. Tapia.

Escultura.—Dos premios de igual cantidad que los anteriores para Caratella Manes y Luis Falcini.

Arquitectura.—Sin recompensas.

Los premios importantes e iguales: he ahí la norma. No alcanzamos a percibir las sutilidades que los jurados han tenido en cuenta para establecer categorías entre los expositores premiados.

★

¿Que la clasificación es arbitraria? Cuestión de modos de ver. Nosotros creemos que el Salón debe estimular a los temperamentos artísticos en potencia; en yema, para decirlo con más llaneza. En cambio debe abandonar a sus propios medios a los consagrados, a los estacionarios y a los nulos: fray Butler, Malinverno y gran parte del Salón, respectivamente. Y suprimir los premios a la constancia y al esfuerzo muscular. ¿No le parece, señor Spillimbergo?

Si no temiéramos que se maleara la fórmula, expresaríamos: intención más que realización. Aunque nos motejaran de románticos.

CeDInCI

★

Los únicos expositores que tienen sentido de la escultura son Caratella Manes y Falcini. *Lanzarote y la reina Ginebra* del primero y *Jugadora de tennis* y *La madre* del segundo, están realizadas en síntesis rítmicas muy sobrias, con un gran equilibrio arquitectónico.

Si no lo tomaran a mal nuestros escultores, les recomendaríamos que abandonaran su arte fragmentario, exaltación del detalle, que, en el mejor de los casos, nos da la sensación del proceso, pero jamás de la obra concluida.

(Hemos podido observar que, cuando a los artistas se les limita el uso de los elementos, se ven obligados a sintetizar y producen mejor arte que cuando se abandonan a los embates de su fantasmagoría. Algunos, verdaderos artistas, lo comprenden así y se imponen una saludable limitación. Saben que el arte es, esencialmente, síntesis. ¿Habrán llegado el momento de formular una ley de economía artística?).

★

Proponemos que se suprima la sección de arquitectura en los futuros Salones.

Mientras nuestros arquitectos se limiten a glosar estilos sin hacer obra realmente personal; mientras sigan creyendo que la arquitectura consiste en llenar de molduras y perifollos algunos lienzos de pared malamente dispuestos, dicha sección cae fuera de los aladaños del arte. Este no es imitación sino creación; no copia sino elaboración.

(El caso de Vautier y Prebisch, que intentan hacer algo más original que el diseño de un frente, u obra de trabazón más sólida — arquitectónica diríamos — que uno de esos merengues al uso, no es argumento válido para contrarrestar nuestra proposición. El caso excepcional confirma la regla. Quiere decir que aun podemos confiar en que la arquitectura vuelva a ser arte; lo cual hace tiempo que estaba en entredicho).

Por otra parte, estos arquitectos de Salón no nos convencen. Resultan excesivamente virtuosos: cuatro pinceladas y ya tienen resuelto el problema de una buena perspectiva; algunos guarismos y la estabilidad del edificio queda asegurada; abren la exclusión de la fantasía y nos ofrecen una monumental escuela de artes que lo mismo podría ser una granja. Estos proyectos no alcanzan, por lo general, su realización, pero cuando ésta se concreta observamos que otra cosa es con guitarra, es decir, sobre el terreno. Vienen entonces las desilusiones, los tropiezos y toda esa edificación enclenque que llena nuestras ciudades de casas de manteca, sin carácter, sin adecuación al ambiente ni al objeto a que se las destina.

La arquitectura, madre de todas las artes, debe ser, como buena madre, eminentemente práctica. En el caso de que la Comisión Nacional persista en mantener la sección de arquitectura, le sugerimos que adopte el criterio, realmente artístico, de no permitir que entren en concurso sino edificios ya construidos.

La crítica de arte *seria* debe referir sus impresiones a escuelas y modos ya consagrados. Es, por lo tanto, tradicionalista. La nuestra también es una resuelta defensora de la tradición. De una tradición de treinta años, por supuesto.

No se atreve a llegar a Goya. Ni mucho menos al Greco.

Cumple el Salón Nacional quince primaveras. La edad de la coquetería, es decir, de la vacuidad presuntuosa. No desesperemos, sin embargo. Esta edad se halla muy próxima a la de las grandes pasiones. Hagamos votos por que nuestro mundo artístico se inflame y consuma en una gran pasión, sea cual fuere. Tiempo habrá de comprobar, rectificar y desilusionarse. Ahora lo que importa es amar. Venga el gran amor avasallador y excluyente. ¿Clasicismo? ¿Expresionismo? ¿Americanismo? Cualquiera cosa con tal que sea en tono apasionado.

Nuestras bellas artes tienen todavía un insufrible empaque de colegiales. — L. R.

ORGANICEMOS NUESTRA CULTURA

LAS BIBLIOTECAS

CUANDO empezábamos a temer que pasara inadvertido nuestro comentario de la edición anterior, con el título que ahora repetimos, viene a consolarnos el artículo de la culta subdirectora de la biblioteca universitaria de La Plata en *El Argentino*. Nos consuela a medias, porque quisiéramos que el problema de las bibliotecas argentinas interesara a todo el mundo, especialmente a nuestros «elementos directores», y no sólo a los técnicos en biblioteconomía. Y si aceptáramos la tesis principal de la señora de Simmons deberíamos desconsolarnos por completo: ¡el mal mayor de nuestras bibliotecas es, según ella, la falta de lectores!

No vamos a discutir la tesis, porque eso a nada conduciría sino a discurrir sobre vaguedades que deben dejarse a los sociólogos y pedagogos de periódico. Si antes que organizar las bibliotecas hay que organizar al lector, *Valoraciones* cree justificar su existencia, puesto que se propone contribuir a formar al lector argentino.

Está de acuerdo nuestra comentadora con nuestros deseos, y sólo nos opone reparos en el detalle. Parece, sin embargo, que en su opinión las bibliotecas de Buenos Aires y de La Plata no están muy mal que digamos. Si es así, no estamos de acuerdo. A pesar de todo el dinero de que disponen ¿hay en Buenos Aires una sola

biblioteca cuyo acopio de libros sea satisfactorio? Tal vez empiece a serlo en alguna de las que se dedican a especialidades, como la de Medicina entre las de la Universidad (1). Pero las demás, sobre todo las de carácter general, son muy imperfectas, y ponerlas al día requerirá mucha competencia y mucho dinero.

Hace poco un eminente escritor extranjero fué a la Biblioteca Nacional para consultar una obra de Brandes y descubrió que no la había ¡ni esa ni ninguna otra! Casos semejantes podrían multiplicarse. No participamos del pesimismo de la Señora de Simmons cuando nos sitúa en esta encrucijada: el lector argentino sólo pide libros en castellano, pero en castellano no hay bibliografía completa de ningún asunto. Por lo tanto, creemos que nuestras bibliotecas importantes deben tratar de reunir bibliografías completas, o siquiera suficientes, sobre todo asunto de interés primordial, aunque predominen en ellas los libros extranjeros, escogidos ante todo en los idiomas que nos son más accesibles, el francés y el italiano, y luego en inglés y en alemán. En ningún idioma, ni siquiera en alemán (con perdón del patriotismo de nuestra comentadora), se agota un asunto. ¿Sería posible conocer a fondo la filosofía contemporánea con sólo el alemán? De ningún modo: sólo con ayuda del francés, del inglés y del italiano se puede medir la resonancia de Bergson, de Croce, de los pragmatistas, de los neo-realistas. Todas las bibliotecas importantes del mundo adquieren gran cantidad de libros en idiomas diversos, aunque muchos de aquellos permanezcan intactos año tras año. Cuando una biblioteca universitaria de Alemania o de los Estados Unidos adquiere, por ejemplo, la *Silva de varia lección* de Pero Mexía, sabe que puede no ser consultada en mucho tiempo, pero que en determinados momentos puede resultar indispensable. ¿Y para quién? Para el especialista.

Concedemos que nuestras bibliotecas están bien clasificadas — hablando en general — y que el sistema de tarjetas o fichas abunda más de lo que afirmábamos (nunca negamos su existen-

(1) Nuestra comentadora supone — basándose en la supresión tipográfica de una s — que atribuimos una sola biblioteca a la Universidad de Buenos Aires; pero sabemos, y sabíamos, por razones fáciles de suponer, que tiene una para cada facultad. En otro punto se ha dejado arrastrar al error la señora de Simons por una interpretación de lenguaje: en castellano decimos *descubrió* por *encontrar* (sabemos que en alemán no) y no pretendíamos convertir a Américo Castro en Colón de libros raros cuando dijimos que *descubrió* las obras de Bopp y Diez en la biblioteca platense; entendíamos que las *descubrió* precisamente en el catálogo, donde también descubrió la ausencia de Delbrück, por ejemplo, o de Meillet, o de Ascoli.

cia); en cambio, en lo que toca a horarios insistimos en que son deplorables: nuestras nuevas investigaciones nos han convencido de que, salvo contadas excepciones (como la del Consejo Nacional de Educación), las bibliotecas grandes están abiertas apenas durante cuatro, cinco o seis horas, y no como debiera ser, de doce a quince horas corridas, sin interrupción. — L. R.

MAESTROS DE LA JUVENTUD

CONGRESO UNIVERSITARIO

CON el llamativo nombre de Congreso universitario se ha celebrado en Córdoba una jocosa farándula. No se trata de ningún acontecimiento de interés para cuantos seguimos atentos el movimiento intelectual del país. Al evocarlo tenemos la sensación de distraer al lector con algo anacrónico. Apenas han transcurrido quince días y ya del titulado Congreso universitario no se acuerda nadie; tan insignificante ha sido.

Registramos, sin embargo, su efímera existencia para exhibir este caso típico de simulación y farolería. Quede para tiempos venideros una noticia de este caduco régimen universitario que vive alegremente sus últimas horas. Quizás para aturdirse y engañarse a sí mismo ante el desenlace inevitable; quizás por simple inconsciencia. Nos desempeñaremos de una manera deficiente, y lo prevenimos a la posteridad, porque no estamos habituados a hacer lo que, en la jerga periodística, se llama crónica social.

Tres días se dedicaron al ameno espectáculo con un programa suculento. El primer día inauguración, esto es gran torneo oratorio y banquete subsiguiente. El segundo día excursión a Alta Gracia, gran banquete y torneo oratorio a los postres. El tercer día sesión de clausura, arengas y banquetes. Pasamos por alto una serie de esparcimientos menores. Todo ello con música. Todos los discursos mediocres, convencionales, mechados con los lugares comunes del floripondio oficial. El único rasgo de ingenio lo tuvo, con socarronería cordobesa, el señor Gobernador, al decir que los congresales representaban valores que no se cotizan. "En la bolsa", agregó, pero fué por cortesía.

Los estudiantes, con un digno gesto de desdén, se abstuvieron de toda promiscuidad académica, hicieron el vacío al solemne holgorio y no perturbaron a los comensales en su tarea. El Jockey Club ofreció a los universitarios una animada fiesta hípica con premios clásicos. Lo que haya pensado el viejo Vélez en su zócalo no se ha exteriorizado; solamente se sospecha. La opinión de los hosteleros es decididamente favorable.

Pero la merienda tuvo un epílogo — lamentable. Veinte y cuatro horas después de terminada, nuestros "grandes rotativos" emplearon una docena de columnas en informarnos de cincuenta importantísimas conclusiones sancionadas por el Congreso universitario. ¿Cuándo, dónde, cómo, se ha presentado, debatido y votado este cúmulo de sabias sentencias? Nadie lo sabe. Parece que entre una y otra copa de champaña los más valientes o los más ingenuos concurren a reuniones cuasi clandestinas, en las cuales se trabó una que otra gresca o hubo de soportarse alguna fatua monserga de inconmensurable latitud.

Habría sido una obra estupenda considerar con alguna seriedad este enorme fárrago, en el cual hay de todo, hasta cosas sensatas. En realidad los miembros del congreso, como los simples mortales, se han enterado de su labor por los periódicos. Y han de haber experimentado con alguna sorpresa la satisfacción del deber cumplido.

Se trata de una comedia, pero de autor bisoño, sin el sentido de la medida y de la selección. Solamente un espíritu burdo pudo concebir esta miscelánea de cosas triviales, insulsas, mal redactadas, con las cuales se intenta fingir una consagración a altos problemas intelectuales. ¿A quién se engaña? Si la ficción era necesaria, si a todo trance se había de dar la impresión del trabajo supuesto, ¿por qué no se eligió con tino una docena de temas realmente universitarios? Es que hasta para una buena farsa no está demás un poco de talento. A la verdad, si la fiesta fué risueña, el apéndice fué ridículo.

La prudencia nos aconseja documentar nuestros asertos; no sea que se nos atribuya un propósito malevolente. De un diario de Córdoba transcribimos el texto oficial del programa sin complementarlo con los números que se le agregaron:

"Día 9, a las 8 y 30 horas. Recibimiento del ministro de instrucción pública de la nación, rectores y delegados al congreso universitario en la estación del Central Argentino.

11 horas. Visita del ministro al rectorado de la universidad, donde recibirá el saludo del personal directivo y docente del instituto.

12 horas. Almuerzo ofrecido por el rectorado de la universidad al ministro y rectores.

15 horas. Recepción en la municipalidad.

16 y media horas. Solemne sesión inaugural del congreso universitario en el salón de actos de la universidad.

21 horas. Banquete en el Plaza Hotel ofrecido por la Universidad y profesorado de la misma y de los institutos y anexos, al ministro de instrucción pública, rectores y miembros del congreso.

Día 10, a las 8 y 30. Reunión de las distintas secciones del congreso en los locales respectivos.

16 y 30. Recepción ofrecida por el gobernador de la provincia al ministro, en la casa de gobierno.

17 horas. Te en el Crisol Club, ofrecido por el gobierno de la provincia.

21 y 30. Concierto organizado por la Sociedad de Beneficencia, con el concurso de los profesores de la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad de La Plata, en honor del ministro Sagarna, rectores y delegaciones de las universidades. En ese acto hará uso de la palabra el doctor Santiago F. Díaz.

Día 11, a las 10 y 30. Excursión a Alta Gracia ofrecida por la universidad en tren especial que partirá de la estación del Central Argentino.

12 horas. Almuerzo en el Sierras Hotel de Alta Gracia ofrecido por el gobierno de la provincia.

14 horas. Reunión hípica ofrecida por el Jockey Club de Córdoba al ministro doctor Sagarna y miembros del congreso universitario. El clásico se correrá a las 16 horas".

De las resoluciones sancionadas elegimos como muestra la que lleva el número cuarenta y ocho; es un buen ejemplo del término medio y permite apreciar el nivel de esta asamblea de intelectuales:

"48 — El tercer congreso universitario anual resuelve aconsejar que las ordenanzas municipales propendan a que en las grandes ciudades la vivienda sea edificada de modo que reuna las formas indispensables para recibir, en las condiciones establecidas por la más moderna experiencia, el aire y la luz".

¿No hubiera sido más oportuno imaginar algún medio de iluminar la oquedad craneana de algunos profesores? ¿O de poner un poco más de luz en los claustros?

Es sin duda en presencia de hechos de esta naturaleza y de otros análogos, como el Congreso de Lima, que un universitario realmente distinguido, el Dr. Alfredo Colmo, en una publicación reciente, habla "de las universidades humanistas y cloróticas que en nuestros países no son sino, — y descarto meritorias excepciones, — oficinas expendedoras de diplomas y centros de doctorismo verbalista, en vez de ser, como sería de rigor, talleres de investigación y ciencia, y focos de cultura". Discúlpenos el Dr. Colmo; su descubrimiento no es muy novedoso; de estas verdades abstractas "apercibidos nos hemos". Hace rato. Lo que importa es el caso concreto. No el verbalismo, los verbalistas son el enemigo.

ESTOLIDEZ

El rector de la Universidad de Córdoba, de cuyo nombre no queremos acordarnos, ha denegado a los estudiantes el aula magna, para un acto público de homenaje a la memoria de José Ingenieros. El hecho sorprenderá más allá de las fronteras como algo insólito e incomprensible; en nuestra tierra, donde conocemos los fantoches caseros, no podíamos esperar otra cosa. El divorcio entre las fuerzas vivas de la cultura nacional y el aparato administrativo que designamos con el nombre de Universidad, se acentúa cada vez más. Así se explica el gesto de esta lumbrera, desconocida dentro y fuera del país. Ingenieros era una figura americana. El hombre que acaba de incorporarse para siempre a la historia, ha de vivir cuando, de estos personajes del día, ya no quede recuerdo alguno. Sólo en crónicas humorísticas los evocará alguna vez un investigador curioso. Lastima que, por ahora, sean ellos quienes ridiculicen el nombre argentino. — L. R.

ALFONSO REYES, DESDE PARIS

(Fragmentos de una carta)

PEDRO Figari llamó aquí la atención de veras, y en Bruselas entiendo que produjo entusiasmo. A mí me encanta, me hace soñar. Nunca creí que algún aspecto del costumbrismo fuera lírico: ahora lo he visto.

París tiene ya los veranos frescos. Y los inviernos... ¡Oh, los inviernos! Nieblas invadidas, saturadas de sol, en que las horas pierden por completo su peso astronómico. Oscuridades tardías y tempranas, día precioso y diminuto, todo muelle, de interiores calientes y amorosos, luxe, calme, volupté. ¿Qué más? Ordre, beauté. Es decir: los cinco continentes de la felicidad.

La Exposición, mezcla de estilo cine Hollywood y Casa Blanca, con estupendos hallazgos de jardinería y muchos horrores monumentales, con maravillas de objetos y artículos aislados y primores de iluminación nocturna. Y, al otro lado del río, la Torre Eiffel, donde Citroën lanza su candidatura para Padre Eterno —, nuestra torre, jirafa de encajes!

EDWIN ELMORE

DESTACÁBASE con honor en las filas de la juventud peruana, combatía la oligarquía imperante, soñaba con mejores días para su patria y con una vinculación más estrecha de los pueblos americanos, motivos suficientes para ser asesinado en la plenitud de la vida. El matador es un tal Santos Chocano, declamador y bufón asalariado, ahora del señor de San Lorenzo, como antes lo fuera del tiranuelo de Guatemala. Esta sangre no ha de ser estéril. — EL GRUPO RENOVACIÓN.



MUJERES

POR

MARTIN GOMEZ PALACIO

Las 6 de la tarde. Hora venturosa
de liberación.

Las «Oliver» bajan a tumba graciosa,
como una flor pléyaga, lánguido cajón,
caen las cortinas de los escritorios
como crechetas rubias
en la atroz batalla de los desposorios.
Revelo de falda; frívolo trajín
de nimios espejos, tubos de carmín
y sepos disparos de polvo misterios
de labios y piel.

Las 6 de la tarde.
Sienten las empleadas de los Ministerios
en loco tropel.

bajo las violetas de la luz cubarde
que en la vía sueña, alargarlecer,
como una mirada también de mujer

La esquina, el amante. La empleadita audaz
una bien ganada gola de ideal.

La pareja vuela

y en cines y parques y cafés se cuele.

¡El hombre egoísta, el hombre brutal!

Pero, ¡oh dolor!,

el duro trabajo carga las espaldas,

un candado cierra las estrechas tablas,

abuyenta el amor;

los ojos cansinos sólo ven, nobliado

como en un ensueño, el lácteo teclado

de la eterna «Oliver»: la triste mujer

que trabaja tanto, no es para el placer

¡Miseria, miseria!, eres una rava

en los rostros ávidos de liberación,

y en los rudos labios del hombre un «mal bava»

de renunciación.



HOTEL ARGENTINO

RESTAURANT

COCINA DE PRI-

MER ORDEN. AL-

MUERZOS Y DI-

NER-CONCIERTOS.

SERVICIO ESPE-

CIAL DE BANQUE-

TÉS, CASAMIEN-

TOS Y LUNCH A

PRECIOS MODE-

:: :: RADOS. :: ::

JULIO GROSSMAN

Calle 50 Núm. 534/542

U. T. 353

ANEXO:

Diagonal 80 Núm. 1089

LA PLATA

Alfredo Luchetti

U. Telefónica 452

Calle 6 Esq. 55

LA PLATA



Soliciten precios de
MOLINOS A VIENTO

“LUCHETTI”
(Marca Registrada)

Tanques Australianos, Bebederos,
Flotantes, Bombas y Cilindros,
Depósitos, Subestructuras para
: depósitos, Caños y accesorios.

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

43 Núm. 477 - La Plata.



CURSOS DE DIBUJO
PINTURA
ARTE DECORATIVO

INSCRIPCIÓN:
MARTES, JUEVES Y SABADO
DE 9 A 11 Y DE 14 A 15 HORAS

Talleres Gráficos

Fundados en 1892

OLIVIERI & DOMINGUEZ

Premiados con Diploma y Medalla de
Oro en la Exposición Nacional de
Artes Gráficas, Julio de 1910.

Impresión esmerada de Tricomías,
Fotograbados, Fotolitografías,
Tesis, Revistas - Especialidad
en Catálogos, Afiches, etc., etc.

CALLE 4 ENTRE 42 Y 43

TELÉFONO 273

LA PLATA.

CASA ROCCA

5 - 674 - U. T. 803

Pianos alemanes e instrumentos
de toda clase a precio
y plazo sin igual.



Se alquilan pianos por años
y para fiestas.

Música a mitad de precio.



LA NITIDEZ, PULCRITUD Y
BUEN GUSTO, SON LAS CA-
RACTERÍSTICAS DE UN
EMPRESO CORRECTO.

EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRAFICO
ALBERDI
PRESENTA TODOS SUS
TRABAJOS EN ESAS
CONDICIONES.
MARIO SCIOTTO Y CIA.
CALLE 12 NUMERO 1200



<p>MARTIN FIERRO</p> <p>Periódico quincenal de Arte y Crítica libre</p> <p><i>Victoria 3441 Buenos Aires.</i></p>	<p>ANTORCHA</p> <p>Revista de Cultura Moderna</p> <p><i>Director: Samuel Ramos</i></p> <p><i>Héroes 41. México D. F.</i></p>	<p>ALFAR</p> <p>Revista de Arte y Letras</p> <p><i>Director: Julio J. Casal</i></p> <p><i>Cañón Pequeño 23 La Coruña.</i></p>	<p>NOSOTROS</p> <p>Revista de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales</p> <p><i>Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto Giusti</i></p> <p><i>Libertad 543. Buenos Aires</i></p>
<p>SAGITARIO</p> <p>Revista de Humanidades</p> <p><i>Directores: Carlos A. Amaya Julio V. González C. Sánchez Viamonte</i></p> <p><i>53 Núm. 538. La Plata.</i></p>	<p>INICIAL</p> <p>Revista de la nueva generación.</p> <p><i>Director: Homero Guglielmini</i></p> <p><i>México 1410. Buenos Aires.</i></p>	<p>PLURAL</p> <p><i>Director: César A. Comet</i></p> <p><i>Juanelo 13 y 15. Madrid.</i></p>	<p>PROA</p> <p>Revista de arte y letras</p> <p><i>Directores: Jorge Luis Borges Brandán Caraffa Ricardo Güiraldez</i></p> <p><i>Av. Quintana 222 Buenos Aires</i></p>
<p>REPERTORIO AMERICANO</p> <p>Semanario de cultura hispánica</p> <p><i>Director: J. García Monie</i></p> <p><i>San José - Costa Rica</i></p>	<p>ESTUDIANTINA</p> <p>Revista de letras, crítica y arte</p> <p>Editada por estudiantes del Colegio Nacional.</p> <p><i>Director: Juan M. Villarreal</i></p> <p><i>49 esq. 1. La Plata.</i></p>	<p>REVISTA DE KIEN TE</p> <p>Órgano de la Asociación de Amigos de Rusia</p> <p>8'020 el ejemplar</p> <p><i>Sarmiento 2610. Buenos Aires.</i></p>	<p>CUBA CONTEMPORANEA</p> <p>Revista mensual</p> <p><i>Director: M. Guiral Moreno</i></p> <p><i>Cuba 52 La Habana</i></p>
<p>MERCURIO PERUANO</p> <p>Revista mensual de ciencias sociales y letras</p> <p><i>Director: V. Andrés Belaunde</i></p> <p><i>Apartado 176 Lima</i></p>	<p>DIÓGENES</p> <p>Periódico de definición</p> <p><i>Calle 70 Núm. 1079. La Plata.</i></p>	<p>CORDOBA</p> <p>Revista quincenal de crítica social y universitaria</p> <p><i>27 de Abril 2501. Córdoba.</i></p>	<p>REVISTA DE AMERICA</p> <p><i>Director: Carlos A. Erro</i></p> <p><i>Rincón 110. Buenos Aires.</i></p>

Ferrocarril Provincial La Plata a Meridiano V

PASAJEROS

Servicio esmerado con confort y comodidad. Puntualidad en los horarios. Viajes directos y rápidos. Servicio local, diariamente entre las estaciones LA PLATA y C. BEGUERIE. Entre LA PLATA, 9 DE JULIO y MIRA PAMPA, tres veces por semana, con servicio restaurant esmerado y coches dormitorios. Abonos mensuales, semestrales y anuales. Parte de regreso en boletos de ida y vuelta, válida hasta los 25 días de su emisión.

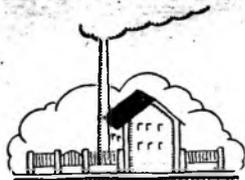
CARGAS Y HACIENDAS

Trenes directos y adicionados. Servicio especial para el transporte de haciendas, con destino a Puerto LA PLATA. Frigoríficos y F. C. Midland, por Empalme Ingeniero de Madrid. Conexión en la Estación Circunvalación del F. C. Sud, para los trenes generales de pasajeros y trasbordo de cargas. Mercado para venta de haciendas, en Estación A. Etcheverry. Ventas semanales todos los juéves. Caminos de acceso desde esta hasta La Plata, Abasto, M. Romero, macadamizados.

TARIFAS reducidas para todo tráfico, y rebajadas desde el 1.º de Julio del año próximo pasado, para los transportes de haciendas, leche y crema.

ADMINISTRACIÓN E INFORMES:

Calle 17 y 71 LA PLATA U. T. 1217-1259



Compañía Argentina de Electricidad

POR INFORMES Y
TARIFAS DIRIGIRSE
A CALLE 4 Y 45
LA PLATA

El mejor

ANTIBACTER

Desinfectante

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

ANALISIS de interés médico e industrial, sueros y vacunas terapéuticas, productos opo y órgano terapéuticos, tuberculina humana y bovina para aplicaciones diagnósticas y terapéuticas en el hombre y en los animales, estudio de las epizootias.

SUERO - REACCION WASSERMANN
para la Sífilis, el Equinococo y la Tuberculosis
SUERO - REACCION TIFICA WIDAL

Director Científico: Dr S. DESSY, Bacteriólogo y Anatómo Patólogo.

Consultor Científico: Prof. Dr. A. LUSTIG.

Director de la Sección de Biología Vegetal: Prof. Dr. C. ZPEGAZZINI, Ingeniero Agrónomo.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

AVENIDA DE MAYO 1288